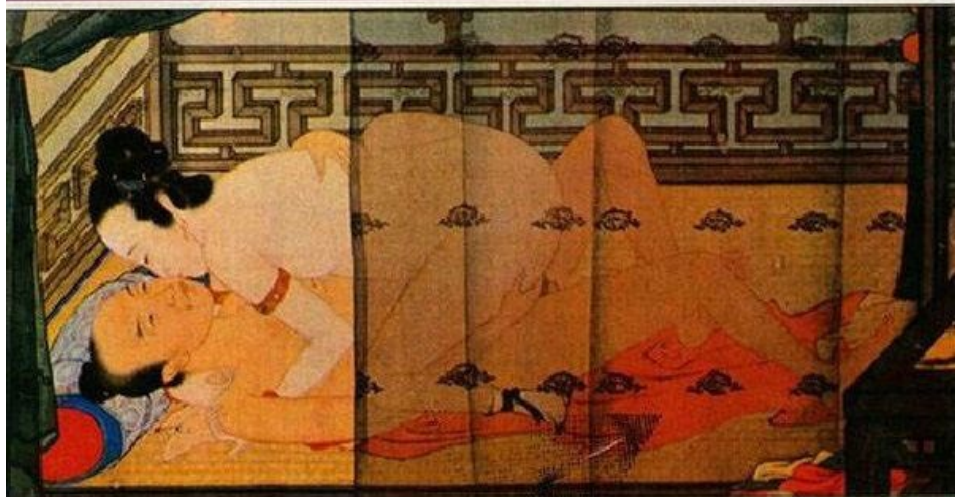


Anónimo
Bella de Candor
y otros relatos chinos



La sonrisa vertical



Los tres relatos sorprenderán agradablemente al lector por la atmósfera de gozosa lujuria que transmiten, por el destacado papel que desempeñan las mujeres en estas lides y, por el detalle con que se narran los encuentros amorosos. Escritos a lo largo de la dinastía Ming (siglo XVII), aunque inspirados en textos y leyendas anteriores, los tres conocieron una gran popularidad en China, como lo corrobora su frecuente mención en las listas de libros proscritos por obscenidad.

El primero de ellos, «Bella de Candor», narra la vida de una hermosa joven a la que su primer amante le regala unas píldoras mágicas que le permitirían recobrar la virginidad cuando ello lo desee, además de instruirla en el arte de alcanzar la inmortalidad mediante la práctica sexual; con la complicidad de Flor de Loto — fiel sirvienta tan lujuriosa como su ama—, planeará mil y una estrategias para conseguir a los hombres que anhela sin perder nunca su dignidad de gran señora. Muy distinta es «Historia de una mujer viciosa», donde la bella protagonista, ya anciana, toma la palabra para contar sus primeros pasos en el arte amatorio y posterior ardor con el que, hasta que no es descubierta por su marido, se entrega fatalmente a todos los hombres a los que tiene acceso en su encerrada vida de esposa. Por último, acercándose a un ambiente cortesano, «Biografía de la emperatriz Wu y del príncipe Idoine» describe la encendida pasión que unió a dos personas de edad y estrato social muy distintos: la madura y rica emperatriz Wu Zetian (que vivió en los años

625-705

y fue la única mujer gobernó China) y el joven sencillo pero culto Aocao, nombrado príncipe Idoine por la emperatriz. El secreto: un atributo muy especial que poseía Idoine y que sólo la emperatriz supo apreciar (y disfrutar) debidamente.



Anónimo

Bella de Candor y otros relatos chinos

La sonrisa vertical - 105

ePub r1.0

Titivillus 27.04.15

Título original: *Belle de Candeur* (Zhulin yeshi); *Vie amoureuse* (Chi po zhi); *Biographie du prince Idoine* (Ruyi qun zhuan)
d'une

Anónimo, 1600

Traducción (del francés): Mercedes Corral

Ilustraciones: Desconocido

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2





Aniversario
Edición conmemorativa


epublico

Bella de Candor



¡Cuán breve es siempre la primavera de la existencia!
¿No es lamentable dedicarse a todo tipo de licencia,
entregarse al desenfreno, sólo por el temor de verla
acabar?

En aquellos reinos, vasto y profundo era el océano
de la concupiscencia.

De la bella lisonjera de la casa Zheng todos han hablado
y la historia de la dama Xia han relatado.

Tres veces se desposó y un hijo parió,
y hasta la mitad de su vejez su sed de placer nunca sació.

Poema cantado al ritmo de Xijiang yue

*El inmortal transmite en un sueño su enseñanza.
Chen y Zheng con una boda sellan su alianza.*

En la época de las Primaveras y de los Otoños, los reinos divididos se disputaban el poder. Fiarse del poderoso y deshonorar al débil, tal era la norma de conducta seguida por los pequeños principados que otorgaban su confianza a los grandes reinos. ¿Acaso con esto no queda todo dicho? El buen gobierno se debilitaba por doquier y florecía cada vez más la lujuria.

El duque Mu reinaba en el principado de Zheng. Su esposa, de soltera Zhang, dio a luz una niña a quien llamaron Su E. Rodeada del afecto incondicional de los suyos, la niña llegó a los quince años de edad. Dotada de una fascinante belleza, encarnaba el «espíritu del viento y de las aguas»^[1]. Unas cejas finas y arqueadas como antenas de mariposa enmarcaban sus ojos de fénix. Y las mejillas de su rostro, de óvalo perfecto, eran de color «melocotón». Poseía la belleza de las célebres Liji y Xi Wei, y de las damas Daji y Xiaji, la subyugante seducción. Sus huesos de jade y su carne diáfana como el hielo no parecían augurar tormentas, pero su rostro de flor y su porte de luna llegarían a «destruir reinos y ciudades». Sus «lotos dorados», más ligeros que el vuelo de la golondrina, parecían danzar. El aposento de las orquídeas donde ella residía era la morada de una inmortal.

Anhelaba en secreto la llegada de un joven con el que se uniría como los «patos mandarines»; le pesaba no tener quien, en la flor de la edad, se emparejara con ella como «faisán y fénix». Y dado que todavía no estaba casada, mantenía su «aposento perfumado».

Dos doncellas, Hehua, Flor de Loto, y Juying, Flor de

Crisantemo, la servían. Era a mediados del quinto mes del año y hacía mucho calor. Su E pidió a Flor de Loto que le preparara un lecho fresco y una almohada de jade, y le sirviera hasta el anochecer. Su E se quitó su camisa perfumada, se desabrochó el cinturón de su falda de gasa y, tras ordenar a Flor de Crisantemo que cerrara la puerta de su aposento, se tendió completamente desnuda sobre el lecho. Rogó a Flor de Loto que la abanicara y al poco sintió que la embargaba un inmenso placer. Su rostro adoptó de pronto una expresión sin igual. Reposaba sobre la almohada solitaria, con el corazón oprimido por una punzante y extraña tristeza y presa de los pensamientos más insolentes, pero, nada más cerrar los ojos, todo se desvaneció y se quedó dormida.

Suñó que se hallaba en un jardín en el que miles de flores rivalizaban en fragancia. Avanzaba Su E a lo largo de sus avenidas disfrutando del verdor de los sauces y del rosicler de los melocotoneros en flor, y sólo oía el piar de los pájaros. Sus pasos la condujeron a un bosquecillo de pinos en el que se alzaba un pabellón. Penetró en su interior y vio un lecho de bambú, dos reposacabezas de piedra, dos mesas y cuatro asientos de piedra. El pabellón le recordó la residencia de un inmortal. En medio de él pendía un papel escrito en una antigua caligrafía. De lejos, parecían los arabescos de un dragón y las volutas de una serpiente. Su E se aproximó y leyó en voz alta el poema que se hallaba escrito en él:

Al ponerse el sol, el verdor acaricia por doquier,
las riberas arenosas que una y otra vez se ven
desaparecer.

¡No digáis que el pájaro de primavera no tiene
sentimientos!

Ante las flores sólo desea recuperar su rostro
de lejanos tiempos.

Cuando, una vez finalizada su lectura, se disponía a abandonar el pabellón, apareció de pronto ante Su E un hombre de gran estatura, vestido de plumas y con un abanico de largas plumas de oca en la mano. Entró en el pabellón — su alada forma de caminar era la de un inmortal—, se inclinó

ante ella y dijo:

—¡Hacía tanto tiempo que os esperaba!

Su E se limitó a devolverle el saludo. Entonces él continuó:

—Como fiel admirador de vuestra belleza, he decidido venir a visitaros aquí. Espero que no veáis ningún inconveniente en ello.

Su E sonrió y no contestó. El hombre le pasó el brazo por sus perfumados hombros y le dio un beso en la boca. Después le quitó suavemente la camisa, le desabrochó el pantalón de seda y la llevó en brazos hasta el lecho. Luego se desvistió a su vez y la atrajo hacia él. Su E ya no era dueña de sí misma. ¿Se sentía todavía reacia o había dado ya su consentimiento? Su corazón se agitaba como el mono que salta de rama en rama y sus pensamientos corrían cual caballo desbocado. Y el deseo, ese deseo del que dicen que agita «las nubes y anhela la lluvia», la invadió. El sándalo de sus labios besaba las mejillas perfumadas del inmortal. Su talle, fino y grácil como el sauce, mecía «el corazón de la flor», como cuando la mítica tejedora Zhinü se reencuentra con el humilde boyero Niulang; tan acerado era el «brote del bambú de jade» que Su E abrazó, con mayor suavidad si cabe, la cintura del inmortal, comparable al célebre Ruanlang, y posó sus diminutos «lotos dorados» sobre los hombros de su compañero, bello como el poeta Song Yu. El placer la invadió. ¡Oh, goce!, ¿acaso no eres como la lluvia que inunda la tierra sedienta? ¿O quizá simplemente seas comparable a la felicidad que siente el pez en el agua?

Ahora bien, Su E era virgen y, en el momento de la desfloración, no dejó de sentir un dolor ligeramente desagradable. Cuando el inmortal la vio en ese estado, sacó de su bolsa unas píldoras de color rojo y le rogó que se tomara una. Su E así lo hizo, y todo sufrimiento desapareció de su ser íntimo, que volvió a ser tan terso y tan liso como antes. Entonces le preguntó por el nombre de aquella sustancia.

—Se llama «la píldora que ensancha el valle» —le contestó él—. Te daré asimismo una «píldora para estrechar

el valle»; te tomarás varias y la entrada de tu valle se encogerá y permanecerá para siempre como la de una soltera, incluso después de que des a luz.

Su E se tomó las píldoras y su valle volvió a ser como antes. Entonces el inmortal le separó de nuevo las piernas y la penetró; el doloroso vaivén muy pronto llenó de dicha el cuerpo de Su E. ¡«El corazón de su flor» se entreabrió y experimentó el inefable sabor del placer! Y, a la manera «de las nubes que se dispersan y de la lluvia que cesa», los dos amantes se echaron, con las cabezas juntas sobre la almohada. Estaba aún pensando en el maravilloso encuentro cuando Su E se dijo de pronto que ni siquiera conocía el nombre del inmortal; de modo que se lo preguntó, con la esperanza de volver a verle un día no muy lejano.

—Me llamo Yue, Luna, y me apellidado Hua, Flor —respondió él—. He observado la disciplina en los montes Zhongnan durante mil quinientos años. Una vez convertido en inmortal, tomé el nombre de Puhua zhenren, que significa «el hombre perfecto de las transformaciones universales». Como ves, cuando mi deseo se despierta, jamás emito semen. Poseo también el arte de «absorber la esencia vital» de mi pareja mediante el control de mi respiración. Y cuando tengo relaciones amorosas, extraigo de ellas todos los placeres. Completo mis fuerzas viriles gracias a los fluidos femeninos de modo que, alejando de mí la vejez, recobro la juventud. Se trata del llamado «método de la Hija de Candor para recoger los frutos de la batalla», que te enseñaré ahora, preciosa belleza.

—¡Sí, enseñadme enseguida vuestro arte! —le pidió ella.

Y el inmortal le transmitió entonces todas sus enseñanzas, sin omitir ninguna. Cuando aún estaban hablando, Su E vio que sus sirvientas se dirigían al pabellón con unos farolillos en la mano.

—¡Princesa, vuestra madre os espera!, —exclamaron—. ¿Qué hacéis todavía aquí?

Al oír que la llamaban, Su E se quedó tan sorprendida que su cuerpo se cubrió de sudores fríos; y, empapada en sudor, se despertó. Echó un vistazo a su alrededor y vio a sus dos

sirvientas apaciblemente dormidas. En el pabellón Qiao, resonó el tambor de la cuarta víspera; era la medianoche pasada. «¡Qué extraño!», pensó Su E. Nunca había tenido un sueño tan vivido como éste. Palpó entonces el interior de su valle, aún húmedo tras su aventura nocturna, y recordó perfectamente las enseñanzas del inmortal. «No hay duda de que he tenido una relación muy especial», se dijo. Y se quedó tan turbada que ni siquiera se dio cuenta de que el gallo ya había anunciado el alba y de que el oriente se iluminaba poco a poco. Se echó algo sobre los hombros y se lavó. Pero por ahora la dejaremos aquí.

En Chen, el principado vecino, vivía un dignatario llamado Xia Yushu, cuyo padre había sido uno de los hijos del duque Ding. Tenía Xia Yushu por entonces veinte años, y todavía no se había casado. Era la época en que el duque Ling Pingguo reinaba en Chen y los principados de Chen y de Zheng mantenían buenas relaciones. Por orden del duque Ling, dos dignatarios, Xie Ye y Kong Ning, fueron enviados a Zheng para estrechar los lazos de amistad que unían a los dos principados. Ahora bien, hacía ya algún tiempo que Xia Yushu sabía que Su E, la hija del duque Mu, había llegado a la «edad de ponerse la horquilla», y deseaba casarse con ella. Se había confiado a Kong Ning y éste había aceptado presentar su petición al duque Mu. Al llegar a Zheng, Kong Ning participó en las ceremonias oficiales, tal y como le exigía su misión. El duque Mu ordenó enseguida que le acompañaran a la residencia de los invitados para que pudiera descansar. Al día siguiente, Kong Ning volvió a entrevistarse con el duque para informarle de las intenciones de Xia Yushu, y el duque le contestó en estos términos:

—Me parece una idea excelente. Pero mi hija es todavía muy joven y no sé si será capaz de desempeñar las funciones de una buena ama de casa en el palacio del dignatario Xia.

—Duque Mu, el asunto sólo requiere vuestro gracioso consentimiento —dijo Kong Ning—. ¿Creéis que, si no fuera conveniente, hubiera tenido la audacia de venir a

proponérselo?

—De acuerdo, pero antes debo deliberar acerca de ello —contestó el duque—. Volved a vuestra residencia y permitidme que no os dé una respuesta definitiva hasta mañana.

Kong Ning se despidió y el duque se dirigió a sus aposentos privados para hablar de ese matrimonio con su esposa.

—Su E está ya en «edad de ponerse la horquilla» —respondió ésta—, y el dignatario es de origen real. Esta alianza me parece excelente. Iré a ver a vuestra hija para sondear su corazón.

Desplazando sus «lotos dorados», se dirigió, pues, al aposento en el que se hallaba Su E, que en ese momento estaba bordando unos zapatitos. Al ver llegar a su madre, se levantó presurosa y se quedó de pie a su lado. La dama Zhang se sentó y dijo a su hija:

—Los dignatarios Xie y Kong Ning, del principado de Chen, se encuentran estos días en nuestro reino para sellar una alianza. Kong Ning nos ha comunicado que un alto dignatario de Chen, llamado Xia Yushu, desea tomarte como esposa. ¿Darías tu consentimiento a esta unión?

Su E bajó la cabeza y por el momento no respondió. Pasado un buen rato, murmuró:

—Lo haré si es la voluntad de mis padres.

Y llena de confusión, se tapó el rostro con la manga de su vestido. La dama Zhang permaneció sentada durante un momento en el aposento de los bordados y luego se dirigió a la gran sala en la que se hallaba su esposo.

—Creo que vuestra hija —dijo— no aceptará abandonar a sus padres tan pronto. ¿No sería mejor decirle a Kong Ning que ella es aún demasiado joven y que, si damos nuestro consentimiento, sería preferible que el dignatario Xia viniera a buscarla dentro de dos años?

—Habláis con mucho sentido común, esposa mía —respondió el duque antes de salir y ordenar a alguien que rogara a Kong Ning que viniera a verle.

Este acudió en el acto.

Pues bien, si no sabéis todavía lo que le dijo el duque, prestad atención a las explicaciones del próximo capítulo.

*Violando sin cesar la moralidad, Zi Man pierde la vida.
Y ávido del amor de su mujer, Yushu expira.*

Cuando el duque Mu vio llegar a Kong Ning, bajó precipitadamente de su trono para recibirlo en la sala principal del palacio. Kong Ning se aproximó a él sin tardanza y le saludó con una gran reverencia. Después, uno tras otro, el anfitrión y el invitado tomaron asiento. El duque Mu se dirigió a Kong Ning en estos términos:

—Mi esposa y yo aceptamos conceder la mano de Su E a Xia Yushu. Pero nuestra hija es todavía muy joven; ¿os sería posible pedir al dignatario Xia que esperara dos o tres primaveras antes de venir a buscarla?

—No veo en ello ningún inconveniente —respondió Kong Ning.

Y, tras intercambiar algunas frases más, Kong Ning dijo adiós al duque. Al día siguiente, después de despedirse del duque y de sus ministros, los embajadores se pusieron en camino hacia Chen, adonde llegaron a los pocos días. Debían informar de su misión al duque Ling, quien se hallaba en su residencia privada. Nada más saber que habían regresado, Xia Yushu fue a ver a Kong Ning, con quien estuvo hablando de esto y de lo otro antes de abordar el asunto del matrimonio.

—Querido hermano mayor —dijo Kong Ning—, podéis felicitaros y felicitarme también a mí por haber solucionado vuestro asunto tan rápidamente. ¡Ah, deberíais estarme eternamente agradecido!

—¿Cómo es eso? ¡Hablad presto!

—La primera vez que le hablé de la boda al duque Mu, le pareció una idea excelente. Pero antes debía comunicárselo a

su esposa, y prometió darme una respuesta definitiva al día siguiente. En efecto, al día siguiente me dijo que él estaba de acuerdo, pero que como su hija era demasiado joven aún, consideraba preferible esperar dos años antes de dársela como esposa.

Yushu, que no cabía en sí de gozo al ver que su petición había sido aceptada, preguntó a Kong Ning de nuevo:

—¿Y qué le respondisteis?

—Como estaba seguro de vuestros sentimientos, le he dicho que no tendríais ningún inconveniente en retrasar la boda algunas primaveras.

—¿Qué edad tiene la princesa?

—Tiene quince años —respondió Kong Ning—, y he oído decir a las personas de su casa que su encanto y su belleza son incomparables y que su figura es capaz de «destruir reinos y ciudades». ¡No hay duda de que os hará totalmente feliz!

Los dos hombres siguieron platicando un rato y luego Yushu se despidió. Al volver a su casa, envió diez rollos de brocado de seda y un par de jades blancos a Zheng como prueba de su confianza en la buena marcha de su próximo compromiso. E igualmente expresó al duque Mu un sinfín de agradecimientos que por ahora no es necesario referir.

Volvamos a Su E. Sus relaciones amorosas con el inmortal la habían embellecido aún más si cabe. El día en que sus padres le hablaron de su próximo matrimonio, no pudo ocultar su alegría. Pero cuando a continuación le comunicaron que aún tendría que esperar unos años antes de que su esposo acudiera a buscarla, sufrió cierta decepción.

Un día en que descansaba a la sombra de un bosquecillo de bambúes situado junto a uno de los pabellones del jardín, envió a sus dos doncellas a recogerle unas flores. Zi Man, el hijo de su tío paterno, había ido a hacerle una visita. Cuando Zi Man distinguió a su prima en el bosquecillo, le preguntó si el lugar era lo bastante fresco. Su E asintió y le invitó a acercarse:

—¡Venid vos también, primo mío, a disfrutar de este frescor!

—No es conveniente que nos sentemos el uno junto al otro —respondió el joven.

—¿Qué inconveniente hay en sentarse así, siendo, como eres, mi primo? —replicó Su E.

Zi Man tenía por entonces dieciocho años recién cumplidos. Era muy elegante, se entregaba a los encantos del «viento y de la luna» y era muy aficionado al vino y a las mujeres. Cuando vio que su prima, tan bella como una inmortal del cielo, le invitaba a sentarse a su lado, perdió la cabeza y olvidó las normas del decoro que rigen las relaciones entre primos. Al sentir que su miembro se empalmaba repentinamente, pensó que en ese momento no había nadie por los alrededores y que podría ganarse fácilmente a su prima con dulces palabras. Se sentó, pues, junto a ella y le preguntó riendo:

—Prima, ¿habéis visto los presentes que ha enviado vuestra futura familia política?

Después de haber tenido relaciones con el inmortal, Su E había perdido un poco su timidez, por lo cual replicó:

—¡Pues no, todavía no he visto nada!

—Han llegado diez rollos de sedas preciosas y un par de jades blancos. Pensaba que mi tío ya os los habría enseñado.

—¿Realmente merece la pena verlos? —preguntó ella.

Y sintió a su vez una «excitación primaveral» de la que cualquier imbécil hubiera podido darse cuenta, y con más motivo Zi Man, dada su naturaleza de conquistador. Los pensamientos de este último eran muy turbulentos, pues Su E sólo iba vestida con una camisa de gasa perfumada que dejaba transparentar sus pechos.

—¡Hum! —exclamó—. ¡Qué buen par de pechitos tenéis, prima mía!

Su E, cuyo rostro se iba encendiendo poco a poco, le respondió riendo:

—¡Pues pruébalos!

Al acercarse Zi Man, le dio una bofetada en la cara.

—Granujilla, ¿acaso quieres comértelos de veras?

—Pues claro —respondió él quitándole la camisa.

Bajo la camisa aparecieron dos pechos tan blancos y

suaves como una cabeza de gallina recién cocida al vapor, y cuyas areolas, como la cresta, eran de un rojo delicado; ¡unos pechos que hubieran enloquecido de amor a cualquiera! Zi Man se deleitó con ellos chupándoselos y lamiéndoselos sin interrupción. Y de pronto su miembro viril se irguió como una lanza de oro; estaba tan tieso y puntiagudo que se restregaba contra la parte hendida del pantalón de Su E. Entonces ésta le preguntó maliciosamente:

—¿Pero qué es este chisme?

—¡Ah!, es un chisme magnífico —respondió Zi Man—. Pero como eres todavía una chiquilla, seguramente nunca has visto nada parecido.

Como Su E se riera cada vez más, Zi Man aprovechó la ocasión para quitarle el pantalón y tumbarla. Y al alzarle los «lotos dorados» para colocarlos sobre sus hombros, vio de pronto esa cosa ligeramente convexa, suave y de olorosa blancura semejante a un panecillo cocido al vapor y recubierta de una pelusilla muy fina. Al verlo, se lanzó al asalto y dirigió su miembro viril hacia la encarnada raja. Y, aunque ésta estaba mojada debido a las secreciones, no pudo penetrar en ella. Entonces, enderezando su miembro con vigor, introdujo tan sólo «la cabeza de tortuga». Tras otro esfuerzo, sólo consiguió introducirlo hasta la mitad. Concentrando toda su energía, efectuó algunas idas y venidas, y al final consiguió hacerlo entrar hasta la raíz. Lo sacaba suavemente y lo metía hasta el fondo. Más allá de la «cresta de gallo», sentía el «corazón de la flor», y lo frotaba una y otra vez. ¡Ah! ¡Imposible describir con palabras tanta belleza! Por su parte, Su E practicaba «el arte de recoger los frutos de la batalla»: absorbía la esencia viril y controlaba su respiración. Se entregaba al placer con tal precisión, se contraía y relajaba con tanto empeño, que muy pronto Zi Man llegó a un estado muy próximo al desmayo. Pero, temiendo que pudiera llegar alguien, se retiró para emitir su semen; después se arregló rápidamente la ropa. Su E se peinó los cabellos y se puso de nuevo la camisa y el pantalón. Entonces se sentaron de nuevo el uno junto al otro, como antes.

—Prima mía, ¿cuándo podré volver a gozar de tus encantos?

—Ven lo más a menudo que puedas y, en cuanto tengamos ocasión, nos...

Cuando estaban en lo más sabroso de su conversación, regresaron las dos doncellas trayendo en sus brazos unas ramas de «granados en flor» que ofrecieron con respeto a su señora. Su E tomó algunas, y tras prendérselas en los cabellos, a la altura de las sienes, preguntó a Flor de Crisantemo:

—¿Qué tal me quedan?

—Princesa, vos sois bella de por sí, ¡pero estas flores resaltan aún más vuestra belleza!

Las dejaremos hablando así, y diremos simplemente que Zi Man, tras haber obtenido los favores de Su E, no dejaba de pensar en ella ni un solo momento. Era la única que reinaba en su corazón. En cuanto tenía ocasión, se dirigía al pabellón del jardín con el pretexto de admirar las flores; y, cuando no había nadie, consumaban su fechoría. Un día en que se hallaban juntos en el pabellón y habían llegado al momento en que «el faisán se da la vuelta y el fénix cae», fueron sorprendidos inopinadamente por Flor de Loto. La doncella, que era muy despabilada, se dio cuenta enseguida de lo que sucedía y se fue. Pero Su E, que la había visto, dijo a Zi Man:

—¡Vaya! ¡Nos han descubierto!

—¿Quién? —preguntó él.

—Flor de Loto; acaba de irse en este momento.

—¿Qué será de nosotros si se le ocurre hablar de lo nuestro?

—No te preocupes —dijo ella—, no dirá nada, porque voy a hacerla participar en el juego.

—Perfecto, perfecto —respondió Zi Man, y acto seguido se echó una prenda sobre los hombros y se fue.

Esa misma noche, con la excusa de que tenía hambre, Su E ordenó a Flor de Crisantemo que fuera a buscarle algunas golosinas a los aposentos de la zona delantera de la casa. Cuando se quedó a solas con Flor de Loto, le preguntó:

—Sé que estás al tanto de mi relación. ¿Se lo has contado

a alguien?

—Vos sois mi única señora, ¿no sería una osadía por mi parte hablarle a alguien de vuestros asuntos?

—¡Muy bien, morrito sagaz! —respondió Su E—. ¿Y no desearías, también tú, conocer este asunto?

—¿Cómo no voy a desearlo, si tengo ya dieciséis años? ¡Pero, por desgracia, a las sirvientas nunca nos sucede nada tan bello!

—Pues bien, si lo deseas, esperaremos el momento oportuno y gozaremos los tres juntos.

Flor de Loto asintió con voz emocionada. En ese preciso momento, Flor de Crisantemo llegó con los aperitivos. Su E tomó uno o dos y después se quitó la ropa para descansar. Y, a partir de ese momento, nuestros tres personajes durmieron juntos alba tras alba, después de haber gozado noche tras noche. Ahora bien, dado que Zi Man era de constitución mediocre, y tenía que satisfacer a dos personas a la vez, y como, por otra parte, Su E practicaba el arte de recoger los frutos de la batalla tomando el *yang* para completar el *yin*, sucedió que, mientras que las muchachas estaban cada vez más bellas, el infortunado muchacho se iba debilitando de día en día. Algo más de dos años después, contrajo una funesta tuberculosis pulmonar de la que nada pudo curarle. Añadamos también que se hallaba dominado por el fuego de la pasión, que le consumía sin cesar. Pronto ya no pudo tragar alimento alguno, y no hacía otra cosa que escupir sangre. Al cabo de siete u ocho meses, el galán murió. Aunque algunas personas conocían la naturaleza de las relaciones del joven con Su E, no se atrevieron a proferir ni una sola palabra contra ella. ¿No era preferible permanecer mudo? Sin embargo, en el fondo, debemos saber que:

Desde la antigüedad las caritas sonrosadas tienen
lamentable vocación,
y suele acabar mal quien con ellas tiene relación.

Pero no perdamos más tiempo con la muerte de Zi Man y volvamos con el dignatario Xia Yushu, del principado de Chen. Habían transcurrido ya tres primaveras desde que

obtuviera la promesa de que se casaría con Su E, y su afecto hacia ella seguía inalterable. Calculaba que Su E tendría ya dieciocho años y que podría tomarla como esposa. Así pues, rogó encarecidamente a su amigo Kong Ning que fuera de nuevo a Zheng. Kong Ning así lo hizo, y se entrevistó con el duque Mu. Después de dirigirle algunas palabras afables, se expresó así:

—La princesa ya es adulta, y el dignatario Xia no tiene a nadie que le ayude en los trabajos domésticos. De modo que me ha enviado a pedir su mano. ¿Podría conocer vuestra opinión, duque Mu?

—La princesa tiene la edad adecuada. Conviene, pues, llevar a cabo esta boda. Que el dignatario Xia elija un día fasto para venir aquí y casarse con ella.

Kong Ning le presentó entonces una caja roja y dorada en cuyo interior había una tablilla de bambú. Y añadió que Xia Yushu había ya determinado un día fasto para la ceremonia: el día 3 del tercer mes. El duque Mu tomó la tablilla para echarle un vistazo. En ella decía: «Ajustándonos respetuosamente a las prescripciones del almanaque, hemos elegido el día 3 del tercer mes. En ese día se pueden llevar a cabo todos los negocios, ya que éstos serán tan favorables como provechosos». El duque Mu ordenó a un servidor que llevara la tablilla a sus aposentos privados y después se dirigió a Kong Ning en estos términos:

—Hoy estamos a día 8 del segundo mes; una media luna nos separa del día de la boda, y me siento en la obligación de pedir que os toméis la molestia de regresar a vuestra casa.

Kong Ning se mostró de acuerdo y pronunció unas palabras más antes de despedirse para dirigirse a la residencia de los invitados. Al día siguiente, fecha de su partida, todos los oficiales de Zheng escoltaron a Kong Ning hasta las murallas de la ciudad y compartieron con él un último banquete. De vuelta a Chen, se reunió con Yushu para informarle del éxito de su misión.

—¡Cuánto trabajo os he dado! —exclamó Yushu—. ¿Cómo podría recompensároslo, querido hermano mayor?

Kong Ning, que en el fondo era un hombre al que no le

desagradaban las aventuras galantes, le respondió con la mayor cordialidad del mundo:

—¡No es indispensable que los dos saquemos provecho de la mujer con la que vais a desposaros!

—Si así lo hiciéramos —replicó Yushu—, ¿sería a cambio de que yo me sirviera antes de vuestra señora esposa!

Los dos hombres se rieron durante un rato y luego se separaron.

Luces y tinieblas pasaron como una flecha. En un abrir y cerrar de ojos, llegó el día 1 del tercer mes. Yushu pidió a Kong Ning que le acompañara a ver a su soberano, el duque Ling. Y, después de que éste les recibiera, regresaron a sus residencias. El duque Ling ordenó a sus sirvientes y a sus cocheros que prepararan palanquines y caballos, y los puso a disposición de Yushu. Y este último se dirigió ese mismo día hacia el principado de Zheng en compañía de Kong Ning. Las banderas y los estandartes no tardaron en cubrir el cielo, mientras el clamor de los caballos y de los carros iba en aumento. Llegaron a las fronteras de Zheng en apenas una jornada. Las autoridades civiles y militares de Zheng les esperaban en una residencia de invitados situada a cierta distancia de la ciudad. Yushu y Kong Ning se apearon. Bebieron el vino reservado para recibir a los invitados venidos de lejos y, acompañados por las autoridades, entraron en la ciudad. Reposaron un poco antes de que el duque Mu llegara para hacerles una visita ceremonial. Y de ese modo, los futuros yerno y suegro se dieron la mano, se dijeron amables palabras al tiempo que se ofrecían copas de vino y se invitaban mutuamente a beber hasta la primera víspera de la noche, momento en que se separaron. Una vez de vuelta en su palacio, el duque Mu comentó a su esposa:

—Nuestro yerno es un hombre sin igual. Nadie podría hacerle crítica alguna.

Ni que decir tiene que, al oír estas frases, su esposa se llenó de alegría.

Al tercer día, Yushu se puso unas flores en su tocado y se atavió con prendas de color rojo, reservadas para la boda. Kong Ning, vestido de etiqueta, le acompañó hasta la puerta

meridiana, donde el duque acudió a recibirlos; luego les invitó a entrar en la sala de audiencias del palacio. Y tal vez no esté de más señalar que el anfitrión y sus invitados cambiaron un cumplido tras otro. Cuando el banquete llegó a su fin, la princesa fue invitada a subir a un palanquín. En el camino que les conducía a la residencia de invitados, el intenso redoble de los tambores ensordecía el cielo. Una vez llegada a su destino, la princesa se bajó del palanquín. Tras ofrecer un sacrificio al cielo y a la tierra, los dos recién casados entraron en el aposento nupcial, donde, siguiendo la costumbre, se intercambiaron unas copas hechas con una calabaza partida por la mitad. Yushu alzó el velo que cubría la cabeza de la joven desposada y la miró. Sus ropas de cortesana y sus aderezos de jade la hacían semejar a la diosa

Chan'E

, que reside en la luna. Yushu se preguntaba para sus adentros qué habría hecho él para merecer estar unido en este mundo con tal belleza. Llegada la noche, cuando todos los invitados se hubieron despedido, los dos esposos se desvistieron y se acostaron. A escondidas, Su E se tomó una píldora para «estrechar el valle». Yushu, muy cerca de ella, sentía sus huesos de jade y su cuerpo puro como el hielo, muy suave y ligero. El fuego del deseo le inflamó violentamente y, con una embestida, dirigió su miembro de jade hacia el «corazón de la flor». Y como no pudo entrar en él ni un ápice, creyó que se debía a que Su E era virgen. Queriendo iniciarla en el asunto de los hombres sin violencia para que ella no sufriera, la penetró suave, muy suavemente, hasta introducirle la mitad del miembro. Como sabemos, el interior de este valle es muy estrecho; sin embargo, estaba tan ardiente como un fuego avivado por cuatro fuelles. Centuplicada su energía, Yushu efectuó un vaivén hasta, finalmente, hundir su miembro hasta la raíz. Y, con el corazón rebosante de alegría, emitió y volvió a emitir su semen, y así varias veces a lo largo de esa misma noche.

Por la mañana, nada más acabar de lavarse, Yushu fue a agradecer calurosamente a Kong Ning el éxito de la unión. A

continuación se despidió del duque Mu para volver a Chen con su esposa. Esta última subió a un palanquín, y su esposo cabalgó en compañía de Kong Ning. Y de las cosas que sucedieron por el camino, no os contaremos nada.

Una vez en su patria, Xia Yushu fue a visitar al duque Ling antes de regresar a su residencia privada. Su E se cambió las ropas de ceremonia por una vestimenta más sencilla y se presentó ante su esposo aún más hermosa y deseable si cabe. Este estaba tan enamorado de ella que, al llegar la noche, se entregó al placer sin ningún comedimiento. Pero no diremos nada más. Debéis saber que las dos doncellas, Flor de Loto y Flor de Crisantemo, habían acompañado a su señora hasta Chen. Ahora bien, una noche Flor de Crisantemo dio un gran grito. Flor de Loto, enloquecida, tomó una lámpara para alumbrarla y exclamó:

—¡Qué desgracia!

Pues bien, si aún no sabéis lo que ocurrió, prestad atención a las explicaciones del próximo capítulo.

*Presenta sus condolencias a la viuda y sondea sus deseos.
Frecuentando Zhulin, los dos oficiales tienen celos.*

Así pues, Flor de Loto iluminaba con una lámpara a su compañera, que tenía los dientes apretados y el rostro del mismo color que la tierra.

—¡Esto me da mala espina! Hermanita, ¿qué tienes?

Flor de Loto la estuvo llamando así durante un largo rato. Después, Flor de Crisantemo, sintiéndose algo mejor, abrió los ojos y, al ver a Flor de Loto a su lado, le dijo llorando:

—Hermana mayor, me estoy muriendo.

—¿Qué sientes?

—Acabo de ver en este momento al demonio que lleva las cadenas —respondió ella entre sollozos—. Va a venir a buscarme y mi vida llegará a su fin —añadió, y siguió sollozando.

Flor de Loto fue a avisar a su señora, quien, a su vez, sintió una gran aflicción. En efecto, al día siguiente, el soplo vital de Flor de Crisantemo huyó y ésta murió. Su E ordenó que fueran a comprar un ataúd y procedieran a los funerales. Pero no hablaremos de eso.

Dos años después, Su E, convertida en la dama Xia, daría a luz un niño al que le pusieron el nombre de Zhengshu. Por su parte, Yushu, muy propenso a los deleites del amor, se entregaba una mañana tras otra a la concupiscencia, y una noche tras otra se abandonaba al placer. Debemos añadir también que su esposa poseía el arte de recoger los frutos de la batalla. Y así, la energía vital de Yushu decaía poco a poco y su tez se marchitaba de día en día. Pronto ya no pudo volver a levantarse. Un día en que la dama Xia estaba a su lado, le dijo con los ojos llenos de lágrimas:

—Querida, con un rostro como el vuestro, no permaneceréis sola durante mucho tiempo. Lamento que nuestro hijo sea aún tan joven y que no haya nadie que se ocupe de él. ¡Ay! ¿Quién hará de él un hombre? —Después reclinó la cabeza en la almohada y empezó a sollozar. Luego rogó a su esposa que mandara a buscar a su hijo, a quien dirigió sus últimas recomendaciones. Volviéndose de nuevo hacia su mujer, declaró—: Este niño tiene un aspecto fuera de lo común. Habrá que confiárselo más tarde a mi amigo Kong Ning para que haga de él un hombre. En cuanto a vos, queridísima mía, si os es posible manteneros fiel, hacedlo, y, si no, actuad cómo os plazca.

—Que vuestro corazón esté libre de toda preocupación, excelencia, vuestra humilde servidora ha decidido no volver a casarse para no dañar la reputación de la familia. ¿No se suele decir que «Ministro fiel no sirve a dos príncipes» y que «La mujer casta no tiene dos maridos»? ¿Cómo podría mostrarme ingrata con respecto a vos?

Al oír estas palabras, Yushu fue incapaz de expresar su alegría. La dama Xia mandó llamar a un médico célebre para que le atendiera. Pero un día, tras haber tomado el pulso a su paciente, el médico declaró:

—Su enfermedad es incurable.

Se despidió y se fue. Al oírlo, la dama Xia se lamentó largamente. Y, en efecto, al día siguiente, hacia el mediodía, el enfermo murió. Su esposa se vistió de luto y se ocupó de arreglar todos los detalles de la ceremonia fúnebre, informando tanto al duque Ling como a todos los oficiales. Cuando Kong Ning se enteró de la muerte de Yushu, se regocijó en su fuero interno: «La dama Xia me ha manifestado a menudo su interés y, si no se atrevía a declararse, era sólo porque su marido aún vivía. Pero, ahora que ya no está, ¡esta seductora dama será mía sin falta!». Cambió su atuendo por uno blanco de luto y fue a ver a la dama Xia para presentarle sus condolencias. Lloró desde la puerta principal de la residencia hasta los aposentos privados. La dama Xia también lloraba. Mientras se enjugaba las lágrimas, ésta le dijo:

—Cuando mi marido se acercaba a su última hora, se

volvió hacia mí y me dijo que vos habíais sido su amigo más fiel a lo largo de toda su vida. Nuestro hijo Zhengshu es todavía un niño y mi difunto marido deseaba que vos os ocuparais de él. Y también expresó sus deseos de que vos organizarais sus funerales.

Cuando acabó de hablar, se prosternó ante él. Kong Ning le devolvió solícito el saludo y respondió:

—Tranquilizaos, queridísima cuñada, tomaré las riendas de sus asuntos.

Y, nada más decir esta frase, salió a ocuparse de la ceremonia fúnebre. En el momento en que el sol se ocultaba tras la montaña de poniente, él todavía se encontraba en la casa Xia, dispuesto a quedarse a dormir en ella. Cuando la dama Xia se enteró de eso, ordenó a Flor de Loto que le llevara un colchón, unas mantas, té y licores. Sentado en la biblioteca, Kong Ning sólo pensaba en la dama Xia, y reflexionaba en cómo podría conquistarla. De pronto, al ver llegar a Flor de Loto trayéndole algo de beber de una forma tan galante, su corazón se llenó de alegría. Fue a su encuentro y le preguntó de forma jovial:

—¿Y a ti quién te ha enviado?

La criada, que era tan seductora como aguda, y que además tenía muy asumido su papel de alcahueta, le respondió con una encantadora sonrisa:

—¡Mi señora!

Y acompañó sus palabras con una apasionada mirada que avivó aún más el fuego del deseo que había inflamado a Kong Ning. Como no había nadie por los alrededores, éste se acercó a Flor de Loto y, estrechándola contra sí, la besó en la boca. Flor de Loto temió de pronto que alguien les sorprendiera, así que se zafó de él y huyó. Kong Ning se quedó tan desconcertado como quien pierde lo que está a punto de poseer. Esa noche no durmió. Había buscado y acababa de descubrir una estratagema infalible. Se dijo riendo: «¡Ah, ya lo tengo! ¿No dicen que, desde la antigüedad, quien ambiciona un tesoro debe levantarse a la aurora? Mañana le regalaré a Flor de Loto algunos objetos preciosos y seguro que hará lo que le pido. Nada puede impedir ahora que su

señora caiga entre mis manos». Firme en su idea, se levantó al alba, fue a su casa a buscar unas horquillas de pelo, unos brazaletes y unos aderezos, y regresó. Y, al igual que la víspera, se ocupó de los asuntos del duelo. Por la noche, cuando la casa estuvo de nuevo sosegada, Flor de Loto le llevó un té. Kong Ning, muy alegre, se rascó las orejas, se frotó las mejillas y luego la apostrofó riendo:

—¡Flor de Loto, hermana mayor!

—¿En qué más puedo seros útil? —preguntó ella.

—Me sirves con tanta diligencia que te lo mereces todo. He visto que tienes muy pocos aderezos para los cabellos, así que te he traído algunos. ¿Los aceptarías?

—Tengo el deber de serviros —respondió ella—. ¿No sería un atrevimiento por mi parte aceptar vuestros presentes?

Kong Ning tomó entonces una caja de laca dorada y se la dio a la doncella. Cuando ésta la abrió, vio que en su interior había muchos aderezos de oro y perlas, y los tomó diciendo:

—Gracias por todos estos regalos. ¡Gracias infinitas!

—No es necesario que me lo agradezcas —respondió Kong Ning—. Ven aquí.

Flor de Loto se acercó. Kong Ning la tomó en sus brazos y la estrechó contra él; quería entregarse, como se suele decir, a los placeres de «las nubes y la lluvia». Flor de Loto alegó que, para eso, había que esperar a que su señora estuviera dormida, y así ella podría volver discretamente. Kong Ning la dejó marchar y, cuando llegó la primera víspera, ella se reunió con él amparándose en la oscuridad. Kong Ning salió a recibirla, le dijo que entrara y cerró la puerta tras él. Se desnudaron los dos. Kong Ning la sentó en una silla y le abrió las piernas. A la luz de la lámpara contempló la puerta femenina, opulentamente blanca; la raja estaba humedecida por las secreciones. Aunque Flor de Loto conocía el asunto de los hombres, todavía no había tenido hijos, por lo que su valle no era ni demasiado estrecho ni demasiado ancho. Kong Ning sólo tuvo que hacer dos o tres movimientos de vaivén antes de hundir su miembro hasta la raíz. Después, poco a poco, empujó más profundamente, y efectuó varios cientos de vaivenes de un tirón. Sentía que la «cresta de gallo» de Flor

de Loto encapuchaba su «cabeza de tortuga», engulléndola y expulsándola de una forma maravillosa. «El corazón de la flor» se agitaba a empujones; ella ciñó con fuerza la cintura de Kong Ning sin dejar de jadear suavemente. Al notarlo, este último no pudo sino arremeter bien fuerte, meneando su miembro hacia la izquierda y frotando hacia la derecha, lo que no tardó en provocar en su pareja gritos de goce infinito. De pies a cabeza, sus cuerpos se sintieron muy pronto doloridos de felicidad; y así varias veces. Ella entonces metió su blanda lengua en la boca de Kong Ning y éste se la chupeteó. La punta estaba ligeramente fresca. Kong Ning supo entonces que Flor de Loto había llegado al máximo del placer; él mismo, sumamente satisfecho, emitió su semen. Flor de Loto le secó y luego se secó a su vez con su pañuelo de seda; y vio que el suelo estaba totalmente cubierto de sus secreciones y del semen de él. Se levantaron y fueron a tumbarse sobre el cobertor de seda y, reposando sus cabezas en la misma almohada, se quedaron abrazados. Kong Ning confió finalmente a Flor de Loto sus deseos de cabalgar a su señora, y la doncella estuvo de acuerdo con él.

—Si la empresa tiene éxito —le dijo él—, sabré agradecértelo.

—Le hablaré de ello a mi señora —respondió Flor de Loto — y vendré a llamaros mañana al comienzo de la primera víspera.

Cuando acabaron de hablar, ya era la quinta víspera de la noche.

—No puedo quedarme más tiempo —dijo Flor de Loto echándose rápidamente una prenda sobre los hombros y abriendo la puerta.

Y sin que la viera un solo ser humano, o ni siquiera un espíritu, regresó a su habitación. Al día siguiente, transmitió con toda naturalidad a su señora el mensaje de Kong Ning. Cuando ésta le preguntó si había tenido relaciones con él, Flor de Loto le contó todo lo que había sucedido la noche anterior y le mostró los objetos preciosos que Kong Ning le había regalado. La dama Xia, que era por naturaleza una mujer galante, no tenía ningún motivo para rechazar el

ofrecimiento de Kong Ning e inclinó la cabeza a modo de asentimiento. Esa misma noche, al ponerse el sol, Kong Ning se hallaba, como los días anteriores, en la biblioteca. Y después de empezar la primera víspera, Flor de Loto llegó, como habían convenido, para conducirlo al aposento de los bordados. Por temor a que alguien la viera, la dama Xia no había encendido las lámparas. Flor de Loto condujo a Kong Ning hasta el borde de la cama, y él, después de palpar durante un momento, supo que la que estaba tumbada de espaldas era la dama Xia. El aguijón de la carne le espoleó con violencia; y, sin que tuviera que hacer el menor esfuerzo, su miembro de jade se irguió. Se quitó inmediatamente las ropas y subió a la cama mientras la dama Xia lo atraía hacia ella. Kong Ning apoyó su miembro de jade contra la entrada del valle, estrecho como la de una virgen y sumamente difícil de penetrar. Pasado un buen rato, sólo había conseguido hundirlo hasta la mitad. «Qué extraño», pensaba Kong Ning, «ya no es tan joven y además ha tenido un hijo. ¿Qué le ocurrirá?». Entonces se dirigió a la dama:

—Querida, ¿cómo conseguís mantener vuestro valle tan estrecho?

—Un inmortal me instruyó acerca de este procedimiento —respondió ella.

Kong Ning se quedó estupefacto. Cuando logró que su miembro penetrara por entero en el valle, la dama Xia supo acogerlo y moverse con precisión y exactitud. Y de ese modo se entregaron al placer durante toda la noche. Cuando estaban descansando un poco, la dama Xia dijo a Kong Ning:

—Mi hijo Zhengshu ya es mayor y no es conveniente que mantengamos esta relación estando él en la casa. ¿No sería mejor enviarlo lejos para que siguiera las enseñanzas de un maestro? Yo volvería a vivir en Zhulin, mi feudo en la provincia de Henan, y podríamos permanecer juntos indefinidamente.

Kong Ning estuvo completamente de acuerdo. Esa mañana le robó a la dama un pantalón bordado y se lo puso. Se quedó unos días más y, una vez finalizados los funerales, llevó a Zhengshu a casa de un maestro. La dama Xia volvió a vivir en

Zhulin y guardaron tal secreto acerca de sus relaciones que nadie se enteró jamás. Pero un día en que Kong Ning estaba bebiendo con un tal Yi Hangfu, un funcionario amigo suyo, le reveló su relación con la dama Xia e incluso le contó lo del pantalón bordado. Yi Hangfu era, junto con Kong Ning, uno de los ministros preferidos del duque Ling, a quien ambos servían habitualmente. A los dos les gustaban el vino y las mujeres, y secundaban a su señor en sus diversiones. Yi Hangfu, el más virulento de estos juerguistas, era el que «golpeaba el gong y tocaba el tambor». Al oír hablar ese día de la dama Xia, no pudo impedir que su corazón se excitara y que sus pensamientos se volvieran ligeramente confusos. Una vez en su casa, desplegó toda clase de argucias a fin de entablar una relación amistosa con Flor de Loto; le dio una suma importante de dinero para que aceptara interceder por él ante su señora. Por su parte, a la dama Xia no le habían pasado desapercibidos la gran estatura y el imponente aspecto de Yi Hangfu, lo que estuvo muy lejos de dejarla indiferente. Envió, pues, a Flor de Loto a que acordara un encuentro íntimo con él. Con el fin de animar la batalla y de seducir a la dama, Yi Hangfu ingirió unas sustancias que tenían la facultad de despertar la «excitación primaveral». Y ésta fue la razón por la que la dama Xia le amó el doble que a Kong Ning. Yi Hangfu le dijo un día:

—El dignatario Kong recibió de vos como presente un pantalón bordado; yo también deseo algún objeto que me demuestre que me amáis tanto como a él.

—¿El pantalón bordado? ¡Pero si me lo robó! —contestó ella riéndose—. No es verdad que yo se lo diera. —Y le confió al oído—: Y aunque haya compartido el mismo lecho, ¡tenía en él mucho menos sitio!

Acto seguido, se quitó la prenda de color jade que ceñía su pecho y se la regaló a Hangfu, que no cabía en sí de alegría.

Y, a partir de ese momento, sus encuentros se volvieron tan íntimos y tan frecuentes que Kong Ning no pudo dejar de sentirse excluido. ¡Ay!, ¿pero no queda perfectamente ilustrada la situación reinante por este antiguo poema?:

Oh, ¡las costumbres en Zheng son en extremo
licenciosas!
Eliminadas de los virtuosos Huan y Wu las influencias
dichosas,
oficiales y damas rivalizan en emparejarse de un modo
excesivo;
en los barrios y callejas las uniones verdaderas
han desaparecido.

En palacio, Zhongzi quiere saltar la muralla,
Y Zithong es un astuto demasiado encopetado.
En la puerta del este se reunían los galantes de otrora,
y las parejas se entrelazan, anárquicas
cual plantas trepadoras.

¡Tela azul, cara a mi corazón!
Conducir su carro sin saber hacia qué lado,
a pesar del viento y de la lluvia, el gallo ha cantado
para reunirse en secreto, ¡qué taimado!

El agua agitada se lleva el rumor de las gavillas.
Poco nos importan las críticas de los cotillas.
La moralidad de los tiempos mucho os ha turbado.
¿De qué otro modo esos felices días hubiera yo pasado?

Después de recibir esta prenda de la dama Xia, Yi Hangfu se jactó de ello ante Kong Ning. Este preguntó entonces con discreción a Flor de Loto acerca de la naturaleza de sus relaciones y supo que se amaban muy íntimamente. Su corazón se llenó de celos, y la idea de que no tenía ningún plan para separarles le consumía. No obstante, un día en que caminaba por casualidad por el jardín de la dama Xia, se le ocurrió una maravillosa estratagema.

Pues bien, si todavía no sabéis lo que pensó, prestad atención a las explicaciones del próximo capítulo.

*En el jardín, la doncella hace de mediadora.
Y en el pabellón, cada vez es más furcia su señora.*

Kong Ning acababa, pues, de encontrar una estratagema que se le antojaba maravillosa. «Mi señor, el duque Ling, está ávido de placeres carnales», pensaba, «y creo que ha hablado varias veces de la dama Xia manifestando un vivo interés por ella. Si hay algo que lamenta es no poder poseerla. Si yo se lo permito, me estará eternamente agradecido. Padece, por desgracia, la llamada hediondez del zorro, y estoy seguro de que el horrible olor de sus axilas repelerá a la dama Xia. Tendré, pues, que echarle una mano. Aprovecharé también para galantear con la dama, y así Yi Hangfu no se tomará demasiadas confianzas tan a menudo. Ya me he liberado, pues, de todas esas preocupaciones. ¡Ah, qué plan tan excelente!».

Kong Ning se dirigió entonces a ver al duque Ling para hablarle de la belleza de la dama Xia, la cual, añadió, no tenía equivalente bajo el cielo.

—He oído hablar de su belleza —dijo el duque—, pero tiene casi cuarenta años y me temo que, al igual que las flores de los melocotoneros en el tercer mes, la flor de su tez esté ajada de forma inevitable.

—La dama Xia es muy versada en «el arte del dormitorio» —respondió Kong Ning—, y su tez, tan fresca como la de una joven de diecisiete o dieciocho años.

Al oírle hablar así, el duque Ling sintió encenderse en él el fuego de la pasión y le preguntó:

—¿Y conocéis algún modo de que pueda entrevistarme con ella?

—La familia Xia reside en Zhulin —explicó Kong Ning—,

un lugar retirado y tranquilo a la par que hermoso, por el que uno puede vagabundear a sus anchas. Bastará con que mañana por la mañana vayáis a Zhulin, y la dama Xia saldrá a recibirlos. La dama tiene una doncella llamada Flor de Loto que está al tanto de sus asuntos sentimentales, y yo, por mi parte, le comunicaré vuestras intenciones, excelencia. ¡No hay ninguna razón para que las cosas no salgan bien!

—Os otorgo toda mi confianza, querido dignatario — concluyó riendo el duque Ling.

Y al día siguiente ordenó al cochero que preparara su carruaje para ir a Zhulin. Sólo le acompañaba el dignatario Kong Ning. Este había enviado una misiva a la dama Xia pidiéndole que ordenara preparar refinados manjares para recibir al duque; y había desvelado las intenciones del duque a Flor de Loto para que actuara de alcahueta. Como sabemos, la dama Xia no temía ni las aventuras ni el qué dirán. De ese modo, a la hora señalada, todo estaba preparado. El duque Ling sólo tenía una idea en la cabeza: poseer a la dama Xia, y su paseo a Zhulin, no os equivocáis, no era más que un pretexto. Por algo se dice, y con toda razón:

Robar el jade y sustraer el perfume, ¡he aquí su decisión!
Contemplar las aguas y gozar de la montaña
¡no era en absoluto su intención!

Poco tiempo después, el duque Ling llegó a la residencia de los Xia. Ataviada con sus ropas de gala, la dama Xia acudió a recibirlo a la puerta de la sala principal. Le saludó respetuosamente y le dijo así:

—El hijo de vuestra humilde servidora, Zhengshu, ha partido para seguir las enseñanzas de un maestro; yo ignoraba que vuestra majestad fuera a conducir su tiro de caballos y se dignara posar su mirada sobre el vecindario; es culpa mía si he faltado a las normas recibiendo tan pobremente.

El gorjeo de su voz sonó claro y encantador como el primer canto de la oropéndola. El duque Ling la contemplaba: era como una inmortal del cielo. ¡Pocas veces una belleza semejante había enorgullecido sus palacios,

lentos de esposas y concubinas! Se dirigió a ella en estos términos:

—Estaba dando un paseo y, al pasar ante vuestra honorable residencia, me he permitido entrar a presentaros mis respetos. Os ruego que no os alarméis.

La dama Xia, con las manos ocultas en las mangas, le respondió:

—Habiendo accedido los pasos de jade de vuestra majestad rebajarse a venir hasta Zhulin, el brillo de éste se ve aumentado. Vuestra humilde servidora ha ordenado preparar una colación tan ligera que no se atreve a ofrecérsela a vuestra excelencia.

—Las molestias que os habéis tomado me confunden —respondió el duque—, pero no es necesario que me honréis en el comedor de las ceremonias. He oído decir que en vuestra honorable residencia los jardines y pabellones se hallan apartados y no pueden ser más encantadores, y sé también que en este momento las flores de los perales están soberbias. Deseo contemplarlas y me gustaría, señora, que los exquisitos platos con los que vais a honrarnos nos sean servidos en un pabellón del jardín.

—Desde que mi difunto esposo dejó este mundo —prosiguió la dama—, he tenido abandonado el jardín y a menudo he descuidado barrerlo. Temo deshonraros, excelencia; os pido perdón por adelantado.

La dama Xia sabía realmente cómo recibir a sus invitados. Conmovido ante estas frases tan bien construidas, el duque Ling la tuvo, si cabe, en más alta estima. Le ordenó que se cambiara sus vestidos de gala y le acompañara, a él, que era un simple mortal, a dar un paseo por el jardín. La dama Xia cumplió la orden y, vestida con sus ropas habituales, semejaba la flor del peral bajo el resplandor de la luna, o los capullos de los prunus bajo la nieve, ¡tan distinguida era su elegancia y tan poco afectada!

Así pues, la dama Xia condujo al duque al jardín situado detrás de la residencia, donde sólo se veían venerables abetos y graciosos cipreses, piedras de extrañas formas y flores de mucho renombre. Había también un pequeño estanque y

varios pabellones adornados con flores. En el centro, se alzaba una galería cubierta y rodeada por unas balaustradas de color rojo bermellón; en esa construcción, ricamente ornamentada, se ofrecían los banquetes a los invitados. A derecha y a izquierda había otras galerías, y detrás de la galería cubierta, varias habitaciones apartadas. Dichas galerías, dispuestas en zigzag, comunicaban con los aposentos privados de la residencia. En el exterior se encontraban el acaballadero y las cuadras. Al oeste, se extendía un terreno lleno de perales cuyas flores perfumaban el aire. ¿No era Zhulin una residencia maravillosa?

Después de un corto paseo, el duque entró, acompañado de la dama, en la galería cubierta, donde estaban dispuestos los platos del banquete. Con una copa de vino en la mano, la dama indicó a cada uno de los invitados el lugar que debía ocupar. El duque Ling tuvo entonces la cortesía de sentarse a su lado, a lo que ella se negó con modestia.

—¡Os lo ruego, señora! —dijo el duque, ordenando a Kong Ning que se sentara a su derecha y a la dama que lo hiciera a su izquierda—. Olvidémonos del protocolo y dejemos hoy esos ceremoniales que debe mantener habitualmente el soberano con sus vasallos. ¡Más vale regocijarse de común acuerdo!

Mientras bebían, el duque Ling no dejó de hacer guiños a la dama Xia y ésta le respondía con miradas semejantes a las «olas de otoño». Ligeramente achispado, el duque se entregaba a los cumplidos mientras que, por su parte, el dignatario Kong Ning «tocaba el tambor» con inteligencia y precipitaba las cosas. ¿No ayuda el vino a que los corazones se llenen de alegría? En cuanto una copa se quedaba vacía, la llenaban de nuevo. Muy pronto no supieron cuántas copas habían bebido.

En un abrir y cerrar de ojos, el sol desapareció tras la montaña de poniente y trajeron las lámparas. Completamente ebrio, el duque Ling se acostó en una cama y se puso a roncar. Kong Ning había informado discretamente a la dama que su señor la deseaba desde hacía mucho tiempo, y que había ido a visitarla para pedirle que le concediera sus

favores. Le rogó que no se negara desconsideradamente. La dama Xia sonrió y no contestó nada. Kong Ning sabía que ella no dejaría de cumplir lo que le pedía, de modo que la dejó para irse a descansar, como todo el mundo. La dama mandó preparar unos cobertores de seda y unas almohadas bordadas y ordenó que las llevaran a la galería cubierta, dejando creer que el duque iba a pasar allí el resto de la noche. Después se dispuso a tomar un baño de agua caliente y perfumada en espera de que llegara ese momento tan deseado. Cumpliendo sus órdenes, Flor de Loto se había quedado junto al duque. Al poco, éste se despertó. Abrió los ojos y preguntó quién estaba ahí. Flor de Loto se arrodilló y le respondió:

—Vuestra humilde servidora Flor de Loto. Mi ama me ha pedido que os sirviera, majestad, y yo me he permitido entrar para traeros una bebida de ciruelas que disipará vuestra embriaguez.

—La persona que me trae este galante brebaje, ¿no podría hacer de intermediaria? —preguntó el duque.

—No sabría desempeñar ese papel. Sólo está en mis manos servirlos lo mejor que pueda. ¿Cómo podría saber yo quién es la persona en la que tenéis puestos vuestros pensamientos?

—Es tu señora, y mis almas superiores se hallan muy turbadas a causa de ella. Si puedes ayudarme, sabré mostrarme generoso.

—Es de temer que la humilde persona de mi señora no sea de vuestro agrado, excelencia. Pero si no la desdeñáis, podré conducirlos junto a ella.

El duque, en el colmo de la felicidad, pidió en el acto a Flor de Loto que tomara una lámpara y le mostrara el camino. Recorrieron las galerías dispuestas en zigzag y llegaron a los aposentos privados. Sentada sola bajo la lámpara, la dama Xia parecía esperar a alguien o algo. De pronto oyó ruido de pasos, y ya iba a preguntar quién se acercaba cuando vio entrar al duque Ling en su habitación. Flor de Loto se retiró con la lámpara de plata en la mano.

El duque estrechó a la dama y, abrazado a ella, entró bajo las colgaduras de la cama. Se quitó la ropa y se tumbó a su

lado. Nada más acariciar su suave y delicada piel, se derritió de placer. Pero cuando llegó el momento en que los placeres confluyen, le pareció una virgen desde todos los puntos de vista. Como él se extrañara, ella le explicó:

—Vuestra humilde servidora posee un método que le fue transmitido tiempo atrás. No habían pasado aún tres días del nacimiento de mi hijo cuando ya mi «habitación florida» había recobrado su estado anterior.

—¡Vaya! —exclamó el duque—. ¡He visto bellezas semejantes a las inmortales del cielo, pero jamás había visto nada parecido!

Para ser sinceros, diremos que el miembro viril del duque Ling estaba muy lejos de ser equiparable a los de Kong y Yi. Añadamos que su aliento desprendía la hediondez del zorro. Realmente, todo esto no era como para complacer a la dama. Pero él era el soberano del reino, y la dama temía su poder. Así que no se atrevió a desdeñarle.

De ese modo, sobre la almohada y sobre la estera, de cien maneras le acariciaba ella y, con la mente en otra parte, trataba de complacerle. Temía simplemente que la respiración del duque se volviera débil y jadeante. Así pues, le animó a que se tumbara boca arriba y se sentó a horcajadas encima de él. Le ceñía entre sus piernas, y no cesaba de sentarse y levantarse, como si «le pusiera una cereza en la boca» a un niño. Se movía con tal destreza que el duque sintió muy pronto un hormigueo por todo el cuerpo y su semen salió despedido como un torrente. Cada uno de los amantes reclinó la cabeza en la mano del otro e hicieron una pausa. Poco después, el duque sintió reavivarse su deseo y se le endureció la lanza. En el curso de esa misma noche, combatieron y se entregaron a las «nubes y lluvia» siete veces. Al final, el cuerpo del duque estaba a punto de descoyuntarse; sus cuatro miembros se hallaban exhaustos, y, derrengado, se durmió. Cuando cantó el gallo, la dama Xia le zarandeó suavemente para que se despertara. Entonces él le dijo:

—Querida, las numerosas bellezas de mis palacios me parecen a vuestro lado unos vulgares objetos. ¿Podría pedirlos

que en el futuro me concedáis un poco de vuestro precioso tiempo?

Temiendo que el duque no conociera la naturaleza de sus relaciones con los dignatarios Kong y Yi, la dama respondió:

—No debo engañaros, majestad, y os confesaré que, desde que mi esposo dejó este mundo, apenas me he comportado como una persona casta. Por otros como vos, he perdido mi virtud. Pero hoy he tenido la posibilidad de servirlos y os juro que, a partir de ahora, no tendré más amoríos. ¿No sería un delito ser dueña de varios corazones a la vez?

—Tesoro mío, habladme de esas ricas y nobles personas sin necesidad de disimulos.

—Se trata de los altos dignatarios Ning y Yi, de nadie más —respondió ella—. Me vi obligada a mantener esas enojosas relaciones para poder educar al hijo que me dejó mi esposo.

—¡Ese Kong Ning es un diablo! —gritó el duque—. ¡Ahora entiendo por qué hablaba de vos como de un ser maravilloso! Si no os hubiera conocido personalmente, ¿cómo hubiera podido hablar tan bien de vos? Habéis sido muy honesta al advertírmelo. Tened por seguro que ahora mi único deseo es venir a veros a menudo, y, en cuanto a las otras relaciones, no podría prohibíroslas.

—Majestad —le dijo ella—, podéis venir a verme siempre que lo deseéis. Muy grande sería mi tristeza si no vinierais a visitarme con frecuencia.

Poco después el duque se levantó. La dama Xia se quitó la camisa y se la dio para que la llevara siempre puesta.

—Príncipe, ¡cuando veáis esta camisa, pensaréis en mí!

Flor de Loto volvió a conducir entonces al duque por el camino que habían tomado la víspera, hasta llegar a la galería. Tan pronto como el cielo se iluminó, la comida de la mañana estuvo lista y la dama invitó al duque a tomar asiento en la gran sala de ceremonias. El personal de cocina trajo los platos. A todos los hombres del cortejo ducal se les dio alimento y vino para que se reconfortaran. Kong Ning condujo el carruaje del duque hasta la corte. Todos los oficiales sabían a ciencia cierta que el duque había pasado una noche campestre, es decir, fuera de palacio y en galante

compañía, y le esperaban, prestos para servirle, en la puerta de su residencia. El duque ordenó que les dijeran que esa mañana no concedería audiencias y se dirigió a sus aposentos privados. De pronto se oyó que un funcionario le decía a otro:

—¡Eh, hermano Kong Ning, pareces venir de muy lejos! ¡Debería pedirte explicaciones!

Kong Ning se volvió y dijo:

—¡Ah, eres tú!

Pues bien, si deseáis conocer el nombre de esta persona, prestad atención a las explicaciones del próximo capítulo.

En la corte del duque de Chen, se pavonean.

Yi Hangfu, asesinar en secreto al ministro leal ordena.

Pues debéis saber que quien había interpelado a Kong Ning era Yi Hangfu. Cuando le vio pasar junto a él, le asió de la manga y, llevándole aparte, le preguntó al oído:

—¿Dónde ha estado cazando nuestro señor y dónde ha pasado la noche? Dímelo sin rodeos.

Viendo que no podía disimular, Kong Ning le dijo la verdad. Yi Hangfu, que sabía perfectamente que el duque había ido a Zhulin aconsejado por Kong Ning, dio una patada en el suelo y le dijo, molesto:

—¡Ah! ¡Conque ésas tenemos! Pero no dejaré que te salgas con la tuya.

—Nuestra majestad ha quedado muy satisfecho —respondió Kong Ning—. ¡No te preocupes, la próxima vez te tocará a ti complacerle!

Los dos hombres soltaron una gran carcajada y se separaron. Al día siguiente, cuando todos los oficiales se hubieron dispersado después de la audiencia matinal, el duque rogó a Kong Ning que compareciera ante él y le dio las gracias por su consejo del día anterior. Mandó llamar también a Yi Hangfu y preguntó a los dos dignatarios:

—¿Cómo habéis podido dejarme tanto tiempo al margen de este grato asunto, al que vosotros os habéis dedicado antes que yo? —Como ellos negaran el hecho, el duque continuó—: Lo sé por la amable boca de la dama, así que no tenéis necesidad de disimular.

—Si el príncipe experimenta cualquier tipo de agrado ante un manjar —dijo Kong Ning—, es porque sus ministros lo han probado antes. Y, si éstos no lo encuentran de su gusto, ¿no

sería una osadía por su parte dárselo a conocer a vuestra majestad?

—También se dice que las palmas de oso tienen un sabor extraordinario, ¡y sin embargo me las habéis dado a probar antes que vosotros! —respondió el duque riendo.

Los dos ministros empezaron a reírse tan fuerte que no podían parar.

—Pero ella me ha regalado una cosa —prosiguió el duque, y entreabrió sus ropas para mostrarles la camisa de la dama Xia—. ¿Poseéis vosotros algo parecido?

—Sí —respondió Kong Ning levantándose el traje y mostrando la entrepierna de un pantalón bordado—. ¿Acaso no es esto también un regalo de la amable dama? Y Hangfu posee a su vez algo parecido.

El duque preguntó a Hangfu de qué se trataba y éste le mostró lo que llevaba puesto. Riéndose a mandíbula batiente, el duque les dijo:

—Puesto que cada uno de los tres poseemos una prenda a modo de prueba, ¡uno de estos días iremos juntos a Zhulin y tendremos una gran reunión de cama!

En la ciudad no tardó en saberse que el príncipe y sus dignatarios se divertían hablando de esa guisa en el mismo recinto de la corte. Resentido, un ministro probo llamado Xie Ye dijo, apretando los dientes:

—La sala de audiencias real es el lugar donde se salvaguardan las leyes fundamentales del Estado. ¿Cómo se atreven a pronunciar en ella palabras tan insolentes y propósitos tan licenciosos? ¿Qué conducta es ésa? No puedo resignarme a que nuestro principado se vea sumido en la ruina.

Y el ministro en cuestión se presentó en la corte para dirigir unas amonestaciones al príncipe. Sin embargo, por desgracia, suele decirse:

Desde la antigüedad, la traición y la lealtad
son raramente conciliables.

¡Ah!, virtuoso y malogrado ministro Bigan,
¿para qué evocarte en vano?

Pero volvamos ahora al momento en que el príncipe y sus dos ministros se divertían ignominiosamente en la corte. De pronto vieron a un hombre que se acercaba a toda prisa llevando en la mano una tablilla oficial. Abrieron los ojos como platos y reconocieron a Xie Ye. Kong Ning y Yi Hangfu le temían por la honestidad que siempre había demostrado. Cuando ese día le vieron llegar sin haberle convocado, pensaron que había venido para amonestarles. Así pues, se despidieron del duque y se eclipsaron. El duque también hubiera deseado dejar su trono, pero Xie Ye se le adelantó; le sujetó de la ropa y le dio el siguiente consejo:

—He oído decir que el príncipe y los ministros deben guiarse por el respeto mutuo, y que los hombres y las mujeres deben mantenerse alejados entre sí. Hoy el príncipe y los ministros hacen gala de su impudicia y ya no se alaban los unos a los otros; al perderse el respeto mutuo, anulan, al mismo tiempo, la separación que conviene mantener entre hombres y mujeres. La ruina de las conveniencias sociales se ha consumado, lo cual trae aparejada la destrucción del reino. Príncipe, debéis cambiar este estado de cosas.

El duque Ling sintió que la vergüenza le subía al rostro y le dio la razón en estos términos:

—Gracias a vuestras justas amonestaciones, reconozco mi deshonor. Corregiré mi conducta.

Entonces Xie Ye se despidió.

Cuando Kong y Yi, que se habían quedado en la puerta para oírles, vieron salir a Xie Ye precipitadamente y con aspecto furibundo, corrieron a esconderse. Pero Xie Ye les había visto. Les hizo salir de su escondite y les increpó de esta manera:

—Cuando el príncipe es virtuoso, los ministros deben proclamarlo. Cuando el príncipe no es virtuoso, los ministros deben ocultarlo. Hoy, vosotros dos, ministros inmorales, habéis incitado a vuestro príncipe a la depravación, y, por añadidura, habéis aireado su conducta en la sala de audiencias real. ¿Qué lección debe extraerse de esto? ¿Acaso no conocéis lo que es el oprobio?

Los dos hombres no supieron qué responder y se vieron

obligados a disculparse para que Xie Ye les dejara irse. Cuando este último se hubo marchado, regresaron junto al duque y le dijeron:

—Las amonestaciones de Xie Ye significan que en el futuro se os prohibirá ir a divertirlos a Zhulin.

—¿Y vosotros dos seguiréis volviendo allí? —les preguntó el duque.

—Xie Ye os ha hablado así en su calidad de ministro, príncipe, pero nosotros, vuestros ministros, no tenemos nada que ver en el asunto, por lo cual nada podrá impedirnoslo.

—Prefiero desobedecer los consejos de Xie Ye que renunciar a ese lugar de delicias —afirmó el duque con ardor.

—Pero, príncipe, si vais de nuevo a Zhulin, os será difícil evitar las amonestaciones del pertinaz Xie Ye.

—Entonces, ¿qué podemos hacer para que no hable en absoluto?

—Sólo veo un medio —respondió Kong Ning—, impedirle que abra la boca.

—¿Cómo?

—Kong Ning quiere decir simplemente que sólo los muertos mantienen la boca cerrada —dijo Yi Hangfu—. ¿Por qué no ordenáis que Xie Ye sea eliminado? Así podríais disfrutar sin obstáculos del placer hasta el final de vuestros días.

—Eso es imposible —respondió el duque.

—Pero si vuestros ministros autorizaran a alguien para que le cortase la cabeza, ¿qué diríais vos? —sugirió Kong Ning.

—Haced lo que os parezca.

Los dos hombres salieron entonces del palacio para deliberar.

—Ayer se dictó sentencia en un proceso —declaró Hangfu—; el criminal será ejecutado después del otoño. Yo he visto a ese hombre terrible. Es extraordinariamente audaz. Si logramos que le indulten, y además le gratificamos con unas onzas de plata, de mil amores trabajará para nosotros.

—¿Cómo se llama ese hombre? —preguntó Kong Ning.

—Zhang Heiye, o Zhang Noche-Negra. Ha sido condenado

por entrar en una casa y asesinar al guardián que le sorprendió. Si nos servimos de él, estoy seguro de que conseguiremos nuestro propósito.

Al día siguiente, Kong y Yi fueron a ver al duque Ling y le hablaron del criminal en cuestión.

—Si aceptáis indultarle, príncipe, no hay duda de que se prestará a matar a Xie Ye.

El duque reflexionó unos instantes y después entregó a Kong Ning una orden escrita por la que concedía el indulto del criminal. Kong Ning se la transmitió a Hangfu, y éste envió a alguien a buscar a Zhang Noche-Negra. Después de dar curso a la orden rápidamente, Yi Hangfu ordenó a sus allegados que se retiraran; una vez a solas con Kong Ning, liberó de sus ataduras al bandido. Después le ayudaron a incorporarse y le dijeron al oído: «Así... y así...». Y al día siguiente, durante la audiencia matinal en la que se reunían todos los oficiales, Zhang Noche-Negra fue a esconderse en el lugar señalado. Creemos que no hace falta mencionar que, a continuación, se dedicó exclusivamente a esperar a Xie Ye. Después de la audiencia, Xie Ye salió del recinto del palacio. De pronto, la cabeza empezó a darle vueltas, los ojos se le nublaron y empezó a temblar.

Por suerte iba acompañado por un sirviente llamado Li el Servicial, que, al ver a su señor en tal estado, le preguntó:

—¿Qué tenéis, excelencia?

—No lo sé —respondió Xie Ye.

—¿No estará sucediendo algo en vuestra casa? —dijo Li el Servicial ayudándole rápidamente a subir al caballo.

Por el camino, vieron de pronto que un hombre salía corriendo de un bosquecillo de pinos. El hombre atrapó con una mano a Xie Ye y le obligó a bajar del caballo; después blandió su cuchillo y lo hirió.

—¿Pero quién eres tú para atreverte a cometer tal felonía? —le gritó Li el Servicial al ver que el hombre se llevaba a su señor, y se lanzó en su persecución.

Cuando Zhang Noche-Negra vio que Li el Servicial estaba a punto de alcanzarle, se volvió bruscamente y, de una cuchillada, le tiró al suelo. Murió en el acto. Al ver que Li el

Servicial había muerto, Xie Ye fue presa del terror, y sus almas espirituales volaron más allá de las nubes. Zhang Noche-Negra le remató, le cortó la cabeza y la envolvió en un trozo de tela. Apretando ésta contra su pecho, fue a ver a Yi Hangfu, quien se puso tan contento que le dio cincuenta onzas de plata y le permitió regresar a su casa. Sólo Kong Ning y Yi Hangfu estaban al tanto, y nadie sospechó lo que había ocurrido. Redactaron en secreto un informe y se lo enviaron al duque, y éste se alegró de la muerte de Xie Ye. Y, ya veis, todos los habitantes del principado creyeron que el duque era el único responsable de esta muerte, y no supieron que era obra de sus ministros. Un cronista compuso en honor a Xie Ye el siguiente elogio fúnebre:

Chen está de luto por la muerte de una virtud
brillante,
y duque y ministros ostentan su descaro:
horquillas, adornos, vestidos de la galante;
a Zhulin la corte se ha trasladado.
¡Oh eminente y brillante Xie Ye,
tus justas palabras fueron únicas bajo el cielo!
La muerte sigue aumentando tu eminente fama.
Tu sangre fue como la del leal Longfeng
y tu corazón como el de Bigan el fiel.

Después de la muerte de Xie Ye, el príncipe y sus ministros no tenían ya nada que temer. Sin embargo, dejaron de ir juntos a Zhulin y acudieron a escondidas. Pero pronto volvieron a sus costumbres de antaño. Y el duque Ling no pudo impedir que las gentes del reino recitaran un poema en el que se le criticaba de forma velada:

—¿Qué hacéis en Zhulin?
—Ver a Zinan.
Yo no he ido a Zhulin
sino para ver a Zinan.

Sabemos que el nombre público del hijo de la dama Xia era Zinan. El poeta, pues, como hombre leal que era, no pronuncia en el poema el nombre de la dama Xia, sino el de su hijo, Zinan.

El príncipe y sus dos ministros continuaron gozando de común acuerdo, y si todavía no sabéis lo que el futuro les reserva, prestad atención a las explicaciones del próximo capítulo.

*La dama celosa decide con otro hombre desposarse,
y la mujer libertina combate con todos sin fatigarse.*

Debéis saber que la esposa de Yi Hangfu, de soltera Wu, descendía de una familia de carniceros. Aunque poseía cierta elegancia, era también bastante licenciosa por naturaleza. Así, antes de casarse, había tenido relaciones íntimas y se había quedado encinta; había utilizado entonces unas sustancias para abortar. Más tarde, al conocer sus padres este hecho, quisieron enterrarla viva. Pero su cuñada intercedió por ella. Oportunamente, una alcahueta propuso a sus padres que se la dieran como esposa a Yi Hangfu, quien por aquel entonces, y al igual que Kong Ning, era un golfo redomado. Sólo le otorgarían el título de dignatario gracias a la insistencia del duque Ling. Así pues, los esponsales entre la dama Wu y Yi Hangfu se celebraron sin grandes fastos. Durante mucho tiempo los esposos estuvieron «unidos como cola y laca». El marido mostraba una gran benevolencia hacia su esposa, quien, a su vez, lo amaba. Pero más tarde la dama Wu vio cómo su marido se volvía cada vez más irritable e incluso cómo emitía involuntariamente su semen durante la noche. Hay que añadir que había oído hablar de la relación que éste mantenía con la dama Xia. Entonces, tapándose el rostro con la manga de su vestido y llorando de dolor, le dijo:

—Maldito seas por frecuentar a esa mujer libertina y olvidar a tu esposa. Me escribirás un certificado de separación que me devuelva mi libertad; tú te casarás con esa viciosa y yo tomaré otro marido.

Hangfu le dijo, solícito:

—Deja de llorar. ¿Y si te dijera que a partir de ahora no volveré a verla?

—Sólo podría creerlo si hicieras un juramento al cielo.

Hangfu hizo el siguiente juramento:

—Si vuelvo a ver a la dama Xia, que, después de mi muerte, un diablo gigante me lleve al otro mundo y que durante diez mil generaciones no renazca bajo forma humana. Y que entonces mi esposa, según sus deseos, sea dada en matrimonio a otro hombre.

—Puesto que pareces sincero —dijo su mujer—, no te golpearé. —Y volvió a dejar la barra de hierro de la que iba a servirse para corregirle.

Sabemos que, más tarde, Yi Hangfu y sus dos compañeros de libertinaje continuaron reuniéndose en casa de la dama Xia. Un día, Zhengshu, el hijo de esta última, descubrió al duque Ling y lo asesinó, y sus dos ministros tuvieron que exiliarse en el reino de Chu. Cuando poco tiempo después volvieron a Chen, fueron acosados por los fantasmas de Zhengshu y de Xie Ye, y murieron. Y a causa del juramento proferido por Hangfu, sufrieron unas penas terribles en el infierno. Pero no hablemos aún de lo que ocurrirá más tarde.

En realidad, Yi Hangfu había hablado así a su esposa para poder engañarla mejor. Cuando se hubo restablecido de sus involuntarias emisiones nocturnas, recuperó sus antiguas costumbres y volvió a ir todos los días a la casa de la dama Xia, donde de mil maneras se entregaba a la lujuria. Y cuando volvía a su casa, decía que ciertos asuntos le habían retenido en la corte. Sin embargo, su esposa seguía estando recelosa. Incluso un día puso en duda las palabras de un joven sirviente a quien había encargado que vigilara a su marido.

—Vuestro esposo —respondió él— no ha hecho otra cosa que pasar algunas noches en palacio ocupándose de los asuntos de estado.

La mujer de Hangfu montó en cólera.

—¡Supongo que no quieres decirme la verdad!

Llamó entonces a su doncella para que le trajera una vara de bambú y administró veinte golpes al joven sirviente; éste, esperando poder convencerla de la veracidad de sus palabras y evitar los golpes, le habló de los asuntos de la corte. Pero

viendo que la dama seguía sin estar dispuesta a creerle y que le daba otros veinte golpes más, confesó finalmente que, en efecto, Hangfu acudía con frecuencia a Zhulin. La dama Wu ordenó entonces a un sirviente que fuera a buscar una cuerda para atar al joven y esperó a que volviera su esposo para confrontarlos.

Cuando su marido regresó esa noche, de casa de la dama Xia, evidentemente, pensó preguntarle qué asuntos le habían retenido en la corte durante tanto tiempo, pero no lo hizo. Aunque Yi Hangfu temiera en su fuero interno las sospechas de su esposa, poco a poco se había vuelto indiferente. Ese día, cuando volvió a casa, además de no prestarle atención, se fue a acostar solo. Terriblemente postrada, ella se encolerizó: «¡El hombre que recoge la “flor de los campos” descuida la “flor de su jardín”! A causa de esta aventura galante, él me ignora. Esperaré a que se despierte para preguntarle y ver cómo reacciona».

A media noche, Hangfu se despertó de pronto y pidió que le llevaran un té. La dama Wu llamó a la doncella para que se levantara y calentara agua.

—Tengo demasiada sed —dijo Hangfu—. Es inútil mandar calentar agua. Traedme agua fresca, será más fácil.

La doncella le llevó enseguida un cuenco de agua fresca; Hangfu se lo bebió de un trago. De hecho, ese día había tenido relaciones con la dama Xia; pero, como había vuelto a su casa completamente ebrio, lo había olvidado todo.

Apenas hubo bebido, las vísceras se le paralizaron y sintió un violento dolor en el vientre. Sus ojos extraviados mudaron de color y se puso a darse de cabezazos y a revolcarse de dolor.

—¿Pero qué te ocurre? —le preguntó su mujer.

—Tengo un terrible dolor de vientre —respondió él—. Ven a ayudarme.

—¿Y con quién has estado resolviendo un asunto tan deshonesto? ¡Y, por si fuera poco, me llamas para que te ayude!

Y, simulando dormir, le dejó gritar sin prestarle la menor atención. Pero la doncella, oyéndole gritar así, dijo

precipitadamente a su señora:

—Aunque mi señor haya tenido asuntos fuera, no se le puede dejar sufrir así. ¡Cómo no socorrer a alguien cuya vida está en peligro!

La dama Wu pensó entonces que su doncella tenía razón y le indicó lo que debía hacer.

—Le agarrarás el chisme y se lo morderás hasta que sude mucho; entonces se curará.

La doncella, por su parte, había sido víctima antaño de los ardores de Yi Hangfu; obedeciendo a su señora, subió al lecho y le mordió el chisme sin soltárselo. Después la dama Wu se levantó y vio que, en efecto, Hangfu se hallaba muy enfermo y sudaba abundantemente. Pero el dolor del vientre le desapareció enseguida, se durmió y empezó a roncar. Al día siguiente, la dama Wu se levantó, se lavó y cerró la puerta del dormitorio. Luego, tomó un bastón y, destapando a su marido, le dijo:

—Así que has tenido asuntos fuera, ¿eh? ¿Con qué libertina, dime? Habla rápido y evitarás que te dé con el bastón.

El despertar de Hangfu fue tan brusco que, de buenas a primeras, no pudo encontrar excusa alguna. No dijo esta boca es mía. Pasado un momento, ella, viendo que no decía nada, continuó:

—Estabas en casa de la dama Xia, ¿no lo niegues!

—Te hice un juramento —respondió él por fin—. ¿Cómo podría haber vuelto allí?

—Tengo un testigo —dijo ella ordenando que fueran a buscar al joven sirviente.

Cuando Hangfu le vio llegar, supo que le había traicionado y se preguntó qué le habría contado a su mujer. Esta le dijo entonces lo que el criado le había confesado.

—Qué manera de mentir, eso quiere decir que no ha recibido los suficientes golpes —dijo Hangfu—. No le hagas ningún caso.

Pero la dama Wu se negó a creerle.

—Me trae sin cuidado que hayas ido allí o no. Me escribirás un acta de separación para que yo pueda encontrar

un marido que me convenga más.

Hangfu vacilaba y no se atrevía a acceder a ello. Su mujer gritó, chilló y vociferó de un modo cada vez más ensordecedor. Hangfu no pudo hacer otra cosa. Obligado y forzado, escribió el certificado y se lo tendió a su mujer.

—Léemelo —dijo ella.

—«Yo, Yi Hangfu, he redactado esta acta porque mi esposa y yo ya no vivimos en buena armonía. Mi esposa desea vivamente que me separe de ella. Hangfu tomará otra esposa y ella otro marido, y jamás habrá por ninguna de las dos partes palabras de arrepentimiento. Esta acta da fe de ello».

Terminada la lectura, la dama Wu tomó el certificado para echarle un vistazo.

—No está sellado —dijo—. ¿No habría que autentificarlo?

Así pues, Hangfu estampó su sello en el certificado. Nada más recibirlo, su mujer lo guardó en un maletín y se dispuso a volver con su familia. Hangfu se entristeció ante la idea de tener que verla partir ante sus propios ojos. En cuanto a ella, no manifestó ni por asomo el deseo de permanecer con él. Al final de un día de viaje agotador, llegó con gran dificultad a su casa. Sus padres le dieron un nuevo esposo que era carpintero. Pero como el *yang* de éste era demasiado pequeño, tuvo relaciones íntimas con otro carpintero, amigo de su marido, que se llamaba Qie Bao, Patán el Preservado. Su miembro viril medía más de nueve pulgadas de largo; todavía no había poseído a ninguna mujer y, cuando penetró a su compañera, no sabía si lo estaba haciendo bien o mal. En este caso lo hizo mal, pues la poseyó con tal violencia que la dama Wu sufrió una grave hemorragia; las mantas se llenaron de sangre, ella se desmayó y murió.

Pero acerca de todo esto no hay necesidad de decir nada más. Y tampoco es necesario explicar que, desde que Hangfu se había separado de su mujer, veía todos los días a Kong Ning y que ambos acompañaban al duque Ling a casa de la dama Xia para gozar de lujuriosos placeres. La dama Xia tenía, en verdad, una naturaleza extremadamente libidinosa y entregarse a un solo compañero ya no la satisfacía. Un día en

que los tres hombres estaban bebiendo, les dijo:

—He aquí que, a la luz del día, mi corazón se agita con «pensamientos primaverales». ¿Cuál de vosotros será el amante que me regocijará?

Al oír estas palabras, los tres hombres comenzaron a discutir.

—¿Por qué comportarse así? —les dijo la dama, riendo—. Como miembros de la misma familia, ¿no podríamos ser felices los cuatro juntos?

Ellos aceptaron. Y así fue como, en pleno día, los cuatro se quitaron la ropa y se quedaron completamente desnudos. Cerraron la puerta. La dama Xia se tumbó en la cama y el duque Ling fue el primero que trepó a la cama, la tomó por el talle y dirigió su miembro viril hacia la entrada de su valle. El miembro de jade entró completamente erecto. El duque comenzó los movimientos de vaivén, y de modo bastante ruidoso. Yi Hangfu los miraba con impaciencia. Le pareció oír a Flor de Loto riéndose fuera de la habitación, de modo que abrió la puerta. En efecto, era ella. Quiso escapar, pero él la tomó por la cintura y, sujetándola por detrás, le abrió el pantalón. Cuando Yi Hangfu empezaba a embestirla a la manera del «fuego que prende al otro lado de la montaña», oyó decir al duque Ling:

—Venid enseguida, amigos míos, ¡he emitido mi semen demasiado pronto!

Yi Hangfu soltó a Flor de Loto, porque él deseaba ardientemente a la dama Xia. Pero ¿no dicen que es necesario levantarse al alba para ser el primero en actuar? Se le adelantó Kong Ning, quien, con la lanza erguida, cabalgó a la dama. Con la boca pegada a sus mejillas perfumadas, le susurraba: «Querida, querida...»; después empezó a sacársela y metérsela, y los dos se entregaron al placer sin moderación, y gozaron durante un buen rato, sin diferenciar ya las victorias de las derrotas. Yi Hangfu, con impaciencia mal contenida, apartó a Kong Ning con una mano y le obligó a descabargar. Después se volvió y trepó a su vez sobre la dama Xia. El ruido del vaivén era mucho mayor que el de antes, por una parte porque el miembro viril de Hangfu era bastante

más imponente que el de sus compañeros y, por otra, porque había tomado unas «sustancias primaverales» que le daban fuerzas para el combate. Entonces, «desplegando ampliamente los estandartes y tocando con fuerza el tambor», golpeó y arremetió, provocando tal placer a la dama Xia que ésta no cesaba de decir un requiebro amoroso tras otro y de repetir una y otra vez: «Querido mío, querido mío...». Hangfu le rogó entonces que ella le cabalgara a su vez para jugar a «la lámpara de aceite que se vuelca».

Mientras se hallaban disfrutando de ese modo, y de forma realmente ruidosa, Kong Ning tomó a la dama, la echó boca arriba y la cabalgó con gran estruendo. Al verle actuar así, Yi Hangfu se vistió rápidamente y se fue. Kong Ning no le prestó la menor atención y al final combatió solo una buena parte del día. Y únicamente cuando vinieron a encender las lámparas descargó su semen. Entonces, él y el duque Ling se vistieron y se marcharon.

Pues bien, si deseáis saber lo que sucedió después de la precipitada partida de Yi Hangfu, prestad atención a las explicaciones del próximo capítulo y lo comprenderéis fácilmente.

*Zhulin es ocupado sólo por Yi Hangfu.
El duque Ling sufre la cólera de Xia Zhengshu.*

Después de la marcha del duque Ling y de Kong Ning, la dama Xia pensó: «¡Qué deprisa se ha ido Yi Hangfu! ¿Se habrá enfadado conmigo? ¿No debería aprovechar que los otros dos se han ido para recibirle esta noche y regocijarme a solas con él? ¡Hum, sí, excelente idea!». Así pues, a media noche, ordenó a Flor de Loto que fuera a buscarle.

Yi Hangfu, tan pronto como Kong Ning había obligado a descabargar a la dama Xia, se había sumido en una abrumadora tristeza. De regreso a su casa, se disponía a descansar cuando de pronto oyó que alguien llamaba a la puerta. Abrió precipitadamente y vio que era Flor de Loto. La atrajo hacia él y la besó en la boca:

—Amada mía, ¿qué te trae aquí a estas horas de la noche?

—El duque y Kong Ning se han ido; mi señora me envía a buscaros. ¿Aceptaréis su invitación?

Yi Hangfu la besó de nuevo diciendo:

—¡Amada, qué bien conoce tu señora mi corazón!

—El corazón de mi ama está impaciente por veros llegar.

Yi Hangfu cambió entonces su atuendo por un traje azul y una pequeña cofia y se dirigió a Zhulin en compañía de Flor de Loto. La dama Xia estaba sentada en el pabellón de los bordados y, al verle llegar, se puso tan contenta como ante un fabuloso tesoro. Pidió a Flor de Loto que preparara rápidamente algunos manjares y bebidas alcohólicas, y se dispuso a beber con Hangfu.

—Como sabéis, hace un rato Kong Ning me obligó a colocarme debajo de él y no me dio tiempo a haceros alcanzar el placer. Alarmada, he mandado a buscaros.

—Ese granuja de Kong Ning es muy egoísta, tanto que es del todo incapaz de compartir su placer. ¡Ese hombre de baja condición es de esos que interrumpen las descendencias! Pero ese asunto no os concierne, señora, ¿por qué habríais de alarmaros? A partir de ahora esperaremos a que los dos hombres se hayan ido para regocijarnos.

Mientras hablaban, habían traído ya los platos de la cocina y los dos se pusieron a comer, pues tenían que hacer acopio de fuerzas para la batalla. A continuación cerraron cuidadosamente la puerta del pabellón, se quitaron la ropa y muy pronto estuvieron desnudos de la cabeza a los pies. También Flor de Loto se desnudó, y los tres se sentaron en la cama a beber vino. Hangfu dijo entonces:

—No os podéis imaginar lo molesto que es para un hombre tener esta copa de vino en el hueco de su mano. ¿No sería mejor que la pusiera en otro lugar y bajara la cabeza para beberla? ¿O tal vez sea demasiado difícil?

La dama Xia se tumbó entonces boca arriba y alzó muy alto las piernas. Hangfu tomó una copa y la colocó a la entrada del valle. Rogaron a Flor de Loto que llenara la copa y Hangfu bebió directamente de ella. Era tal su aguante para la bebida que fueron necesarias al menos diez copas para que comenzara a notar el vino. Luego, apartando la copa, excitó con el dedo «el corazón de la flor» de la dama Xia, cuyo valle estaba tan estrecho como de costumbre. El menor dedo que se introducía en él era engullido enseguida. Hangfu la excitó así durante un rato. Su miembro viril se irguió, duro y erecto. Entonces sacó del cinturón de su traje un paquete que contenía instrumentos para el placer. Tomó en primer lugar un objeto de forma circular llamado «anillo para cerrar con candado el yang» y se lo puso en la base de su miembro de jade. A continuación sacó una píldora afrodisíaca conocida como «píldora para agrandar el yang y hacer durar mucho tiempo la batalla» y, por último, un artilugio de cuatro o cinco pulgadas de largo llamado «ingle de Cantón», muy parecido a un pene. Dándoselo a Flor de Loto, le dijo:

—Mientras estemos ocupados tu señora y yo, tal vez te aburras un poco, así que toma este objeto para entretenerte.

—¿Y cómo se utiliza? —preguntó Flor de Loto.

—Si lo pones a remojo en agua caliente, se endurecerá.

Flor de Loto obedeció y el artilugio cobró la firmeza de un miembro de jade. Se lo colocó en la entrada del valle y lo hizo entrar de golpe.

—¿Y luego cómo se saca?

—¡Evidentemente, no es así como hay que utilizarlo! —le respondió Hangfu riéndose—. Debes atar a tu pierna el lazo rojo que se encuentra en su parte superior y efectuar varios vaivenes. ¡Así funcionará mucho mejor!

Y eso hizo ella. Cuando se movía hacia abajo, lo hacía entrar, y cuando se alzaba hacia arriba, lo hacía salir. Y meneándose de esta manera, sentía un auténtico placer. Viéndola atarearse de esa forma tan segura y correcta, Hangfu se tomó por fin la píldora afrodisíaca y su *yang* pareció de pronto cobrar nuevas fuerzas, las venas se le dilataron y creció una pulgada; se volvió también espectacularmente gruesa. La dama Xia, tumbada boca arriba, separó las piernas y las apoyó sobre la barandilla de la cama, y Yi Hangfu colocó las suyas en medio. Apuntó hacia el interior de la raja y, de un empujón, sólo consiguió introducir la mitad de la «cabeza de su tortuga». Empujó de nuevo y, para su asombro, vio que cuanto más empujaba, menos podía moverse.

—¿Cómo es posible que no puedas ni siquiera entrar? —le preguntó la dama Xia.

—Está demasiado estrecho —le respondió él.

—Pide a Flor de Loto que te ayude —le dijo ella—. ¡Con la fuerza de dos personas entrarás!

Y, en efecto, Flor de Loto se colocó detrás de él y los dos se pusieron a empujar con fuerza, animándose con algún que otro «Ay», hasta que por fin el miembro fue engullido hasta la raíz. Hangfu sintió entonces el calor ardiente de aquel valle en el que no había el menor intersticio. ¡Oh portento que no puede ser expresado con palabras! Permanecía allí sin consentir moverse ni por asomo.

—¡Date prisa, sácamela y métemela un poco! —le dijo la dama Xia—. ¡Me muero de deseo!

Hangfu obedeció y, levantando su miembro de jade, la embistió varias veces, pero luego se detuvo de nuevo. Viendo que aquella situación era insostenible, la dama desplegó sus energías imprimiendo un movimiento ascendente y descendente a su valle. Ninguno de los dos se movía y, sin embargo, el miembro de jade frotaba a izquierda y a derecha, como en el vaivén habitual. De este modo gozaron un rato. Aunque todavía no hubiera emitido su semen, Hangfu se sentía agotado. Cuando iba a retirarse, la dama le oprimió con fuerza en el interior de su valle y se lo impidió. Esta energía le ayudó a erguirse, y su miembro de jade empezó a moverse por sí mismo, como antes.

Se entregaron un rato más a este placer, hasta que Hangfu dijo:

—No puedo más. Estoy completamente dolorido.

La dama Xia bajó entonces sus piernas y se relajó. Hangfu se retiró. Y tras un momento de reposo, la puerta del valle volvió a estar tan cerrada como antes. Poco tiempo después, Yi Hangfu se sintió inflamado de nuevo por el fuego del deseo y la penetró con su lanza completamente erecta. Y como la dama ya no estaba dispuesta a controlar su respiración, la puerta de su valle se ensanchó y Hangfu pudo efectuar a su gusto unos cuantos vaivenes. Y así llegaron al momento más placentero. En cuanto a Flor de Loto, había empezado a sentir que un fuego terrible la quemaba; se entregó con ímpetu y de forma ininterrumpida a mover la «ingle de Cantón», y ésa fue sin duda la causa de su desventura, pues la había forzado demasiado. De pronto se oyó un ruido. ¡La cinta se había roto y el artilugio se le había quedado dentro! En efecto, desde fuera ya no se veía ni rastro de él. Las manos y los pies de Flor de Loto se helaron y los ojos empezaron a darle vueltas. Al verla en ese estado, Hangfu dijo:

—¡Esto me da muy mala espina! Ha roto la cinta.

Retirando su miembro de jade, se bajó del lecho precipitadamente para socorrer a Flor de Loto. Alzándola, rogó a la dama Xia que le ayudara a sacar el artilugio. La dama lo intentó, pero no pudo sacarlo. Y de nuevo fue

Hangfu quien, apoyando la mano sobre el pequeño vientre de Flor de Loto, empujó hacia abajo y por fin lo sacó. La doncella volvió en sí poco a poco mientras Hangfu gozaba de nuevo con la dama Xia. Y hubo que esperar a que el sol estuviera ya alto en el cielo para que dejaran de combatir. Al fin se separaron.

Volvamos ahora a Xia Zhengshu, el hijo de la dama Xia, que durante todo este tiempo había ido creciendo y se había hecho adulto. Cuando se dio cuenta de los tejemanejes de su madre, sintió como si unos cuchillos le desgarraran el corazón. Y como, por otra parte, su simple presencia molestaba al soberano de Chen, no sabía cómo comportarse. Cada vez que el príncipe iba a Zhulin, él se ausentaba con cualquier pretexto con el fin de no tener que comparecer ante su soberano y mantener sus ojos puros de todas aquellas villanías. ¡Ay! ¡Todo habría sido mucho mejor para esos viciosos si Zhengshu no hubiera existido!

Pero Zhengshu tenía entonces dieciocho años. De noble presencia, sobresalía en el tiro al arco. Queriendo alegrar el corazón de su madre, el duque Ling le nombró *sima* o ministro del ejército. Después de haber dado las gracias al duque, Zhengshu regresó a Zhulin y se prosternó ante su madre, quien le dijo:

—Has obtenido este cargo por la merced del príncipe. Espero que sepas ser digno de él y ejercerlo con decoro a fin de alejar las desgracias de tu principado. Por otra parte, no es necesario que te preocupes de los asuntos de tu casa.

Obedeciendo las órdenes de su madre, Zhengshu fue a palacio para poner en orden sus negocios. Un día en que el duque Ling, Kong Ning y Yi Hangfu habían ido de nuevo a Zhulin para divertirse, Zhengshu decidió volver a su casa y mandó preparar unos manjares para honrar al duque con un banquete. Como su hijo estaba allí, la dama Xia no se atrevió a disfrutar con los tres hombres; éstos, después de unos cuantos vasos de vino, se pusieron a bromear tontamente, moviendo las manos y pateando. Zhengshu, a quien le producía una terrible repulsión verles comportarse así, se ocultó detrás de un biombo y se quedó escuchándoles. El

duque Ling decía a Hangfu:

—Zhengshu tiene un altivo porte. Se te parece un poco. ¿No serás por casualidad su padre?

—Vosotros dos sois demasiado jóvenes para ser sus padres —declaró Kong Ning—. ¡Sus presuntos padres son tan numerosos que ni el mismo Zhengshu se acuerda de quién es hijo!

Los tres hombres estallaron en carcajadas al tiempo que aplaudían. Al oírles, Zhengshu sintió que la vergüenza y el disgusto le embargaban el corazón, y no pudo contener su cólera. ¿No es verdad que la verdadera cólera surge del corazón, y el odio, de la vesícula? Encerró en secreto a su madre dentro de sus aposentos y salió de la residencia por una puerta secreta. Luego ordenó a los soldados de su séquito que cercaran los aposentos privados y que retuvieran en ellos al duque de Chen, a Kong y a Yi. Una vez cercada la residencia por la masa compacta de soldados, Zhengshu, cubierto con su coraza y empuñando una daga afilada, instruyó a sus valientes y les ordenó con voz potente:

—¡Apresad a esos obscenos bandidos!

El duque Ling seguía riendo y bebiendo vino, en contra del más mínimo sentido común. Kong Ning le dijo de pronto:

—Señor, esto me da mala espina; Zhengshu no estaba animado de buenas intenciones cuando nos invitó a este banquete. Está dirigiendo a sus soldados contra nosotros. Acaba de ordenarles que nos detengan. ¡Vayámonos de aquí cuanto antes, majestad!

—La puerta de delante está rodeada —dijo entonces Hangfu—, tenemos que huir por la de detrás.

El duque Ling corrió entonces hacia la parte trasera de la residencia con la esperanza de poder refugiarse en los aposentos privados de la dama Xia. Pero la puerta estaba cerrada con llave. Desamparado, se precipitó hacia el bosque. Recordaba que cerca de los establos había un pequeño muro que podía franquearse fácilmente. Mientras corría, Zhengshu le gritó:

—¡No huyáis, insensato!

Y le disparó una flecha que no le alcanzó. El duque, cada

vez más agotado, no pudo continuar. Zhengshu, que se acercaba rápidamente a él, le disparó una segunda flecha.

Pues bien, si no sabéis aún cuál fue el destino del duque Ling, prestad atención a las explicaciones del próximo capítulo.

*El ministro de palabra sagaz disimula su codicia.
El rey Zhuang de Chu devuelve a Chen su soberanía.*

La flecha de Zhengshu había alcanzado al duque Ling en pleno corazón. Este dio un gran grito y cayó al suelo. Se le cerraron los párpados y murió. Kong y Yi habían visto al duque dirigirse hacia el este; sabían que Zhengshu había alcanzado al duque Ling, así que tuvieron que huir por uno de esos agujeros de los muros destinados al paso de los perros. Y, con las manos vacías, fueron a refugiarse al reino de Chu.

Después de asesinar al soberano de Chen, Zhengshu regresó a la ciudad seguido por sus soldados. Allí alegó que el duque, ebrio de vino, había caído súbitamente enfermo y había muerto. Ahora bien, el duque Ling había designado a su hijo Wu para que le sucediera en el trono de Chen. Y este último, que tomó el nombre de duque Cheng, odiaba profundamente a Zhengshu. Sin embargo, el poder del hijo de la dama Xia era tal que no pudo emprender nada contra él. Zhengshu temía por su parte que los otros estados aprovecharan la situación para invadir el principado, de modo que obligó al duque Cheng a dirigirse a Jin para sellar una alianza. Pero dejemos a Zhengshu y a su nuevo soberano, y hablemos del reino de Chu, que acababa de enviar a Chen un embajador con la misión de firmar un pacto con el príncipe de Chen en Chenling. Cuando el embajador oyó hablar de los disturbios que agitaban a Chen, regresó a su reino. Se puede decir que Kong Ning y Yi Hangfu se habían refugiado en el momento oportuno en Chu. Mantuvieron una entrevista con el príncipe y, ocultándole el carácter licencioso de los disturbios en cuestión, le dijeron que Zhengshu se

había rebelado y había matado al príncipe de Chen. Lo cual coincidía perfectamente con el informe del diplomático. El príncipe reunió enseguida a sus ministros para deliberar sobre la situación. Entre ellos se encontraba un noble dignatario del clan Qu, hijo de Qu Dang, llamado Wu, y cuyo nombre público era Ziling. Este hombre de maneras distinguidas poseía todos los talentos de las letras y las armas. Sólo tenía un defecto: su desmesurado amor a las mujeres. Se aplicaba muy especialmente al «arte del dormitorio» preconizado por el memorable Pengzu. Muchos años antes, había sido enviado a Chen y había entrevisto el rostro de la dama Xia. También había oído hablar de su habilidad en el arte de «recoger los frutos de la batalla» y, como la deseaba ardientemente, empleó todos los medios para conquistarla. El hecho de que Zhengshu, el hijo de la dama en cuestión, acabara de matar a su príncipe, le beneficiaba en su empresa. Animó a su soberano, el príncipe de Chu, a que enviara su ejército contra Chen. Y así fue como Zhuang de Chu hizo a Chen la siguiente declaración:

—Yo, rey de Chu, os notifico lo siguiente: Zhengshu, del clan Xhaoxi, ha asesinado a vuestro príncipe. Las divinidades y los hombres sienten con respecto a él un grave resentimiento. Como vuestro reino es incapaz de castigar al culpable, nosotros lo castigaremos en vuestro lugar. El crimen es sólo suyo. Que los ministros y el pueblo permanezcan silenciosos y no promuevan disturbio alguno.

La misiva fue enviada a Chen. Cuando los habitantes del reinado tuvieron conocimiento de ella, incriminaron a Zhengshu. Por otra parte, confiaban en que el ejército de Chu les ayudaría a expulsarlo. Y por ese motivo no se opusieron a esta intervención. El rey Zhuang de Chu en persona dirigió sus seis ejércitos, a cuyo mando estaban los príncipes Yingqi, Ce, los dignatarios Qu Wu y Lianyin Xianglao, y los demás grandes generales. El ejército, veloz como las nubes empujadas por el viento, se dirigió al principado de Chen y cruzó sus fronteras con facilidad asombrosa. Y si algo reconfortó enormemente a los habitantes de Chen, fue el hecho de que no cometiera ninguna exacción. Sabiendo que

el odio se había extendido al pueblo, Zhengshu se había refugiado en Zhulin. Se sabe que, en ese momento, el príncipe Cheng de Chen, que se había dirigido al reinado de Jin por orden de Zhengshu, todavía no había vuelto. Y fue el alto dignatario Yuan Po quien dio a su hijo la orden de reunir a sus soldados para dirigirse a Zhulin y capturar a Zhengshu. Pero antes de que Qiao Ru se pusiera en camino, el ejército de Chu ya había conquistado el principado.

Hemos visto que el pueblo de Chen era partidario de abrir las puertas de la ciudad al rey de Chu, por lo que éste entró en ella sin dificultades. Todos los generales de Chen, entre los que se encontraba Yuan Po, se apiñaron a su alrededor. Y cuando el rey de Chu les preguntó dónde se encontraba Zhengshu, Yuan Po le respondió que se había refugiado en Zhulin.

—¿Cómo podéis tolerar a semejante rebelde? —exclamó el rey de Chu.

—Nuestras débiles fuerzas no nos permiten castigarle —respondió Yuan Po.

El rey ordenó entonces a Yuan Po que condujera su ejército hacia Zhulin y dejó a los soldados del príncipe Yingqi acantonados en la ciudad.

Los soldados de Chen, que no se atrevían a desobedecer las órdenes del ejército de Chu, cercaron Zhulin e hicieron prisionero a Zhengshu. El rey de Chu ordenó que lo encerraran en un carro y preguntó dónde estaba la dama Xia. Envío a un oficial y a unos soldados a buscarla en la residencia. Flor de Loto había huido sólo Dios sabe dónde, pero la dama Xia seguía allí. Cuando la llevaron ante el rey, ella le saludó y dijo:

—La desgracia se cierne sobre mí: mi país es presa de los disturbios y mi familia está arruinada. Mi destino está en vuestras manos, oh gran rey. Si me otorgáis la gracia de concederme la vida, accederé a servirlos como esclava.

Después de haber hablado así, la encantadora dama pareció aún más distinguida. El rey de Chu, a quien se le había turbado el corazón nada más verla, se dirigió a sus generales en estos términos:

—Vuestro rey posee numerosas concubinas, pero no es frecuente encontrar a una belleza semejante. Tengo la intención de acogerla en mis palacios. ¿Qué opináis?

—Eso es imposible, príncipe, del todo imposible —alegó el llamado Qu Wu—. Os he pedido que enviarais vuestro ejército a Chen para castigar a un culpable. Ahora deseáis acoger a la dama Xia en vuestra casa a causa de su belleza. Castigar un crimen es justicia, codiciar la belleza es lujuria. Predicar la justicia para, a continuación, fomentar el libertinaje no es una conducta digna de vos.

—Qu Wu ha hablado con gran equidad —respondió el rey —, no puedo, pues, acogerla. ¿Pero cómo llevarla a un lugar seguro?

En ese momento, el príncipe Ce, que se encontraba a su lado y también deseaba a la dama Xia, se arrodilló y dirigió a su soberano el siguiente ruego:

—Vuestro ministro está en la mitad de su vida y todavía no ha tomado mujer. Majestad, os ruego encarecidamente que me concedáis la gracia de dármele como esposa.

Pero de nuevo Qu Wu exhortó al rey respondiendo:

—No podéis acceder a ello, majestad.

El príncipe Ce montó entonces en cólera.

—¿Y por qué razón no me permite Qu Wu tomar a la dama Xia como esposa?

—No existe ni en el cielo ni en la tierra un ser más funesto que esta dama —respondió Qu Wu—. Sé que ha sido la causa de la muerte de Zi Man y del asesinato del duque Ling, y que, por su culpa, la desgracia afligió a Xie Ye. El principado de Chen es presa de grandes disturbios, todos ocasionados por ella. Os lo repito, no hay un ser tan nefasto como esta mujer. Bajo el cielo, las bellezas son legión, ¿por qué tomar necesariamente por esposa a este objeto de lujuria que más tarde sólo podrá abrumaros de remordimientos?

—Qu Wu ha hablado con gran equidad —dijo el rey de Chu.

—Siendo así —respondió el príncipe Ce—, ya no la tomaré como esposa. Sólo diré una cosa: Qu Wu ha dicho que el rey no podía acogerla en su palacio y que yo no podía

casarme con ella. ¿No será porque Qu Wu la quiere para él?

—¿Cómo osaría desear tal cosa? —se apresuró a replicar Qu Wu.

—Si un objeto no tiene propietario —prosiguió el rey—, todo el mundo se lo disputa. He oído decir que Lianyin Xianglao ha perdido a su esposa recientemente. Le daré a la dama Xia como esposa.

Por entonces, Xianglao estaba al mando de la retaguardia; el rey le hizo llamar y le entregó a la dama. El príncipe Ce dijo entonces:

—En fin, ¡mala suerte!

Qu Wu era el único que pensaba para sus adentros: «¡Qué lástima, qué lástima! ¡Una mujer tan galante! Ese viejo no podrá estar a su altura. Me apuesto lo que sea a que, en menos de seis meses, o en un año a lo sumo, estará viuda de nuevo, y entonces me las arreglaré para hacerla mi mujer». Pero dejemos a Qu Wu enfrascado en sus pensamientos.

El rey de Chu pasó la noche en Zhulin y volvió al día siguiente a la capital. Mandó que sacaran a Zhengshu de la prisión y dio la orden de que lo descuartizaran. Para referir estos sucesos, un archivero escribió el siguiente poema:

El duque Li, de Chen, al desenfreno se entregó
y, cuando Zhengshu le mató, todo el mundo le censuró.
En el reino, los ministros y el pueblo las manos atadas
tenían.

Como lluvia oportuna, el rey Zhuang de Chu
y su ejército en su ayuda acudirían.

El rey Zhuang ya lo había organizado todo. Había examinado los registros y las cartas territoriales y había convertido a Chen en una circunscripción de su reino. Nombró al príncipe Quinqi duque de Chen y le ordenó que velara sobre sus tierras. Los dignatarios de los dos estados se dirigieron entonces a palacio para expresar sus parabienes al rey. Incluso Yuan Po, que apenas sabía lo que era la equidad, tuvo que hacer un esfuerzo para enviar sus respetos. Sólo faltaba un tal Shen Shushi, que había sido enviado con una misión al reino de Qi antes de la rendición de Chen y todavía

no había vuelto. Tres días después de estos sucesos, volvió. Dio cuenta de su misión y se retiró rápidamente, sin ni siquiera desear al rey sus parabienes.

El rey envió en el acto un eunuco a casa de Shen Shushi para que le transmitiera las siguientes palabras: «Xia Zhengshu ha matado a su príncipe y yo le he castigado ordenando que le den muerte. Los registros y los catastros de Chen ya están en Chu. Todos han celebrado mi rectitud y ni uno solo de los dignatarios ha dejado de felicitarme. Vos sois el único que no me ha dicho nada. ¿Acaso consideráis que el hecho de haber sometido el reino de Chen constituye una falta?».

Tras haber escuchado al mensajero, Shen Shushi le siguió para ir a visitar al rey Zhuang, a quien dijo:

—Majestad, ¿conocéis la historia del hombre al que le quitaron su buey por haber dejado que éste pisoteara un campo?

—No —respondió el rey.

—Había una vez un hombre que llevó a su buey con el ronzal al campo de otro hombre y le dejó pisotear los cereales antes de la cosecha. Encolerizado, el propietario del campo se apoderó del buey de este hombre. Si alguien viniera a exponeros esta causa, ¿cómo la resolveríais?

—Si bien es culpable el que dejó a su buey pisotear el campo, no lo es tanto como el que se apoderó del buey —respondió el duque. Y añadió—: Por tanto, hay que castigar ligeramente al que condujo a su buey y obligar al otro a que se lo devuelva inmediatamente. ¿Os parece un juicio justo?

—Majestad, ¿cómo habéis podido comprender tan bien esta causa y haberos mostrado tan poco iluminado en lo que se refiere al asunto de Chen? Zhengshu es quien ha cometido un crimen, no su reino. Príncipe, le habéis castigado por ese motivo y es suficiente. ¿Por qué apoderaros además de su reino? ¿Cuál es la diferencia entre vos y quien se apodera del buey, y de qué debería felicitaros?

El rey Zhuang se levantó entonces y declaró:

—Habéis hablado con equidad. Haré llamar inmediatamente al dignatario de Chen, Yuan Po.

Cuando éste llegó, el rey le dijo:

—Deseo devolver la soberanía a vuestro reino; podéis acoger y volver a poner en el trono a vuestro príncipe. De generación en generación, Chen seguirá siendo el aliado fiel de Chu y no tendrá un corazón rebelde. Deseo también que Kong Ning y Yi Hangfu vuelvan a Chen para que los tres asistáis a vuestro rey.

Así pues, los tres dignatarios de Chen —Yuan Po, Kong Ning y Yi Hangfu— se despidieron del rey de Chu y se pusieron en camino. Justo cuando estaban abandonando el reino de Chu, se encontraron con su soberano, el duque Cheng, que regresaba de su misión en Qi. Este había sabido que su reino había sido anexionado y se dirigía a Chu para ver al rey Zhuang. Yuan Po le informó de las decisiones de este último, y príncipe y ministros galoparon hacia el principado de Chen. Ese día, el príncipe Yingqi recibió la orden de volver a Chu y devolvió los registros y los catastros de Chen. Más tarde, un poema expresaría esta noble acción del rey de Chu:

¿Quién sabe que, después de haber sido anexionado,
el reino de Chen fue devuelto?

Como Shun el Bienhechor, el rey obedeció
a un consejo nuevo.

La fama de la virtud de Chu allende los Cuatro Mares
se extendió.

Pero recordad que el rey de un estado al ministro
de un reino mató.

*Al mundo de las tinieblas Xie Ye es llamado,
y, en los infiernos, Zhengshu inocente es declarado.*

Así pues, por consejo de Shen Shushi, el rey de Chu había vuelto a colocar al duque Cheng en el trono del principado de Chen. Y los dignatarios Kong Ning y Yi Hangfu habían regresado a sus casas. Ya habían transcurrido algo más de diez días desde su vuelta. Un buen día, Kong Ning se levantó temprano para ir a lavarse las manos. Justo cuando salía de los aseos, se levantó una tormenta y un viento glacial le azotó el rostro. Sobrecogido de terror, Kong Ning estornudó. Y a través de una espesa niebla vio a Zhengshu blandiendo dos cuchillos y con el cuerpo manchado de sangre. Apretando los dientes, este último apremió a Kong Ning:

—¡Rápido, Kong Ning, entrégame tu vida!

Detrás de Zhengshu, Kong Ning distinguió entonces al duque Ling, desgredado y con los pies desnudos. La flecha dentada seguía clavada en su corazón.

—¡Me has causado muchos sufrimientos! —dijo el duque a Kong Ning.

Cuatro o cinco demonios con cadenas de hierro se apiñaban detrás del duque. Cuando Kong Ning los vio, sintió que sus almas espirituales volaban más allá del cielo y que sus almas materiales se dispersaban en las novenas nubes. Muerto de terror, volvió precipitadamente a su habitación. Pero se le adelantó Zhengshu, que, de pie ante él, le dio una cuchillada en la cabeza. Herido, cayó al suelo, con los pies y las manos rígidas. En vano pidió auxilio. Su rostro tenía el color de la tierra. Las gentes de su casa no sabían qué hacer por él, de modo que le ayudaron simplemente a levantarse y le tendieron en su lecho. Allí permaneció un buen rato y,

hacia el mediodía, volvió poco a poco en sí. El insistente dolor de cabeza no le abandonaba y le hacía gritar. Pero nadie comprendía la causa de sus gritos. De pronto se levantó y saltó de la cama. Sus ojos se dilataron y miró fijamente ante él. Después asió una silla y, completamente extraviado, quiso golpear con ella a todo el mundo. Entonces comprendieron que se había vuelto loco. Y todos, grandes y pequeños, echaron a correr en todas direcciones. Algunos, no obstante, inmovilizados por el terror, fueron heridos por Kong Ning. Se daba el caso que éste tenía una anciana madre de más de sesenta años de edad; herida por su hijo, cayó desvanecida en el suelo y su soplo vital la abandonó. Kong Ning tenía también un hijo de seis años, su único heredero varón, al que mató a sillazos. El resto de la gente de la casa huyó corriendo. Sólo un servidor, llamado Liu el Tercero, al ver a su señor actuar así, se atrevió a tomar un bastón. Corrió a la habitación donde se hallaba Kong Ning, blandió el bastón para desviar la silla y logró apoderarse de ella. Después, tomando a Kong Ning en brazos, lo ayudó a salir de la casa. Sólo entonces los miembros de su familia empezaron a sentirse un poco más tranquilos. Cuando descubrieron los cuerpos sin vida de la anciana madre y del hijo, lloraron a lágrima viva. Al oír sus lamentos, Kong Ning escapó y, frenético, echó a correr. El destino quiso que muriera entonces. De un salto llegó al borde del estanque de los lotos y se arrojó a él. Liu el Tercero lo vio cuando ya se encontraba justo en medio del estanque. Se apresuró a salvarlo, pero, cuando consiguió llevarlo hasta el borde del estanque, Kong Ning ya estaba muerto. Y Liu el Tercero permaneció allí, impresionado por esta tragedia. La gente de la casa no hacía otra cosa que llamar a Liu el Tercero. Compraron ataúdes para enterrar a las tres víctimas. Pero dejemos a un lado todo esto y volvamos a Yi Hangfu.

Una noche, poco después de la muerte de Kong Ning, Yi Hangfu dormía agitado. Soñaba que el duque Ling, Kong Ning y Xia Zhengshu lo llevaban a la fuerza a la corte del soberano de los infiernos. Aterrorizado por este sueño, se dio la vuelta y se cayó de la cama. Su soplo vital se desvaneció y

murió. Todo esto coincidía, como recordaréis, con el juramento que Yi Hangfu había hecho no hacía mucho a su esposa, la dama Wu. Los dignatarios de Chen, Yuan Po especialmente, se sintieron muy felices al enterarse de la muerte de Yi Hangfu, tan felices como cuando se enteraron de la de Kong Ning. De hecho, dijeron al duque Cheng:

—Kong y Yi eran los ministros favoritos de nuestro difunto soberano, el duque Ling, vuestro padre. Ellos lo llevaron a Zhulin por su afición a la lujuria. Y si encontró la muerte fue a causa de esos dos culpables. Y he aquí que ahora ambos están muertos. ¿No es una prueba de que el cielo no tolera a los criminales en este mundo? Príncipe, es necesario que, sometiéndonos a la voluntad del cielo, abramos los ataúdes de estos dos hombres, les cortemos la cabeza, los desmembreemos y confiscemos sus bienes a fin de que se disipe el odio de nuestro difunto soberano y sus almas encuentren olvido y consuelo.

El duque Cheng dio su aprobación y ordenó enseguida a Yuan Po que condujera a doscientos soldados a las residencias de Kong Ning y de Yi Hangfu. Estos rodearon los dominios y confiscaron los bienes. Abrieron los ataúdes, utilizaron unas picas para sacar los cadáveres y, tras hacerlos pedazos, se volvieron.

Hacía ya mucho tiempo que no quedaba nadie, ni joven ni viejo, en la casa de Yi Hangfu; sin embargo, en la casa de Kong Ning seguía aún viviendo la viuda de éste. Cuando vio llegar a los soldados, huyó, desgredada y descalza, por la puerta trasera de la residencia. Poco tiempo después, el duque Cheng ordenaría emitir el siguiente bando: «Que los miembros de las familias Yi y Kong no encuentren refugio en parte alguna. Cualquier persona que los oculte será considerada culpable del mismo crimen». Así pues, la viuda de Kong Ning y su hija no encontraron refugio en parte alguna. Nadie les dio siquiera una limosna, y siete días después murieron de hambre y sed. Pero no diremos nada más.

Después de morir, Kong Ning y Yi Hangfu se habían reunido, muy a su pesar, con el duque Ling, con Zhengshu y

los demás. Todas estas almas criminales se dirigieron entonces hacia el oscuro tribunal del otro mundo para ser juzgados. Llegaron al paso de la Puerta de los Demonios, donde unos diablillos guardianes les reclamaron el dinero del tránsito. Como nadie había quemado papel moneda durante sus funerales para que pudieran dar algo a los demonios, éstos vapulearon con unas horcas de hierro a Kong Ning y a Yi Hangfu a base de bien. Al final, el duque Ling intercedió por ellos y los pequeños demonios aceptaron dejarlos pasar. Siguieron avanzando y llegaron a la ciudad de Fengdu, la entrada al infierno. Kong Ning alzó de pronto la cabeza y vio que a la izquierda había un hombre con un candado de hierro en el cuello y largos clavos en las palmas de las manos. Unos pequeños demonios le apaleaban, cada cual a más y mejor. Kong Ning reconoció entonces a Zhang Noche-Negra y le llamó:

—Noche-Negra, ¿cómo es posible que sufras semejante castigo?

Noche-Negra volvió la cabeza y, al ver a Kong Ning y a Yi Hangfu, apretó los dientes y les gritó con maldad:

—Perros, ¡a vosotros os debo que me hayan enviado aquí!

—¿Pero cómo hemos podido perjudicarte? —le preguntó Kong Ning.

—¿Cómo? —continuó él—. Cuando yo estaba en el mundo de la luz, maté e incendié; fui condenado a muerte y, después de haber sido decapitado, llegué al mundo de las tinieblas, donde consideraron que no merecía ningún castigo. Estoy aquí sólo porque vosotros me pedisteis que matara a Xie Ye. ¿Cómo ibais a imaginar que Yama, el soberano de arriba, daría un puesto a ese ministro tan íntegro encargándole de la seguridad de la capital de los infiernos? Pues bien, eso es lo que sucedió. Xie Ye envió a una tropa de demonios para que me agarraran. En primer lugar, me sumergieron en una marmita de aceite hirviendo; ¡todavía no entiendo cómo puedo seguir vivo! ¡Y luego me ataron de pies y manos con largas cadenas y me inmovilizaron! ¡Ay! ¡No sabéis lo que es ansiar con todas tus fuerzas la muerte sin poder obtenerla y querer vivir sin conseguirlo! ¿Cómo te

atreves a decir que no me habéis perjudicado?

Aterrorizados, Kong Ning y Yi Huyeron a toda prisa. Continuaron avanzando y, no lejos de allí, Yi Hangfu vio a dos pequeños demonios empujando una muela de molino. Entonces les preguntó:

—¡Eh, hermanos demonios!, ¿a quién os disponéis a moler de esa forma?

—A la dama Wu, la mujer de Yi Hangfu —respondieron ellos—. Como no fue virtuosa en el mundo de la luz, ha sido condenada a ser molida. ¿Traéis algún presente para suavizarle la pena?

Hangfu no se atrevió a responder, y continuó su camino mientras le injuriaban los demonios:

—¡Indecente charlatán! Si no traes nada, ¿para qué nos preguntas?

El cortejo de las almas oscuras continuaba su camino. Cuando ya llevaban mucho tiempo andando, divisaron una elevada terraza protegida por cuatro o cinco demonios, que, al ver llegar a las almas de Kong Ning y de Yi Hangfu, les interpelaron:

—¡Eh, vosotros dos, subid un rato a esta terraza para ver vuestros dominios! Estáis en la terraza desde donde se contempla el país natal.

Las dos almas obedecieron. Kong Ning contempló su casa. Vio a Yuan Po ordenando a sus soldados que la destruyeran: vio cómo abrían su ataúd, trituraban su cadáver y quemaban su residencia. Pronto todas sus posesiones estuvieron en ruinas. En cuanto a Yi Hangfu, vio exactamente lo mismo. Entonces fueron presa de una violenta desesperación y, llenos de dolor, cayeron desmayados al suelo. No se recuperaron hasta mucho más tarde, cuando el chasquido de dos palillos llegó a sus oídos y les despertó. Y, al abrir los ojos, vieron que un alma acababa de llegar a la terraza. El hombre saltaba agitando la cabeza; sujetaba dos palillos de bambú y cantaba la melodía de la *Flor de loto*. Los dos hombres se dirigieron a él.

—¡Si supieras dónde estamos, no estarías tan contento! ¿Quién eras en el mundo de la luz?

—Me dedicaba a tirar de las carretas —respondió—. Como una vez salvé a una mujer que me encontré por el camino y no he cometido ningún crimen, acaban de anunciarme que renaceré en el seno de una familia noble y poderosa. ¿Cómo no voy a estar contento?

—Cuando estábamos en la Tierra —dijeron Kong y Yi—, ocupábamos un puesto importante. Pero ahora que estamos muertos, valemos incluso menos que este pequeño tira-carretas. ¡Y pensar que aún no conocemos el castigo que el rey Yama nos tiene reservado!, —exclamaron. Y estallaron en sollozos.

Al verles llorar, los demonios que vigilaban la terraza les dijeron cantando:

—¡Eh, vosotros dos, bajad inmediatamente, si no, nos culparán a nosotros!

Y, asiendo unos palos, los echaron de allí. Se reunieron, pues, con el duque Ling y con Xia Zhengshu y siguieron avanzando. Mientras hablaban, llegaron por fin al palacio del rey Yama. Entraron por la puerta principal y luego cruzaron otra puerta. Allí se hallaba el rey Yama en persona. Su aspecto majestuoso e imponente inspiraba un reverente temor. A su alrededor se apiñaba un gran número de soldados demoníacos. Kong Ning echó un vistazo a hurtadillas y vio a su anciana madre y a su hijo encerrados en el fondo de la sala. Sin embargo, no se atrevió a decir esta boca es mía. El demonio que los había conducido hasta allí se arrodilló ante el rey y dijo:

—He ordenado detener a Kong y a Yi y aquí los tenéis, majestad.

El rey Yama se encolerizó contra el cielo y, dando un golpe en la mesa, gritó:

—¡Que me los traigan inmediatamente!

Fueron, pues, conducidos ante él por unos demonios que les ordenaron ponerse de rodillas. Ellos obedecieron y se prosternaron hasta tocar con su cabeza el suelo. El rey Yama continuó:

—Que hagan venir también al duque de Chen, a Ling y a Zhengshu. —Cuando éstos llegaron, declaró—: El duque

Pingguo era en el mundo de la luz el soberano de un principado. Como tal, le autorizamos a asistir a la audiencia en calidad de no-criminal.

El duque se levantó entonces y se quedó de pie aparte. El rey Yama dio otro golpe en la mesa y dijo:

—Aunque Pingguo demostró ser un príncipe deshonesto, su conducta nunca llegó al sùmmum del desenfreno. Toda la culpa la tienen estos dos perros que, conociendo la lujuriosa naturaleza de su príncipe, le animaron a seducir a la dama Xia y ordenaron asesinar a Xie Ye. Su abominable crimen clama al cielo. —Y dirigiéndose de nuevo a ellos, les preguntó—: ¿Tenéis algo que decir?

—Es cierto que incitamos a nuestro príncipe a la lujuria —respondieron ellos—. Así que no podremos escapar a vuestro castigo. Pero Zhengshu mató también a su príncipe, por lo cual también merece ser castigado.

—Zhengshu mató al duque —continuó Yama— porque no pudo librarse de la vergüenza y el odio que se habían adueñado de su corazón. Padebió el suplicio del descuartizamiento ordenado por el príncipe Zhuang de Chu. Por lo tanto se beneficia de circunstancias atenuantes. Si las autoridades del mundo de la luz torturaron a quienes, como él, no cometieron un crimen realmente grave, las autoridades del mundo de las tinieblas pueden, no obstante, devolverles la libertad. En cuanto a vosotros dos, vuestros crímenes son considerables y, además, en el mundo de la luz conocisteis un final feliz. Es imposible no castigaros con severidad. Ordenaré a los demonios que os den a cada uno cuarenta golpes antes de enviaros a la capital, donde Xie Ye os notificará sus órdenes.

Los demonios agarraron entonces a Kong y a Yi y los arrojaron al suelo. Y cada uno de ellos les aplicó por turno cuarenta golpes. Los dos hombres lanzaban gritos horribles; el cielo temblaba, su sangre cubrió la tierra. Después los demonios los encadenaron y se los llevaron. En un abrir y cerrar de ojos, se encontraron de nuevo debajo de la terraza del palacio de Xie Ye. Cuando éste los vio llegar, los cabellos se le erizaron tanto que pareció que iban a levantarle la cofia.

Les increpó con violencia:

—Hombres licenciosos, cuando estabais en el mundo de la luz ordenasteis asesinar a un hombre probo. ¡Funcionarios viciosos! ¡Hoy caeréis más bajo que nunca!

Y ordenó a los pequeños demonios que pincharan con las horcas de hierro a los dos condenados y les empujaran hasta la marmita de aceite. Los demonios pusieron enseguida el aceite a hervir y arrojaron en él a los dos hombres, que pronto estuvieron fritos de pies a cabeza. Una vez ejecutada su sentencia, Xie Ye declaró:

—El duque Ling no tenía virtud; no escuchó mis justas exhortaciones y continuó entregándose a la fornicación. Conviene que sea enviado al noveno infierno para que sufra en él diez años de castigos. Pero en recuerdo de la amistad que unía antaño al ministro Xie Ye con el duque Ling, le concederé la gracia de renacer en el mundo de la luz. Será un letrado pobre y enseñará hasta el final de sus días para redimir su crimen. En cuanto a Zhengshu, que mató a su príncipe, no podrá librarse del castigo. Pero, considerando que en el mundo de la luz sufrió el suplicio del descuartizamiento, le ordenamos que renazca como leñador. Cortará leña hasta el final de sus días.

Después de haber decidido la suerte de estos malhechores, Xie Ye volvió a entrar en su palacio. Más tarde corrió un poema que decía:

Los oficiales de las tinieblas juzgan, y perdonar
no consienten
a los que en el mundo de la luz hacen el mal
y no se arrepienten.
Por muy lejos que ese día pueda estar
los aterrados culpables su castigo deberán penar.

Pero si deseáis conocer las relaciones que tuvo posteriormente la dama Xia, prestad atención a las explicaciones del próximo capítulo.

*El hijo actúa con su madrastra una vez fallecido su padre.
Qu Wu y la hermosa dama al reino de Jin parten.*

De lo que aconteció, pues, en los infiernos ya no hablaremos más. Sabemos que Lianyin Xianglao había recibido del rey Zhuang a la dama Xia como esposa. Ahora bien, justo un año después, acompañando a su soberano en una expedición contra el reino de Jin, un tal Sun Xi le mató con una flecha. El rey Zhuang envió a alguien para que anunciara su muerte a su hijo Heidui. Hay que decir que la presencia cotidiana de su seductora madrastra, cuya belleza era capaz de «destruir reinos y ciudades» y cuya figura recordaba en todo a las bellas y devastadoras Xishi y Taizheng, habían provocado en el joven cierta turbación. Su padre había sido el único obstáculo para hacer realidad sus pensamientos libidinosos. De ese modo, cuando aquel día recibió la noticia de su muerte, fingió una profunda aflicción. Llevó luto por él y emitió largos gemidos. Pero, en su corazón, se regocijaba de que ya no hubiera ningún obstáculo a su deseo. Pensaba para sus adentros: «¡Dentro de muy poco esta deliciosa persona será mía!». La dama Xia, que como sabemos era una mujer muy aficionada a esas lides, se había sentido afligida muy a menudo por la avanzada edad y por la constitución física de su nuevo esposo. Esto se debía al hecho de que el miembro viril de este último era extremadamente pequeño y de que, cuando llegaba el momento de la batalla, arremetía dos o tres veces sin llevar jamás el asunto a buen fin. Fue entonces cuando, dentro de su insatisfecho corazón, había empezado a fijarse en Heidui, el hijo de Xianglao, pues le parecía que, con su gran corpulencia, por fuerza debía de entregarse a largos combates. Así pues, sus pensamientos se

volvieron hacia él. Y seguramente no hace falta decir que, después de haber vivido en esa situación durante un año, la hermosa mujer se alegró de la muerte de su esposo en el campo de batalla.

Heidui mantenía frecuentes relaciones con una sirvienta llamada Luna de Otoño. Ese día, cuando Heidui charlaba con la dama Xia en el aposento de ésta, vio entrar de pronto a la sirvienta y le hizo un guiño, pero ella no se dio cuenta. Heidui se despidió entonces de la dama Xia y se retiró para ir a esperar a Luna de Otoño en la planta baja. Al poco, la luna brilló como un espejo a través del follaje de un magnolio del jardín. Heidui esperaba desde hacía ya un buen rato, y seguía sin ver llegar a Luna de Otoño. Nada le apetecía, salvo la dama Xia, quien ocupaba todos sus pensamientos. De pronto el deseo, cual ardiente fuego, lo invadió, y se desnudó por entero. Entonces se irguió su miembro, tan grueso como largo, y lo tomó en su mano; se echó y se lo asió para deleitarse. Mientras tanto, la dama Xia platicaba con Luna de Otoño. Transcurrió una víspera. La dama Xia entró en su dormitorio para reposar. Luna de Otoño ignoraba que Heidui la estuviera esperando, por lo que fue a acostarse. En la segunda víspera, la dama Xia sintió de pronto sed y le apeteció tomar un té. Llamó a su sirvienta varias veces sin obtener respuesta. «¡Esa bribona debe de estar durmiendo a pierna suelta!», pensó, rabiosa. Entonces se levantó y, tomando una lámpara, salió de su habitación y bajó las escaleras llamándola una y otra vez. Creyendo Heidui que Luna de Otoño por fin llegaba, echó una ojeada. Al reconocer a su madrastra, fingió que dormía, mientras su miembro viril se enderezaba cada vez más.

La dama Xia le sorprendió de esa guisa y se quedó estupefacta: «¡Qué joven es! ¡Y qué bien provisto está!», se dijo. Ya se iba a retirar pensando que estaba dormido cuando de pronto pensó: «Pero ¿qué hará aquí tan solo? Seguramente ha debido de concertar una cita con Luna de Otoño y se ha quedado dormido mientras la esperaba». Acercó la lámpara para iluminarlo y no pudo impedir que la invadiera el deseo. ¿Y no es cierto que, si hay algo difícil de apagar, es el fuego

del deseo? De ese modo, aunque había olvidado por completo su sed de té, esta otra sed la hacía humedecerse hasta tal punto de que sus humores íntimos mojaban el suelo. Finalmente, sin preocuparse lo más mínimo por las formas, apagó la lámpara y se desnudó. Se subió a horcajadas sobre él y se abrió con las manos «el corazón de su flor». Asió la «cabeza de tortuga» y empujando muy suavemente la hizo penetrar hasta la mitad. Luego, sin dejar de frotar, se la introdujo por entero. Y entonces sintió tal placer que sus humores íntimos fluyeron como un torrente. Efectuaba movimientos ascendentes y descendentes, y así estuvo deleitándose durante un buen rato.

De pronto temió que él se despertara, y decidió descabalarlo para huir furtivamente. «No puedo dejar escapar esta ocasión», pensó entonces Heidui. «Si se va ahora, me costará mucho trabajo volver a encontrar una oportunidad como ésta. ¡Tiene que ocurrírseme algo!». Entonces fingió creer que la dama Xia era Luna de Otoño y la llamó:

—¿Cuánto tiempo hace que estás aquí?

Luego extendió sus manos hacia ella y, tomándola de las nalgas, la alzó sobre él. Sin pensárselo ni un segundo, con un empujón repentino, empezó a moverse de la forma más desmedida del mundo. La dama Xia dejó que la confundiera. «Al fin y al cabo», pensó, «si cree que soy Luna de Otoño, ¡aprovechémonos de ello sin temor al deshonor!». E inclinó sus hombros hacia Heidui, que, debajo de ella, bajaba y subía, y se movía tan bien que el «corazón de su flor» la quemaba de placer. No sintiéndose aún satisfecho, Heidui la tomó entre sus brazos y, dándole la vuelta, la tumbó boca arriba. Le colocó las piernas alrededor de su cintura y empezó a embestirla con todas sus fuerzas. La dama Xia ponía en práctica su arte de «recoger los frutos de la batalla», y recibía y daba a porfía. Cuando Heidui la oyó jadear delicadamente, y sintió su fino talle moverse viva e impetuosamente, comprendió que ella había alcanzado el placer. Inclinado sobre ella, le dijo:

—Querida, esta noche estás realmente maravillosa. —Y

levantándole los «lotos dorados», se los acarició largamente —. ¿Y estos piececitos tan bonitos? Se parecen mucho a los de cierta persona...

La dama Xia nada contestó. Heidui le palpó entonces la puerta del *yin*, que estaba situado muy arriba y era muy estrecho, y empezó a frotarle el «corazón de la flor» con su «cabeza de tortuga».

—¡Qué placer! —continuó él—. ¡Nunca había sido tan feliz como esta noche!

La dama Xia, temiendo que descubriera que se había hecho pasar por Luna de Otoño, le rechazó, dispuesta ya a irse. Heidui adivinó sus intenciones; él mismo temía que Luna de Otoño pudiera sorprenderles de modo inesperado. Y así, al estar ambos en esta disposición de ánimo, dejaron de gozar el uno con el otro. Pero antes de que la dama Xia se alejara, Heidui le dijo:

—Luna de Otoño, no hemos llevado a buen término el asunto y no he alcanzado el goce supremo. Si tú te vas, ¿dónde voy a encontrar a alguien que te sustituya?

—Busca a la amada de tu corazón —respondió la dama bajando la voz.

—Pero ¿sabes tú quién es realmente la amada de mi corazón? —preguntó él.

Reservándose la posibilidad de continuar esta aventura galante, la dama Xia le replicó:

—¿No acabas de decir que te gustaban sus piececitos?

Heidui la atrajo hacia él y la besó en la boca diciendo:

—Me fío de ti, y esta noche tomaré a esa persona. Ya veremos lo que pasa.

La dama Xia asintió y regresó a su aposento. Pensando que tal vez Heidui acudiría a visitarla, no cerró la puerta con llave y se tumbó en la cama para esperarle. En efecto, Heidui encontró el camino de su habitación sin dificultad y llegó sin hacer ruido alguno. Entró y se dirigió hacia la cama. Al extender la mano, tocó un cuerpo delgado y desnudo; la persona que estaba tumbada de espaldas no parecía aguardar otra cosa. Heidui se subió entonces a la cama. Pronto se encontró cabalgándola e hincándole su miembro viril en el

valle. Y, con todas sus fuerzas, efectuó unas cuantas idas y venidas. Fingiendo despertarse de pronto, la dama Xia le dijo:

—¡Qué audacia! ¿Crees que esto es forma de comportarse?

—¿Acaso no sabes quién soy?

—Tus maneras son intolerables —siguió la dama—. ¿Cómo te atreves a aprovecharte de mí mientras duermo? ¿No te parece deplorable?

—¿Acaso no te comportaste tú también antes de un modo intolerable creyendo que yo estaba dormido? Dime, ¿no te pareció entonces deplorable?

Viendo que él la había calado, la dama le dio un golpecito y le dijo:

—¡Bribonzuelo! ¿Y cómo supiste que era yo?

—¡Porque Luna de Otoño está muy lejos de poseer los atractivos de una naturaleza tan galante!

—¡Así que lo sabías, bribón! A partir de ahora deberás mantener la boca cerrada, y los dos tendremos que andarnos con cuidado.

Heidui inclinó la cabeza a modo de asentimiento. A continuación tomó la almohada bordada y la colocó bajo la cintura de la dama. Después, levantándole los pies, se entregó al placer con frenesí. Su miembro viril brincaba y brincaba. Estaba como loco. Luego emitió su semen y, tras un breve descanso, sintió que de nuevo le invadía el fuego del deseo. La cabalgó y emitió de nuevo su semen. Y así siete veces más, a lo largo de esa misma noche, antes de que pensaran en descansar.

Y, a partir de entonces, él abandonaba la habitación de su madrastra cuando amanecía, y entraba en ella no bien salía la luna. Esperaba, simplemente, a que la gente de la casa estuviera dormida para que no le oyeran. ¿Pero no dicen que más vale no realizar lo que se quiere silenciar? Pronto todos estuvieron al corriente de esta relación.

Por otra parte, el cadáver de su padre se hallaba todavía en el reino de Jin. Heidui, demasiado enamorado de su madrastra, no fue a buscarlo, y las gentes del reino empezaron a criticarle. Incluso la dama Xia padeció el

oprobio y proyectó volver a su principado natal con el pretexto de ir a honrar el cuerpo de su difunto esposo.

Poco después, a Heidui le salió un absceso conocido bajo el nombre de cáncer sifilítico y permaneció postrado en su cama durante un mes, sin poder moverse.

Al llegar estas noticias a oídos de Qu Wu, envió a uno de sus allegados para que transmitiera en secreto a la dama Xia el siguiente mensaje: «Qu Wu, duque Shen, piensa en vos con ternura desde hace mucho tiempo y siente por vos un vivo afecto. Si regresáis a vuestro principado natal de Zheng, tarde o temprano irá a buscaros allí para pedir vuestra mano». El enviado añadió también: «El arte guerrero de Qu Wu es eminente. Posee el arte del maestro Laozi para refinar su esencia vital». A la dama Xia se le turbó el corazón, y su deseo de volver a Zheng aumentó más si cabe.

Qu Wu envió también a alguien para que transmitiera al duque Xiang, de Zheng, sucesor del duque Mu, la siguiente pregunta: «Dado que la dama Xia desea volver a ver su tierra natal, ¿no sería conveniente que la recibierais?».

El duque Xiang, de Zheng, aceptó recibirla.

El rey de Chu preguntó a sus altos dignatarios acerca de ese asunto:

—¿Cuáles son las intenciones del duque de Zheng para recibir así a la dama Xia?

—La dama desea recuperar el cadáver de su difunto esposo —respondió Qu Wu—, y el duque de Zheng ha aceptado recibirla.

—Pero el cadáver de Xianglao se encuentra en Jin —replicó el rey—. ¿Qué puede hacer el duque de Zheng?

—Majestad, os explicaré la situación tal como se presenta en el día de hoy —declaró Qu Wu—. Nosotros mantenemos prisionero en nuestro reino a un tal Xun Ying, hijo de Xun Shou, del reino de Jin. El padre, que siente por su querido hijo un gran afecto, ha sido nombrado recientemente jefe supremo del ejército del centro; por otra parte, se ha aliado con el dignatario Huang Shu, del principado de Zheng. Xun Shou está dispuesto a pedirnos, por mediación de Huang Shu, que liberéis a su hijo a cambio del cadáver de Xianglao y de

la libertad de vuestro propio hijo. Desde la batalla de Pi, el príncipe de Zheng teme un ataque por parte del reino de Jin, así que no dejará de venir a solicitar este trueque para ganarse sus favores.

Aún no había acabado de decir estas palabras cuando la dama Xia se dirigía ya a la corte. Quería despedirse del rey de Chu, y le hizo saber las razones de su regreso a Zheng. Mientras hablaba, sus lágrimas, semejantes a perlas de lluvia, le humedecían las mejillas.

—Si esta pobre servidora no puede obtener el cadáver de su difunto esposo —decía—, juro que no volveré a Chu.

El rey se apiadó de ella y la dejó marchar. Cuando vio que estaba a punto de ponerse en camino, Qu Wu dirigió una carta al duque Xiang, de Zheng, pidiéndole la mano de la dama Xia. El duque ignoraba las circunstancias que en otro tiempo habían llevado al rey Zhuang, de Chu, y al príncipe Ce a querer desposarse con ella; y, por otra parte, apreciaba los inmensos servicios que prestaba por entonces Qu Wu al reino de Chu. De ese modo, esperando sellar la alianza con Chu por medio de este matrimonio, le concedió ese favor.

Al mismo tiempo, Qu Wu mandó un emisario a Jin para que entregara a Xun Shou la siguiente misiva: «Aceptamos liberar a vuestro hijo Xun Ying a cambio del hijo del príncipe y el cadáver de Xianglao». Los habitantes de Chu no pusieron en duda en ningún momento la veracidad de las palabras de Qu Wu ni sospecharon de sus ocultas intenciones.

Un poco más tarde, el ejército de Jin invadió el reino de Qi. El príncipe de Qi pidió entonces ayuda militar al rey de Chu. Pero como Chu había sufrido graves pérdidas en el curso de sus últimos combates, no pudo acudir a socorrerle. Poco tiempo después se supo que al ejército de Qi le habían infligido una gran derrota y le habían obligado a firmar un pacto con su enemigo. El rey Gong, de Chu, que había sucedido a Zhuang, dijo a sus ministros:

—Qi ha sido hoy anexionado por Jin porque no hemos podido enviarle refuerzos. No estaba en la voluntad de Qi sufrir tal anexión. Mi deber es vengar esta afrenta atacando a los aliados de Jin, los principados de Wei y de Lu. ¿Quién

desea ir a notificar mis intenciones al príncipe de Qi?

—Yo iré, majestad —respondió Qu Wu.

—Entonces deberéis ir a Zheng y sellar una alianza con su ejército. El día 15 del décimo mes, en invierno, volveréis a encontraros con los enviados de Qi en las fronteras de Zheng y entonces prevendréis al príncipe de Qi.

Tras haber recibido las órdenes de su rey, Qu Wu regresó a su casa. Luego, con el primer pretexto, se puso en camino hacia Zheng. Se había ocupado de ordenar que transportaran sus riquezas fuera de la ciudad y de que llevaran a los miembros de su familia a un lugar seguro. Y él mismo, subido en un carro que seguía a los carruajes que contenían sus bienes y protegían a sus parientes, se dirigió en una noche estrellada hacia el principado de Zheng. Cuando llegó, cumplió con una parte de su misión transmitiendo el mensaje del rey de Chu a las personas interesadas y después se casó con la dama Xia. Esta alianza inspiraría el siguiente poema:

La dama encuentra a un talentoso seductor
que, como ella, por doquier robaba el amor.
A recoger los frutos de la batalla serán dos,
y el combate será capital para vencido y vencedor.

Pues bien, si deseáis conocer el resultado de ese combate, prestad atención a las explicaciones del próximo capítulo.

*En su ebriedad, Wuchen invita a Yunxiang, la fascinante,
en el pabellón de las peonías, a cantar y a ser su amante.*

Qu Wu se había, pues, casado con la dama Xia, y por el momento no hacía otra cosa que contemplarla. Le parecía que su rostro se semejaba a los ramilletes de flores del manzano cuando los ilumina la luna de primavera. Sus ojos, cual hojas de sauce recién abiertas, brillaban con vivo resplandor, y su mirada era dulce y penetrante. Sus labios, semejantes a una cereza, permanecían entreabiertos. Su elegancia, y su cuerpo delgado y ligero, poseían el inaccesible encanto de una inmortal. Y aunque estuviera ya muy cerca de cumplir los cincuenta años, aparentaba tener tan sólo dieciséis. Qu Wu se regocijaba para sus adentros: «¡Ah! ¡No he esperado en vano este día!».

Al llegar la noche, mandó preparar un gran banquete y bebió en compañía de la dama. A la luz de las lámparas, contempló de nuevo su rostro, hermoso como la flor del hibisco, y sus cejas finas y alargadas, y su mirada límpida como las aguas otoñales. De la montaña en primavera, poseía el frescor y el neblinoso encanto. Sus maneras refinadas y elegantes le fascinaban. Y no pudo evitar que el fuego del deseo prendiera en él. Mientras bebían, había tomado la píldora de Laozi, llamada «de los tres yang», con lo que su miembro creció y se hizo más grueso. Aprovechando el placer que le producía la ebriedad, tomó a su mujer en brazos y la llevó hasta el lecho. La dama Xia se desvistió y, en su resplandeciente desnudez, a Qu Wu le pareció delicadamente perfumada. Le abrió las piernas y la alzó ligeramente. Vio cómo su pecho se tensaba, cómo se alzaban sus ojos hacia lo alto y cómo sus brazos sonrosados se extendían como si

fueran a abrazar la luna llena de otoño. Luego ella balanceó sus «lotos dorados», que medían sólo tres pulgadas, y Qu Wu introdujo entonces su miembro en el valle, frotando y ensartando, ensartando y frotando; y pronto alcanzó la máxima felicidad. La «puerta del *yin*» se erguía alta, muy alta; la «cabeza de tortuga» se movía ora hacia la izquierda, bien hacia la izquierda; ora hacia la derecha, bien hacia la derecha, todo ello entre los estrépitos del amor y las palabras galantes. Qu Wu se retiró de pronto y se tumbó boca arriba, irguiendo con orgullo su gran aparato de cinco o seis pulgadas de largo. La dama se puso a horcajadas sobre él y situó su raja sobre la «cabeza de tortuga»; y, sentándose, la hizo desaparecer por completo dentro de ella. Qu Wu le asió luego las nalgas, blancas como la nieve. Las alzaba y luego las bajaba. La dama, encima de él, parecía engullir y expulsar su miembro. Llevaban ya un buen rato gozando de este modo cuando él la echó de nuevo sobre la cama y, tomando sus diminutos pies, los contempló arrobado. Le levantó las piernas con ambas manos y dirigió su clara mirada hacia «la entrada de la doble montaña», donde vio cómo el gran general libraba combate en «la calabaza»; siete veces capturado y siete veces liberado, el gran general avanzaba con fuerza y luego retrocedía, avanzaba y retrocedía, tan aprisa y con tal intensidad que el rumor guerrero invadió los oídos de Qu Wu. La dama sólo pedía una cosa: que ese goce no finalizara nunca. De ese modo se entregaron al placer hasta la cuarta víspera de la noche. Sólo entonces cesó el juego de «las nubes y la lluvia». Con la cabeza apoyada en el borde de la almohada, la dama preguntó a su esposo:

—¿Habéis informado de nuestro matrimonio al rey de Chu?

Qu Wu le contó entonces cómo, en otro tiempo, él había impedido al rey Zhuang y al príncipe Ce que se desposaran con ella, y luego añadió:

—¡Cuántas argucias he necesitado para poseeros! Ahora que somos tan felices como los peces en el agua, mi máximo deseo se ha cumplido. He aquí por qué no podría volver a Chu. ¿No sería mejor que a partir de mañana nos

estableciéramos en otro lugar y viviéramos felices otros cien años más?

—Por supuesto —respondió ella—, pero, si no volvéis a Chu, ¿cómo podréis cumplir la misión que os ha sido confiada?

—Enviaré un informe a Chu. ¿No sabéis que ahora los reinos de Jin y de Chu son enemigos? Podríamos ir a Jin, allí recibiríamos asilo.

Dicho esto, los dos amantes reclinaron sus cabezas, muy juntas, sobre la almohada y se durmieron.

Al día siguiente, Qu Wu escribió una carta al rey de Chu y se la confió a un miembro de su escolta. Después, en compañía de la dama Xia, se dirigió a toda prisa hacia el reino de Jin. Y, en efecto, pesaroso por su reciente derrota frente a Chu, el duque Jing de Jin se puso tan contento al enterarse de que Qu Wu había llegado a su reino que exclamó:

—¡Este hombre es un enviado del cielo!

Ese mismo día le nombró alto dignatario de su reino y le concedió un feudo como patrimonio.

Qu Wu tomó a partir de entonces el nombre de Wuchen, y su esposa, la dama Xia, el de Yunxiang, Fragancia de Ruda. Y así fue como los dos esposos se establecieron en Jin.

Inesperadamente, el rey de Chu recibió la carta de Wuchen, que en sustancia le decía lo siguiente: «El príncipe de Zheng acaba de conceder a vuestro humilde ministro la mano de la dama Xia. Me ha sido imposible rechazarla. Majestad, temiendo vuestra recriminación, me he establecido provisionalmente en el reino de Jin. Deberéis confiar a un ministro más fiel que yo la misión de anunciar al príncipe de Qi vuestras intenciones. Sé que mi crimen merece la muerte».

Al leer la misiva, el rey Gong montó en cólera. Llamó de inmediato a los príncipes Ce y Yingqi para enseñársela.

—Los reinos de Jin y de Chu son enemigos desde siempre —dijo el príncipe Ce—. No obstante, Wuchen se ha refugiado hoy en Jin. Es una rebelión. ¡No podemos dejar de castigarlo!

El príncipe Yingqi dijo a su vez:

—Heidui, el hijo de Xianglao, se emparejó con su

madrastra; es también culpable, y conviene castigarlo.

El rey dio su conformidad. Ordenó al príncipe Ce que marchara al frente de sus soldados a exterminar el clan de Wuchen, y envió al príncipe Quingqi a apresar a Heidui, quien fue decapitado de un hachazo. De ese modo, los dos príncipes se dividieron entre ellos todas las riquezas de las dos familias y las utilizaron en su propio beneficio. Al enterarse de que su clan había sido exterminado, Wuchen envió una carta a los dos hombres que, en resumen, venía a decir lo siguiente: «Habéis puesto al servicio del rey de Chu la codicia y la crueldad. El asesinato de tantos inocentes no puede tener un final feliz. Os perseguiré sin compasión hasta la hora de vuestra muerte». Los príncipes mantuvieron la carta en secreto y actuaron de manera que el príncipe de Chu no supiera nada de todo esto.

Wuchen, al servicio de Jin, llevó a cabo una política con vistas a sellar una alianza con el lejano reino de Wu, vecino de Chu. Como los soldados de ese reino no conocían el uso del carro, se lo enseñó; además, aconsejó al rey de Jin que enviara a su propio hijo Hu Yong a ocupar un cargo en Wu y que alentara siempre la confianza entre los dos estados mediante emisarios. De ese modo, el poder de Wu no cesó de aumentar y su fuerza armada se desarrolló cada vez más. Wu atacaría las regiones limítrofes de su territorio situadas al este de Chu, cuyas fronteras fueron invadidas regularmente sin que conociera más de un solo año de paz. Pero por ahora no contaremos lo que sucedió más tarde.

Desde que vivía en Jin, Wuchen había mandado habilitar un vasto jardín en su residencia. Nos encontrábamos, pues, en uno de esos suaves días de primavera en que todas las flores se abren y los melocotoneros y ciruelos rivalizan en resplandor. En el jardín se alzaba una construcción extremadamente elegante rodeada por todas partes de peonías. El pabellón que se hallaba en el centro de dicha construcción fue llamado el pabellón de las peonías, y Wuchen iba diariamente allí a beber y a retozar con su esposa.

Un día, Yunxiang se hallaba sola; paseó un rato por entre

las peonías y después, al dirigirse al pabellón, el resplandor de la luna la iluminó de pronto, irisado y matizado. Entonces rogó a su doncella que le trajera un escabel y, una vez que estuvo sentada, le pidió que le trajera su valioso *qin*. Y desplegando con delicadeza su fina mano y su muñeca de jade, comenzó a tañerlo. Tras pulsar las cuerdas unos minutos, entreabrió ligeramente sus labios de color bermellón y se puso a cantar al ritmo del *Tang Duoling*:

Esa noche un viento ligero se levantó,
el resplandor de los lotos perfumados avivó
y la oscuridad aquí y allá de luciérnagas se iluminó.
Fresca es la noche, fresca es la onda
donde los peces hacen la ronda.
En la balaustrada del este apoyada,
ya la humedad del verano pasada,
fresco es el rocío.
Ah, recordar los años pasados...
La copa de loto rebosante de vino;
del río subía un aire puro y divino,
a la sombra de los sauces vagaba por el camino...

Al acercarse Wuchen al pabellón, de pronto oyó que alguien cantaba. Se detuvo y prestó atención a aquel sonido, semejante al gorjeo de la oropéndola y al canto de un pájaro de buen agüero. Al caer en la cuenta de que era su esposa la que así cantaba, se quedó escuchándola fuera del pabellón. Cuando ella hubo terminado, llamó a su doncella para que se llevara el *qin*. Y luego de desvestirse, quedándose cubierta tan sólo con sus prendas más íntimas, se recostó en el lecho. Wuchen, al ver que la sirvienta iba a buscar el té a los aposentos privados, entró en el pabellón y dijo a Yunxiang:

—¡Deliciosa canción, esposa mía!

—No me atrevo a creer en vuestras amables palabras —contestó Yunxiang, levantándose del lecho—. No era más que una pobre diversión.

—¿Y si descansáramos esta noche en el pabellón, bajo el resplandor de la luna? —propuso él.

—¡Qué maravillosa idea!

Mientras conversaban así, la pequeña sirvienta regresó

con el té. Yunxiang le ordenó entonces que trajera unas sábanas perfumadas y unas almohadas bordadas y que preparara con ellas el lecho de bambú. Cuando hubo terminado, la despidió.

Wuchen dijo entonces:

—¡Esta noche libraremos una estruendosa batalla a la luz de la luna!

Al oírle hablar de esta manera, Yunxiang sintió que el deseo la embargaba; se desnudó y se tumbó en la cama. Tomó entonces la almohada bordada y se la puso debajo del talle. Wuchen sacudió tres veces su miembro viril y éste se irguió. Después se tomó una píldora y, al instante, su miembro se volvió aún más grueso. Con precipitación mal contenida, la cabalgó y colocó su miembro de jade en la puerta del *yin* de ella, como si se dispusiera a penetrarla; pero no lo hizo, sino que empezó a frotar y a frotar. El valle de Yunxiang se inflamó. Sus humores íntimos chorreaban sin cesar.

—¿Y cómo se llama este juego capaz de hacerme morir de deseo? —le preguntó ella.

—Se llama «aspirar el aroma sin probarlo» —le respondió él.

Poco después, a través de la cortina de gasa, la luna iluminó agradablemente el cuerpo de Yunxiang, que apareció tan terso, suave, liso y untuoso como una pieza de jade blanco. Y Wuchen, de nuevo presa de un ardiente deseo, la penetró y alcanzó directamente el «corazón de la flor». En determinado momento, se alzó un poco. El miembro de jade llenó por entero el interior del valle, y empezó a girar y girar dentro de él con total libertad, como un cubo en el pozo. Cuando Yunxiang le preguntó cómo se llamaba ese juego, él le respondió:

—Se llama el «león que hace rodar la pelota bordada».

Poco después, pidió a su mujer que se levantara del lecho y se apoyara con las manos en un taburete; él se colocó tras ella, sujetándole las rodillas. Así, tomándola por detrás, efectuó un buen centenar de vaivenes, y gozaron a la manera del «fuego que prende del otro lado de la montaña». Después,

cansado de este maravilloso juego, Wuchen se fue a la cama y, tumbándose boca arriba, pidió a su esposa que le cabalgara. Tomó sus nalgas con la palma de las manos y comenzó a levantarla y a bajarla con un gran estrépito. Cuando la hubo penetrado por entero, Yunxiang, incapaz ya de controlarse, no cesaba de subir y bajar sobre él, en medio de los estruendosos ruidos del amor.

—¿Conocéis esta manera? —le preguntó él entonces.

—¿No es «cara al cielo el bastón de incienso perfumado»?

—Sí, así se llama —respondió él.

Y después de eso, los dos esposos continuaron con los «¿me amas?, te amo» y no durmieron en toda la noche.

Pero ¿no dicen que las paredes oyen? ¿Cómo no iba a haber nadie al otro lado de la pared? En efecto, la pequeña doncella de Yunxiang lo había oído todo. Me preguntaréis cómo pudo ocurrir eso. Pues bien, mientras preparaba la cama para su ama, la doncella se había figurado muy bien lo que iba a suceder. Por eso, en vez de irse a acostar, se había ocultado detrás del pabellón. Permaneció debajo de la ventana toda la noche para escucharles, y no se perdió ni un solo asalto de los dos amantes. Todo lo que había oído se le había quedado tan grabado en el corazón que no había podido dormir ni un minuto. Y sólo cuando empezaba a clarear regresó a su habitación.

Pues bien, si deseáis saber la continuación de esta aventura, prestad atención a las explicaciones del próximo capítulo.

*La sirvienta descubre la primavera en su cita galante.
Flor de Loto halla marido a pesar de todos sus percances.*

Así pues, después de haber estado espiando durante toda la noche, la pequeña doncella había regresado a su habitación. Pero ¿creéis que pudo conciliar el sueño? Sentía su corazón tan desasosegado que a duras penas podía soportarlo. Tenía pocas esperanzas de encontrar a un galán que la estrechara y la llevara en su corazón. No sabría nunca lo que era el placer. En eso pensaba cuando se dijo: «¡Pero si conozco uno!». De pronto, se le había ocurrido que Li el Bienaventurado, el guardián de la puerta, tenía veintiocho o veintinueve años; se hallaba por tanto en la flor de la vida y, además, todavía no estaba casado. «Duerme en la habitación vecina», se decía. «Y no sé qué pensará de esto. Pero ¿no suelen decir que “el hombre que desea conquistar a una mujer se halla separado de ella por una alta montaña, mientras que sólo una fina hoja de papel impide a la mujer seducir a un hombre”? Aprovecharé que el sol aún no ha salido y que mi señora sigue durmiendo para conocer el placer con él. ¿No es maravilloso?». Entonces se puso las bragas y se dirigió sin hacer ruido a la habitación vecina. No tardó en darse cuenta de que, si bien la puerta estaba cerrada a cal y canto, uno de los batientes de la ventana había quedado abierto. Asomó la cabeza y echó un vistazo en el interior. Li el Bienaventurado dormía a pierna suelta; estaba acostado boca arriba, completamente desnudo, y con su aparato, de unas cuatro o cinco pulgadas de longitud, erecto. Al verlo en ese estado, no pudo evitar que los «pensamientos primaverales» la turbaran. El fuego del deseo la inflamó. Miró a su alrededor; no había nadie. Saltó por la ventana y entró

en la habitación. Después de cerrar bien la ventana, se quitó las bragas, se subió a la cama y se sentó sobre Li el Bienaventurado. Primero tomó su «cabeza de tortuga», la apretó contra la puerta de su valle y se sentó. Ya se la había hundido hasta la mitad. Ahora bien, la joven doncella, que aún no conocía el asunto de los hombres, no pudo evitar ciertos sinsabores. Pero, dado que su deseo no había sido repentino, y se había excitado a lo largo de toda la noche con los deleites de sus señores, tenía la puerta de su valle algo húmeda por las secreciones. Por lo tanto, al principio no sintió dolor alguno; se deslizó hacia abajo lentamente y, poco a poco, envolvió el miembro hasta la raíz. Li el Bienaventurado soñaba y gozaba.

Cuando se despertó y vio que la doncella de los aposentos privados estaba cabalgándole, le preguntó con viveza:

—Pero, hermana mayor, ¿de dónde sales? ¡Soy un hombre con suerte!

Cuando la doncella vio que Li se despertaba y le hablaba, pareció una virgen asustada. Se ruborizó y descabalgó con la intención de escapar. Li el Bienaventurado se levantó y la retuvo con una mano.

—Dime, ¿quién te ha dicho que vinieras?

Y como ella quisiera huir sin responder, él la apoyó en el borde del lecho y dirigió su miembro de jade hacia la entrada de su valle. La penetró y se puso manos a la obra con frenesí, sin fijarse en nada, sin saber si lo hacía bien o mal. Golpeaba con su maza directamente en el interior del valle y la embistió cien o doscientas veces. Pronto la joven sirvienta no pudo soportarlo más, y empezó a rogarle con insistencia: «Hermano mayor, hazlo con más suavidad, siento un dolor terrible». Li, encantado de acceder a este amable ruego, entró y salió más lentamente. Pero al poco rato, el fuego del deseo le inflamó de nuevo. Bien erguido, de nuevo golpeó con su maza en el interior del valle, en medio de los incesantes ruidos del amor. La sirvienta no cesaba de suplicarle que procediera con delicadeza. Li el Bienaventurado dirigió entonces su miembro de jade directamente hacia el interior y alcanzó «el corazón de su flor». Salió y entró varias decenas

de veces más, hasta que por fin emitió su semen. Cuando se retiró, con ese ruido tan característico que hace el miembro de jade al salir del valle, vio cómo la sangre corría debajo de la joven sirvienta. Ya había amanecido. Viendo que ella ya no podía moverse, le preguntó con cierta inquietud en la voz:

—¿A qué hora llegaste? ¿Y por qué viniste a mi habitación?

La sirvienta le contó con detalle lo que había oído por la ventana durante la noche. Y, mientras ella hablaba, Li sintió renacer su deseo y quiso entregarse al combate otra vez, pero la joven sirvienta le disuadió:

—No puedo más —le dijo—; si sigues, me moriré. Ponme enseguida mis ropas.

Y Li el Bienaventurado no se atrevió a contradecirla. La alzó y le puso las bragas. Cuando la sirvienta intentó moverse, sintió un fuerte dolor en el interior de su valle, como si un cuchillo se le hubiera deslizado dentro. Así que tuvo que echarse de nuevo. Aún no se había vestido Li, cuando oyó que el criado de la biblioteca le llamaba:

—¡Li! ¡Li! —Al ver que éste no respondía, el criado de la biblioteca se acercó entonces a la ventana, extrañado—. Gran hermano Li, ¿cómo es posible que sigas durmiendo a estas horas? ¿Qué haces todavía acostado? El señor te espera en el pabellón de las peonías para decirte algo.

Li salió corriendo y quiso cerrar la puerta con llave. Pero el criado ya había echado un vistazo al interior de la habitación y había visto a la joven doncella durmiendo desnuda.

—Esta sí que es buena. Así que, mientras yo te llamaba, tú te dedicabas a saborear ese delicioso «melocotoncito».

—Por favor, hermano mío —le ordenó Li—, ¡no se lo digas a nadie!

Los dos hombres se presentaron ante su amo y le preguntaron en qué podían servirle. Wuchen les respondió:

—Todas las peonías están ajadas, Li. Te he hecho llamar para que vinieras a regarlas. ¿Por qué no has acudido antes?

—Me ha costado mucho levantarme —respondió Li.

—¡Qué golfo eres! —replicó Wuchen.

Y tal vez no sea necesario mencionar que Li el Bienaventurado tuvo que ponerse a regar las peonías. En cambio, la joven sirvienta estuvo durmiendo dos horas más. Al atenuársele un poco el dolor, consiguió levantarse y, pasito a pasito, abandonó la habitación. Volvió a su cuarto para vestirse y se dispuso a servir su señora. Pero Yunxiang ya la estaba llamando desde el pabellón de las peonías. La joven sirvienta llegó, pues, resignada a vérselas con su señora.

—¿Dónde te has metido, pequeña desvergonzada? —le interpeló ésta—. ¡Hace una hora que te estoy llamando!

Al oír estas palabras, la joven sirvienta no pudo evitar que sus mejillas se tiñeran de rubor.

—Me estaba lavando las manos —respondió.

Yunxiang se dio cuenta de que su rostro encendido ocultaba algo, de modo que le pidió que la siguiera. La sirvienta sufría terriblemente; apenas podía mantenerse en pie, y, aunque se esforzara en caminar, era incapaz de dar un paso. Yunxiang la reprendió y le dio una bofetada en plena cara:

—Cuéntame lo que has estado haciendo y no te reñiré.

—Os lo aseguro, estaba lavándome las manos.

—¿Y por qué caminas de esa forma?

—Me he tropezado con un ladrillo y me he hecho daño en el pie.

Yunxiang no se lo creyó y trató de pegarle de nuevo. La sirvienta, viendo que ya no podía seguir disimulando, se arrodilló ante ella y le dijo que había ido a la habitación de Li el Bienaventurado.

—¿Para qué? —le preguntó su señora.

La doncella confesó la verdad, y su ama, a quien poco a poco se le iba pasando el enfado, continuó injuriándola, a la vez que se reía:

—¡Pequeña desvergonzada! Y pensar que todavía ayer eras un capullo de flor... ¿Cómo has podido tolerar que esa «abeja galante» te libara? En fin, hablaré con tu señor y te daré a Li el Bienaventurado como esposo. ¿Qué te parece?

La doncella se prosternó hasta que su cara rozó el suelo.

—Es difícil encontrar a una señora tan generosa como vos; os agradezco vuestros favores.

Si os preguntáis por qué se le había pasado tan pronto el enfado a Yunxiang, os diré que se debía a que la dama era muy frívola, y pensaba que, si en un futuro próximo se embarcaba en una aventura galante, su doncella no se atrevería a traicionarla contándoselo a su esposo. Esta es, pues, la razón de que se mostrara tan generosa. Pero dejemos sus maliciosas intenciones.

Yunxiang condujo a su doncella al interior del pabellón, y cuando vio a Wuchen y le contó toda la historia, éste estalló también en grandes carcajadas.

—Mi doncella no tiene todavía marido —dijo ella—, y Li el Bienaventurado no tiene todavía hogar. ¿Y si los casáramos?

—Eso es muy fácil —respondió Wuchen, y, acto seguido, mandó llamar a Li—. ¡Buena la has hecho, golfo! No hay duda de que te mereces una reprimenda, pero te conozco desde hace mucho tiempo; y si eres capaz de reconocer tu falta, no te castigaré.

—La reconozco —respondió Li.

—Tu señora —prosiguió Wuchen— desea darte a su joven doncella como esposa. ¡Vamos, prostérnate ahora mismo ante ella para agradecerle sus favores!

Entonces los dos sirvientes se prosternaron juntos, hasta tocar el suelo con la cara, ante sus amos. Y que luego vivieron como marido y mujer no es necesario decirlo.

Hablaremos ahora un poco acerca de Flor de Loto, la anterior doncella de la dama Xia. Sabemos que había conseguido escapar de los soldados del rey Chu huyendo por el jardín. Se alejó de la casa, pero, jadeante y cubierta de sudor, pronto le resultó difícil continuar. Por suerte, se encontraba delante de una puerta muy grande, y se sentó en los escalones para descansar un poco. Y entonces ocurrió tal como dice el proverbio: «Mil *li* de distancia no son nada para aquellos que deben conocerse. ¡Ya pueden estar el uno

enfrente del otro, que si el destino no lo quiere, nunca llegarán a conocerse realmente!». Se había sentado ante la puerta de la residencia de la familia Luo. El anciano padre, que era un rico propietario, se llamaba Luo Yan o Luo el Eminente. Aunque en el fondo fuera todo corazón, era tan roñica que, como dice la expresión, no se hubiera arrancado ni un solo pelo para salvar a nadie. La gente también le conocía como Luo el Viejo Penco. Con más de cuarenta años tuvo un hijo a quien le pusieron de nombre Ai Ji, Amor Fortuito. Los dos ancianos esposos amaban a su hijo como un preciado tesoro. Este tenía entonces dieciocho años. No le gustaba estudiar y no hacía otra cosa que vagabundear de la mañana a la noche por burdeles y garitos. Tanto era así que todos creían que nunca se casaría. Luo el Viejo Penco le malcriaba dejándole hacer cuanto se le antojaba. Así pues, cuando ese día Amor Fortuito se disponía a salir de su casa y vio a Flor de Loto sentada en el umbral de la puerta, se puso de puntillas para examinarla minuciosamente, y calculó que debía de tener treinta años. Era atractiva, tenía el rostro muy lozano y sus «lotos dorados» sólo medían tres pulgadas de largo. Al verla tan agotada, se figuró que venía de muy lejos. Le preguntó entonces su nombre y de dónde procedía. Flor de Loto reflexionó un instante. «¡No puedo decirle mi verdadero nombre!», pensó. Y le respondió:

—Mi familia política se llama Zhang y mi marido Zhang Reng. Viven en el pueblo de Xu, a quinientos *li* de aquí. Un rayo ha provocado un incendio en nuestra casa y todos han muerto quemados. Yo soy la única que he podido huir. Voy en busca de mi familia, pero me he perdido por el camino. Por eso estoy aquí, delante de vuestra honorable residencia. Descansaré un poco y luego seguiré mi camino.

—¿Y dónde se encuentra tu familia?

—En Jingzhou, en el reino de Chu —respondió ella.

—Está demasiado lejos. Descansarás en nuestra casa dos días y mandaré prepararte un vehículo tirado por un asno para que te lleve hasta allí.

—No somos ni amigos ni parientes, ¿cómo podría aceptar vuestra hospitalidad?

—¿No es siempre una buena acción socorrer al que se encuentra en una situación extrema? ¿Por qué negaros, pues?

Flor de Loto se había dado cuenta del interés que despertaba en el joven, de modo que durante un rato siguió rechazando su hospitalidad. Amor Fortuito la obligó a entrar. Al llegar a la biblioteca, pidió, sin que se enteraran sus padres, que les proporcionaran vino y alimentos. Y comió en compañía de Flor de Loto. Al llegar la noche, Flor de Loto fingió querer despedirse. Ai Jin se lo impidió.

—Has comido de balde. ¿No me vas a dar nada a cambio?

Entonces la tomó en brazos para llevarla al lecho, la desnudó y se entregaron a «las nubes y la lluvia». Flor de Loto era una combatiente tan atrevida como experimentada. Ambos lucharon, lanza contra sable, hasta que amaneció. Y de ese modo, ella se quedó varios días en casa de los Luo. Los ancianos padres se enteraron del asunto, pero, a decir verdad, no sabían qué hacer. Dándose cuenta de que Flor de Loto era realmente una persona encantadora, muy pronto la consideraron su nuera. Ordenaron a los dos amantes que tomaran el cielo y la tierra por testigos y les casaron. Los dos vivieron así durante algo más de un año.

La desgracia se abatió sobre la familia encarnada en seis o siete bandidos que se apoderaron una noche de Luo Yan. Encendieron una antorcha de rastrojos con la que estaban dispuestos a prender fuego y pidieron al anciano que les dijera dónde escondía el dinero. Ahora bien, Luo Yan era una de esas personas que, por naturaleza, prefieren renunciar a la vida antes que a las riquezas, por lo que gritó a su esposa:

—¡Aunque me quemen vivo, no les digas dónde está el dinero!

Y ésta respondió:

—¡De acuerdo!

Cuando los bandidos oyeron esto, se encolerizaron de forma tan violenta que uno de ellos cortó al anciano en dos y luego se acercó a su esposa para hacer lo mismo con ella.

Pues bien, si no sabéis lo que sucedió, atended a las explicaciones del próximo capítulo.

*La doncella vuelve a encontrar a su antigua señora
y las dos comparten nobleza y riquezas desde ahora.*

Así pues, los bandidos habían matado a Luo Yan y también a su esposa. Entonces corrieron hasta los aposentos de Ai Ji y abrieron la puerta de un sablazo. Al entrar, descubrieron a los dos jóvenes esposos dormidos. Uno de los bandidos agarró a Ai Ji y le dijo:

—Rápido, dinos dónde está el dinero y te perdonaremos.

Ai Ji se asustó tanto que no pudo abrir la boca, y el bandido, pensando que no quería decírselo, le asestó un cuchillazo fatal. Al ver a su marido sin vida, Flor de Loto se quedó aterrorizada. Sin embargo, se dominó y les dijo con audacia:

—Yo sé dónde está el dinero.

—¿Dónde?

—Junto a la escalera.

Los bandidos le pidieron que les condujera hasta él. Flor de Loto, que estaba completamente desnuda, se echó una colcha de seda en los hombros; con las prisas, dejó al descubierto la blanca puerta de su *yín*, pero le traía sin cuidado. Corrió hasta la escalera y les mostró la tinaja, que se hallaba escondida debajo. Los ladrones la abrieron y dentro de ella descubrieron unos lingotes de plata blancos y brillantes como la nieve. Se echaron la tinaja al hombro y se marcharon. Viendo que por fin se habían ido, Flor de Loto volvió a su habitación, se vistió y empezó a proferir grandes gritos. Todos los vecinos acudieron corriendo a la casa de los Luo y vieron que, de las cuatro personas que componían la familia, sólo quedaba una que no dejaba de llorar y gemir. Entonces le preguntaron con solicitud:

—Damita, decidnos cómo ha sido.

—Esta noche ha venido una banda de malhechores —respondió ella—. Se han llevado nuestro dinero y han matado a toda mi familia política.

A continuación les llevó a que vieran los cadáveres. Flor de Loto hablaba muy dulcemente, y todos la apreciaban por sus agradables palabras. La consolaron diciéndole:

—No temáis nada, os haremos justicia.

Los vecinos informaron a las autoridades locales acerca de lo que había sucedido esa noche. El funcionario del lugar encargado de la investigación acudió en persona a examinar la casa y ordenó a Flor de Loto que preparara los ataúdes y que ordenara meter en ellos a los tres Luo. Todos los vecinos la ayudaron. Y cuando todo estuvo terminado, las autoridades enviaron a un comisario para que buscara a los bandidos. Ni que decir tiene que éste se aplicó a su tarea con gran diligencia.

A partir de entonces, Flor de Loto vigilaba sola su casa y sentía que la soledad la iba invadiendo poco a poco. Por la noche oía que los fantasmas la llamaban, lo que la aterrorizaba cada vez más. Un día en que se disponía a salir, vio a un viajero sentado delante de su puerta.

—Tengo una sed terrible —le dijo el viajero levantándose—. ¿Podríais darme un poco de agua?

Flor de Loto ordenó que le prepararan un té y le preguntó adónde se dirigía.

—Pertenezco a la casa de Wuchen, duque Shen, del reino de Jin —le respondió el hombre—. Me ha enviado al estado de Wu con una carta para su hijo.

—Pero en otros tiempos en el reino de Chu había un tal Qu Wu que también era duque Shen —dijo ella—. ¿Cómo es posible que haya otro Qu Wu en el reino de Jin?

—Qu Wu y Wuchen son la misma persona.

—Pero si es él, ¿por qué se ha ido a Jin?

—Vos no lo sabéis, señora, pero se ha casado en el mayor de los secretos con la dama Xia, y por esa razón no ha vuelto jamás a Chu y se ha establecido en Jin.

Flor de Loto le acosó de nuevo con preguntas referentes a

la dama Xia. Cuando él le respondió que era la madre del malogrado Zhengshu, Flor de Loto se sintió profundamente conmovida y le preguntó:

—¿Y cómo se encuentra la señora?

—Mi señora se encuentra perfectamente de salud —respondió él.

Mientras hablaban, una sirvienta trajo el té. El hombre se lo bebió y, tras deshacerse en agradecimientos, se levantó con la intención de irse.

—¿Estáis a punto de dirigiros a Wu o bien volvéis de allí? —le preguntó ella.

—Vuelvo de allí.

—Yo soy la antigua doncella de vuestra señora. Y la he estado buscando durante mucho tiempo sin poder encontrarla. ¿Me permitiríais partir con vos?

—Por supuesto —respondió él.

Flor de Loto recogió, pues, sus efectos de valor y mandó que los cargaran en un gran carro. Después se puso en camino en compañía del guardia de corps de Qu Wu y le preguntó cómo se llamaba.

—Me apellido Gao y me llamo Qiang —respondió él—. ¿Podéis decirme cuál es el motivo de que ahora estéis sola?

Ella le contó entonces con todo detalle sus desgracias pasadas y él no dejó de compadecerla profundamente. Habían partido al amanecer y no descansaron hasta que llegó la noche. Y al cabo de unos días llegaron a Jin. El carro de Flor de Loto entró en la residencia del duque Shen. Al volver a ver a su señora, Flor de Loto dio rienda suelta al llanto. Yunxiang le preguntó qué había sido de ella durante los años que habían estado separadas. Flor de Loto se lo contó todo sin omitir un solo detalle, y su señora no pudo impedir que las lágrimas le inundaran el rostro. Yunxiang ordenó a continuación que descargaran el carro y transportaran los efectos a la casa. Después de rogar a Flor de Loto que la sirviera como antaño, le pidió que fuera a saludar a su marido. Este le preguntó a su vez sobre las circunstancias de su vuelta y fue Yunxiang quien se las expuso. Y, al igual que todos los demás, Wuchen se compadeció de la suerte de Flor

de Loto.

Llegada la noche, mientras Wuchen bebía con su esposa, observó a la doncella, que estaba de pie a su lado. Viendo que conservaba toda su lozanía y frescura, se le ocurrió la idea de acogerla. Entonces dijo a Yunxiang:

—El marido de Flor de Loto ha muerto y yo deseo darle uno nuevo, ¿qué os parece?

—Me parece perfecto —le respondió ella.

—¿Estaríais de acuerdo en que yo fuera ese nuevo esposo?

Yunxiang llamó entonces a Flor de Loto para que se prosternara ante Wuchen. La doncella, obediente, presentó sus respetos a su señor y luego saludó a su señora. Yunxiang la hizo levantarse y le dijo:

—En lo sucesivo, ya no deberemos considerarnos como una señora y su doncella, sino que nos llamaremos simplemente «hermanas».

Invitó a Flor de Loto a sentarse con ellos y los tres bebieron con el corazón lleno de contento. Bebieron hasta el momento en que Wuchen, algo excitado por la bebida, decidió meterse bajo las colgaduras del lecho en compañía de las dos damas.

—Esta noche —declaró— nos divertiremos bien iluminados.

Tras quitarse los tres la ropa, él tomó una vela de la mesa y se la tendió a Yunxiang. A la delicada luz de la vela, vio el valle de Flor de Loto: era muy blanco y estaba cubierto por una ligerísima pelusa. Tal vez no sea necesario decir hasta qué punto esta visión avivó enormemente su deseo. Tomó a Flor de Loto en sus brazos y la tumbó en el lecho. Colocó los pies de la joven en sus hombros y la penetró. Su lanza, bien recta, entró en ella sin violencia alguna. Yunxiang, con la vela en la mano, gozaba contemplando la escena. Flor de Loto tensaba su firme pecho, que se alzaba suavemente; sus hermosos ojos permanecían semicerrados, y sus brazos rosados reposaban sobre el lecho mientras su cintura se meneaba. Wuchen jugaba con ella como el viento con las ramas de un sauce, y utilizaba tan bien sus talentos naturales que Flor de Loto no cesaba de jadear, deseando que su

felicidad no acabara. Después de haberles observado durante un buen rato, Yunxiang sintió despertar en ella los «pensamientos primaverales». Era como si un insecto le hubiera picado en su ser íntimo y la devorara. Apretaba y apretaba las piernas, pero nada lograba. Entonces extendió la mano hacia Wuchen y le pellizcó.

Viendo que Yunxiang estaba ya lo bastante excitada, Wuchen arremetió con violenta intensidad todavía durante unos instantes antes de soltar a Flor de Loto. Tomando entonces la vela de las manos de Yunxiang, se la dio a Flor de Loto. Tendió a Yunxiang en el lecho y le alzó los «lotos dorados» para alumbrar su raja, fina como una hoja de té. Irguió su miembro viril y lo empujó hacia el interior con un ruido seco. Apenas acababa de penetrarla cuando ya había alcanzado «el corazón de su flor»; frotaba con fuerza con su miembro, lo sacaba ligeramente y lo introducía de nuevo. Se dejaba caer repentinamente y se levantaba con un movimiento brusco. Era tan delicioso que a Yunxiang se le hizo la boca agua. Un intenso deseo iluminaba sus ojos; sus hombros de jade se extendían y se desplegaban. A la luz de la vela, su cuerpo era extremadamente delicado. Los deseos de Wuchen, que estaba muy excitado, aumentaron. Le oprimió entonces la punta de los pechos, que eran tan untuosos como el arroz glutinoso. Le alzó los «lotos dorados» y se complació en contemplárselos. Infinitamente pequeños, estaban cubiertos por unos minúsculos zapatos bordados. Le acarició con el dedo la puerta del *yin*, de nuevo tan estrecho que ni siquiera cabía en él un pelo. ¡Oh prodigio que no puede expresarse con palabras! Tomándola por la nuca, Wuchen continuó forzando la entrada varias veces. Después se inclinó sobre ella y, rostro contra rostro, le introdujo la punta de su lengua. Yunxiang se la chupó y se la chupó y le pagó con la misma moneda. Y así estuvieron besándose durante un rato. Wuchen pidió entonces a Flor de Loto que dejara la vela y se subiera a la cama. La atrajo hacia él y, ensartándole su miembro de jade en el valle, efectuó más de un centenar de vaivenes, entre ciento diez y ciento veinte, para ser más exactos.

Wuchen, que ponía en práctica el arte de refinar su esencia vital, no emitió su semen durante toda la noche. Yunxiang, en cambio, recogió los frutos de la batalla y no sintió cansancio alguno. Flor de Loto había combatido, ella también antaño, contra feroces enemigos; ahora bien, como hacía algo más de un mes que había muerto su marido, no dejó que la dominara el agotamiento para no desaprovechar la ocasión. Ello explica por qué al día siguiente, hacia el mediodía, los tres seguían todavía entregados al placer. Al final, una joven sirvienta les llamó. Se levantaron y se lavaron. Wuchen salió. Yunxiang pidió en las cocinas que prepararan un banquete para festejar el regreso de Flor de Loto. De pronto, sobre el dintel de la puerta, vio volar una pareja de golondrinas y le pareció que ellas también festejaban su feliz reencuentro.

—Pequeña hermana —dijo a Flor de Loto—, mira esas golondrinas y escucha sus gorjeos. Hemos descuidado la poesía durante mucho tiempo. ¿Y si escribiéramos ahora un poema?

—Sí, pero empezad vos, hermana mayor —le respondió Flor de Loto.

Yunxiang tomó un pincel y escribió:

¡Oh, cuánto tiempo la golondrina ha volado solitaria
en torno al dintel!

Pero por fin su nido de antaño ha vuelto a encontrar
bajo el dosel.

Dentro de su corazón, la antigua amistad ha conservado
su señora

y las dos comienzan a cantar las desgracias de otrora,
a revolotear por la alegría de volverse a encontrar,
a aguardar el final del otoño como el viajero
que ha debido marchar,

y a esperar que jamás nada las vuelva a separar.

Flor de Loto, tras dirigirle múltiples alabanzas a Yunxiang, tomó el pincel a su vez y escribió:

Oropéndola sobre las flores al atardecer,
sombra tardía del ave que regresa en primavera,
si renovar los lazos antiguos la señora desea,

dejadla, de su pobre destino, esta nueva hora conocer.
¡Ay, juventud de antaño, cuyos «aposentos perfumados»
volaron!

Cuando de entrar bajo el dosel llegó el instante,
¡noche de la tercera luna, momento regocijante!,
con palabras encubiertas todo lo que habían pasado
se contaron.

Cuando hubo terminado, Yunxiang tomó el poema para leerlo.

—¡Oh, hermanita, qué profundo y difícil de penetrar es tu pensamiento!

Mientras se alababan así los poemas, vieron que el criado de la biblioteca llegaba corriendo para anunciarles:

—La decimoctava princesa de Jin os invita mañana a un banquete y espera vuestra respuesta.

Pues bien, si deseáis conocer la respuesta de Yunxiang, prestad atención a las explicaciones del próximo capítulo.

*Yunxiang habla de sus aventuras galantes a su amiga,
y la princesa su deseo de una cita secreta le confía.*

Hemos visto que, cuando Yunxiang y Flor de Loto se estaban felicitando mutuamente por sus poemas, el criado de la biblioteca se acercó a ellas. Traía en la mano una invitación y les dijo:

—La princesa os invita mañana.

—Bien, dile que irá.

Pero dejemos que el criado lleve la respuesta a su señora.

—¿Quién es esa decimoctava princesa? —preguntó Flor de Loto.

—Es la hermana pequeña del rey de Jin. Está casada con un tal Luan Shu. Como ayer la invité yo, me ruega que le devuelva la visita. ¿Vendrás conmigo?

Flor de Loto asintió.

Al día siguiente, las dos mujeres se levantaron y se lavaron. Parecían dos inmortales del cielo. Cuando llegaron a la ciudad en sus palanquines descubiertos, se produjo un gran revuelo. Todo el vecindario estaba allí; unos se empujaban para verlas mejor y otros elogiaban su belleza. Las dos damas estaban encantadas. Poco tiempo después llegaron a la residencia de los Luan. La princesa salió a su encuentro; sus mejillas eran del color del «melocotón» y llevaba un atuendo que resaltaba su cuerpo suave y liso como el jade. Cuando Yunxiang y su compañera hubieron penetrado en los aposentos privados, dieron las gracias a la princesa por su graciosa invitación.

—Qué honor para nosotras ser recibidas en su casa, señora. No le ocasionamos más que molestias.

Y, la una junta a la otra, la saludaron cuatro veces. La

princesa se apresuró a devolverles el saludo.

—¿Cómo podéis hablar de molestias, cuando os recibo con tanta sencillez?

A continuación, la señora de la casa y sus invitadas tomaron asiento.

—Hermana mayor —preguntó la princesa a Yunxiang, mientras señalaba a Flor de Loto—, ¿quién es?

—Es Flor de Loto, mi hermana pequeña. Llegó ayer a mi casa.

—No sabía que se tratara de vuestra honorable hermana; espero que me perdonéis por no haberla recibido como debiera —dijo la princesa.

Después de pedir a sus criadas que sirvieran el té a sus invitadas, llevó a éstas a dar un paseo por el jardín. Las flores rivalizaban en belleza y los pájaros cantaban por millares. En medio del maravilloso jardín se alzaba un pabellón con balaustradas ricamente ornamentadas. Estaba amueblado con una mesa y cuatro asientos. Las damas entraron en él. Era uno de esos suaves días de primavera en los que corre una ligera brisa perfumada. El resplandor de las flores deslumbraba los ojos, y las plantas se entreveraban formando un brocado.

—Queridas hermanas —dijo la princesa—, ¿escribís poemas alguna vez?

Ellas respondieron que escribían tan mal que no se habían atrevido a hablar de ello. La princesa se quedó encantada ante esta respuesta. Ordenó a una criada que trajera pinceles y piedras de tinta y les dijo:

—Cada una de nosotras compondrá un poema para aumentar el esplendor del jardín florido en que nos hallamos.

—Manifestáis demasiada indulgencia hacia nuestros torpes versos —dijeron ellas.

—Queridas hermanas mayores, os ruego que empecéis.

—No, princesa, es a vos a quien os corresponde empezar —respondió Yunxiang—. Vuestras estúpidas hermanas pequeñas sólo son capaces de improvisar versos detestables.

—No diré nada acerca de ellos —replicó la princesa.

Yunxiang accedió entonces con modestia y escribió el

siguiente poema:

¡Ah, cuánto gusta a todos la edad florida!
Iremos donde nuestro ebrio corazón ansía.
Jardín del sur: verde era y rojo se torna;
el ave del sendero junto a otra ave retorna.

Después le tocó el turno a Flor de Loto:

Es primavera, deambularemos sin prisa;
a la relación florida ella nos anima;
y por el sendero perfumado avanzar,
oyendo a las aves felices dialogar.

La princesa leyó los dos poemas y aplaudió.

—Vuestros poemas se distinguen entre todos. Vuestra hermana menor se inclina con respeto ante la elegancia de vuestras maneras.

—¿Cómo es posible que estos versos tan groseros merezcan vuestras alabanzas?, —dijeron ellas—. Es a vos a quien corresponde enseñarnos cómo separar las malas hierbas que obstruyen nuestro camino.

La princesa, por su parte, escribió un poema que así decía:

Día tibio en que las flores rojas forman un brocado.
¿Dónde está el ave que antes cantaba y ahora ha
callado?
A la sombra de la flor pura, se ha deleitado.

Después tendió el papel a Yunxiang, y sus dos invitadas no dejaron de felicitarla. A continuación, la princesa ordenó que prepararan un banquete. Y les preguntó su hora, día y fecha de nacimiento.

—Este año he cumplido cincuenta y cuatro años —dijo Yunxiang.

—Y yo cuarenta y ocho —añadió Flor de Loto.

—En cuanto a mí —dijo la princesa—, pronto cumpliré veintiuno, pero, como podéis observar, mi rostro ha perdido ya su lozanía. Nunca hubiera pensado que tuvierais cuarenta y ocho años, Flor de Loto; como mucho os echaba veintisiete o veintiocho; en cuanto a la hermana Yunxiang, tiene el

aspecto de una muchacha de dieciséis o diecisiete años. ¿Qué hacéis para conservar vuestra juventud? ¿Podríais decírmelo?

Animada por el vino y comprendiendo que podía abrir su corazón a la princesa, Yunxiang respondió con cierta timidez:

—Pues veréis, cuando era todavía una muchacha soñé con un inmortal que tenía, entre otros nombres, el de Libre Vagabundo. Tuvimos relaciones amorosas y me enseñó «el arte de la Hija de Candor para recoger los frutos de la batalla». Y desde entonces me apropio de la esencia viril de mi pareja para aumentar en secreto mi vitalidad. Esta es la razón de que haya conservado la flor de mi tez y de que, alejando de mí la vejez, recupere siempre la juventud.

—Pero si actuáis así, los hombres acaban debilitándose. ¿Cómo es posible entonces que el dignatario Wu, vuestro esposo, esté tan fuerte y robusto?

—También él posee un método —contó Yunxiang entre risas—, y por esa razón no se debilita en absoluto.

La princesa tenía tantos deseos de saber más que despidió a todos sus servidores y continuó:

—¿Y cuál es, pues, el método de vuestro esposo? ¡Decídmelo enseguida!

—Antaño conoció a un taoísta que le enseñó el método de Pengzu para refinar la esencia vital. Lo cual le permite, en el curso de una misma noche, gozar con diez mujeres sin derramar su semen.

—Habladme ahora un poco de Flor de Loto.

—Durante mucho tiempo fue mi doncella —le respondió Yunxiang—. Cuando el rey de Chu me raptó, ella huyó. Fue recogida por una rica familia y se convirtió en la esposa del hijo de la casa. Poco después toda la familia fue aniquilada y hasta ayer no regresó conmigo. Pero nada más llegar, mi marido la...

Como Yunxiang se callara, la princesa la invitó a continuar:

—La... ¿qué? Hablad, aquí no hay nadie que pueda oíros.

—La sedujo. ¡Y ahora somos hermanas! —respondió, riendo, Yunxiang.

Estas palabras turbaron tanto a la princesa que las

secreciones empezaron a fluir, gota a gota, de su valle.

—¿Y si me contarais lo que sucedió la pasada noche? —preguntó a Yunxiang, pero ésta se negó a seguir hablando.

—Somos tres mujeres —intervino Flor de Loto—. Nada nos impide hablar de ello. Dejadme que se lo cuente a la princesa. En primer lugar —continuó—, él me tendió en el lecho y rogó a mi hermana mayor que sostuviera una vela para que así pudiera ver ella su potente vaivén. Cuando hubo jugado conmigo un rato y mi hermana sintió un violento deseo, la tumbó a su vez y me rogó que sostuviera la vela del mismo modo que lo había hecho ella, con el fin de ver cómo él frotaba y golpeaba con su maza.

Y de ese modo, se lo contó todo, punto por punto, a la princesa, cuyos humores íntimos fluían sin cesar de su valle.

—No sabía que el dignatario Wu —comentó la princesa, volviéndose hacia Yunxiang— poseyera tan grandes facultades. ¡Qué méritos no habréis acumulado vos para poder gozar en esta vida de sus capacidades!

—¿Y cómo se comporta al respecto el dignatario Luan, vuestro esposo? —preguntó Yunxiang.

—Pues bien, os diré que sólo al cabo de dos horas emite su semen. —Entonces se inclinó hacia Yunxiang y le dijo al oído—: ¡Al oíros hablar así, me siento muy turbada! ¿Podríais presentarme algún día a vuestro marido para que me reúna con él al menos una vez? Salvo que veáis en ello algún inconveniente, por supuesto.

—No os preocupéis, princesa —respondió Yunxiang—, no soy en absoluto celosa. Uno de estos días os enviaré una invitación pidiéndoos que paséis varios días en mi casa. Y entonces podréis tener ese deseado encuentro con mi esposo.

—Muy bien —dijo la princesa—, pongo toda mi confianza en vos, mi querida hermana mayor, para que arregléis el asunto.

Al poco trajeron de la cocina unos platos excelentes, productos de la montaña y del mar, que cubrieron la mesa en un instante. Después de disfrutar del banquete en compañía de la princesa, las dos invitadas salieron del pabellón para ir a admirar las flores.

Sabemos, por otra parte, que el esposo de la princesa, el tal Luan Shu, se había levantado esa mañana para ir a palacio. Se había enterado de que su esposa había invitado a Yunxiang y se había dejado arrastrar, después de la audiencia, por el esposo de esta última, quien le había invitado a almorzar en su casa. Ahora acababa de volver a su residencia, un poco achispado. Cuando caminaba por el borde del estanque de los peces dorados, vio a su esposa en compañía de las dos invitadas. Reconoció a la mujer de su amigo Wuchen, pero a la otra dama no la conocía. Permaneció un momento contemplando la belleza de Yunxiang, cuyo rostro tenía la redondez de la luna y su tez el resplandor de la flor. Pensaba que las bellezas de antaño, Xi Shi y Yang Guifei, no podían en absoluto comparársele. Aunque la otra dama le pareció menos atractiva, no por ello se le antojó menos encantadora y delicada. Así pues, permaneció allí, en el borde del estanque, anonadado por tanta belleza. ¿Cómo hubiera podido imaginar que, después de admirar las flores, las tres damas se dirigirían al borde del estanque para ver los peces dorados? Cuando las vio llegar, era ya demasiado tarde. Antes de que pudiera escapar, Yunxiang ya le había visto y le estaba preguntando:

—¿Pero tú quién eres y con qué derecho nos espías?

Pues bien, si todavía no sabéis la respuesta de Luan Shu, prestad atención a las explicaciones del próximo capítulo.

He aquí cómo el pez muerde el anzuelo en un instante y, contento, se dispone al intercambio galante.

Luan Shu se encontraba, pues, junto al estanque de los peces dorados cuando había sido apostrofado algo bruscamente por Yunxiang. Se quedó tan sorprendido que no supo qué responder. Entonces la princesa intervino y dijo a sus invitadas:

—Os presento a mi esposo.

—Estoy profundamente avergonzada —respondió, azorada, Yunxiang—. No pensé que se tratara de vuestro honorable marido y no me he mostrado en absoluto amable con él; os ruego que me excuséis por ello y aplaquéis vuestra ira.

Luan Shu se repuso entonces y preguntó a la princesa:

—¿Pero no es ésta la esposa de mi amigo Wuchen? Y la otra dama, ¿quién es?

—Sí, amigo mío, esta dama es Yunxiang, esposa de Wuchen, y esta otra es la segunda esposa del dignatario Wuchen.

—Ignoraba —prosiguió él— que mi amigo conociera las delicias de una segunda unión. ¿Se ha casado con ella recientemente?

—Ayer mismo —respondió Yunxiang con una gran carcajada.

—Si lo hubiera sabido antes, me habría apresurado a ir a compartir con él el vino de los nuevos esposos.

Y se dirigieron al pabellón para charlar un poco. Yunxiang quiso entonces despedirse. La princesa la retuvo con insistencia.

—En mi casa no hay nadie —replicó Yunxiang—. Debo

volver cuanto antes.

Y, tras saludar a la princesa, se inclinó ante Luan Shu. Este último, devolviéndole el saludo con diligencia, la miró directamente a la cara, con los ojos encendidos y, a cambio, recibió una mirada tan cautivadora como el mar en otoño. Y si por ventura os estáis preguntando por qué, diremos que el galán no tenía más de veintitrés o veinticuatro años; tenía además las cejas perfectamente dibujadas y una dulce mirada, y, en conjunto, no era en absoluto vulgar. Así pues, ¿cómo no iba a despertar el deseo de Yunxiang? Y no sólo se despertó el de Yunxiang, sino también el de Flor de Loto, cosa que quizá no hubiera sido necesario especificar. Se miraron, así pues, atentamente y se manifestaron las intenciones más galantes del mundo. La princesa se dio cuenta de todo de inmediato, pero no dejó transparentar nada. Acompañó a sus dos invitadas fuera de la residencia; su esposo la seguía y miraba discretamente a las dos bellezas que se disponían a irse. Intercambiaron aún algunas miradas antes de que las dos damas se instalaran en el palanquín. Cuando se hubieron ido, Luan Shu pareció desorientado. Se habían alejado ya, y él seguía allí, en el umbral de su residencia, con la mirada perdida en lontananza. Entonces la princesa le dijo riéndose:

—¡Nuestras bellas invitadas están ya muy lejos!

Luan Shu ni siquiera la oyó. Y ella volvió a repetir más fuerte:

—¡Nuestras bellas invitadas están ya muy lejos!

Cuando Luan Shu volvió la cabeza hacia su esposa, parecía que acababa de despertar de un sueño.

—Entremos —le ordenó la princesa, y él la siguió, atontado.

Por algo dice el poema:

No es el vino lo que embriaga,
¡es el hombre quien se embriaga!
No es el deseo lo que extravía,
¡es el hombre quien se extravía!

Mirad cómo Luan Shu no quita ojo a esa beldad sin par.

Luan Shu no recuperó la calma hasta que entró en sus aposentos.

—Estaba conmocionado, señora. ¿Habéis visto alguna vez una mujer tan bella? Ahora comprendo por qué Wuchen utilizó todos sus recursos para seducirla. ¡Ah! Si yo, Luan Shu, pudiera pasar dos o tres noches con ella, sería el más feliz de los hombres y aceptaría morir de buen grado.

Al oír estas palabras, la princesa le dijo riéndose al oído:

—¿Y si yo supiera la forma de que volváis a verla?

—¿Cómo? ¡Decídmelo enseguida!

—Pues veréis... —respondió ella, y le contó lo que harían.

—¡Qué maravillosa estratagema! Pero ¿cómo la pondremos en práctica?

—Antes que nada, debéis permitirme pasar algunos días en su residencia para que nadie sospeche nada.

Luan Shu deseaba tanto a la bella Yunxiang que, en el fondo, el procedimiento no le preocupaba; en determinado momento, exclamó: «¡De acuerdo, “llevaré el sombrero verde”!». Mientras platicaban así, anocheció. Marido y mujer se retiraron a descansar. Luan Shu se quitó sus ropas y se acostó. La belleza de Yunxiang le perseguía, el fuego del deseo le inflamó. Su miembro de jade estaba tan firme que parecía de hierro. Una vez que su esposa se hubo acostado boca arriba, le clavó el miembro de jade en el valle y entró y salió al menos cien o doscientos veces antes de alcanzar el placer. A continuación le acarició la puerta del *yin* y mientras le decía:

—¡Qué vallecito tan bonito! ¡Qué lástima tener que prestárselo a otro que no sea yo!

La princesa, temiendo de pronto que ya no le permitiera ir a casa de Wuchen, le dijo:

—Decís eso porque no conocéis el valle de Yunxiang; es mucho más agradable que el mío. ¿Sabéis que tiene más de cincuenta años, pese a que parece una muchacha? Me ha dicho que vio a un inmortal en sueños y que tuvo trato carnal con él. Le enseñó «el método de la Hija de Candor para recoger los frutos de la batalla», y desde entonces sabe cómo apoderarse de la energía masculina para fortalecer su

feminidad y hacer maravillas. Por eso su rostro está siempre terso y la flor de su tez no se ha marchitado. ¡Con deciros que, a los tres días de nacer su hijo, su valle volvió a ser como antes!

Oyéndola hablar así, Luan Su se sentía tan extraviado como una cometa a la que hubieran cortado la cuerda. Asíó su «mango del matamoscas» y penetró a su esposa efectuando diversos vaivenes en medio de los extravagantes ruidos del amor, tan estrepitosos que el lecho se movía. Dolorido muy pronto de pies a cabeza, sintió picazones en todo el cuerpo y emitió su cosa blanca. Pero dejémosles ahí.

Cuando Yunxiang y Flor de Loto regresaron a su casa y vieron a Wuchen, hicieron muchos elogios de la princesa.

—Bueno, ¿no vais a hablarme de ella de un modo un poco más concreto? —dijo Wuchen.

—Voy a cantar —respondió Yunxiang—. ¡Escuchad atentamente y conoceréis sus talentos!

Esto venía a decir la canción: «Blancas son sus manos, arqueadas sus cejas, sus perfumados labios son de color bermellón, los cabellos muy negros, sus pies pequeños, terso su pecho, liso su vientre, y tan cerrada tiene la cosa que es verdaderamente agradable gozar con ella, sí, gozar con ella».

—¿Y qué es esa cosa con la que es tan agradable gozar? —preguntó Wuchen.

—¡No creo que haga falta deciros —precisó Flor de Loto— que se trata del «torrente encajonado entre las dos cimas»!

Wuchen estalló en una carcajada.

—¡He aquí una cosa agradable y una hermosísima persona!

—Si la invitara como amiga, con vos dormiría —añadió entonces su esposa.

—¿Pensáis que ella aceptaría?

—Si no me equivoco, creo que sueña con ello desde hace mucho tiempo.

—Entonces, hacedla venir.

—Qué prisa tenéis, bribonzuelo. Esperad a que los jazmines hayan florecido y la invitaré a pasar algunos días en nuestra compañía para que pueda admirarlos. Entonces

podréis hacer un buen negocio.

Wuchen inclinó la cabeza a modo de asentimiento y dijo:

—Qué justas y razonables son vuestras palabras, esposa mía.

Una vez finalizada la conversación, los dos esposos y Flor de Loto se quitaron sus ropas y reposaron juntos. Y no creo que sea necesario aclarar que en la oscura noche se sintieron tan felices como peces en el agua.

Luz y tinieblas pasaron como la flecha, sol y luna se alternaron como la lanzadera, y unos días más tarde los jazmines estaban completamente abiertos y perfumaban el jardín. Y como canta el poeta:

Claras oleadas de los jazmines perfumados
de porte gracioso bajo el viento delicado,
bellos y blancos jades inmaculados,
a hacer de mensajeros están preparados.

Cuando Wuchen vio los jazmines abiertos, apremió a su esposa para que invitara a la princesa. Yunxiang escribió, pues, una carta y se la dio al criado de la biblioteca para que la llevara inmediatamente a la residencia de los Luan. Luan Shu se hallaba precisamente en su casa. Tomando la carta de las manos del criado, la leyó con su esposa. Esta, que sabía perfectamente la razón que había animado a Yunxiang a invitarla, preguntó al criado:

—¿Quién te envía?

—Vengo por orden de mi señora, que os invita, princesa, a pasar con ella varios días para gozar de las flores de los jazmines.

La princesa preguntó riendo a su esposo:

—¿Me dais vuestro permiso para que acepte esta invitación?

—Si partís —respondió él—, tendréis que seducir a cierta persona y no dejaros seducir por otra.

—¡Mucho me temo que no sea tan fácil como pensáis!

Dicho esto, le dejó, y poco después ya estaba sentada en su palanquín. No tardó en llegar ante la residencia de Wuchen. Al quedarse solo, su marido se preguntó: «¿Y si mi

esposa no consiguiera convencer a Yunxiang?». Así pues, tomó la decisión de invitar a Wuchen y de hablar claramente con él de la posibilidad de intercambiarse las esposas durante unos días. Ordenó a Li el Bienaventurado que fuera a invitar a Wuchen. Cuando Wuchen, que en esos instantes acechaba la llegada de la princesa, recibió la invitación de Luan Shu, se vistió y decidió ir en el acto por temor a que le fallara su «negocio». El criado de la biblioteca le preparó el caballo y fue a casa de Luan Shu, quien salió a recibirlo y le invitó a tomar el té en sus aposentos privados. Wuchen le preguntó entonces:

—Os escucho, ¿de qué queréis hablarme?

—Oh, de nada en especial, querido hermano mayor —respondió Luan Shu—, simplemente deseaba invitaros a beber un poco de vino.

Y ordenó que les sirvieran en un pabellón retirado. Y, mientras bebían, los dos hombres se pusieron a hablar de asuntos galantes. Luan Shu le habló con precaución de su idea de intercambiarse las esposas. Wuchen, que tenía naturaleza de libertino, estalló en una gran carcajada sólo de pensarlo.

—Sí, la idea me parece muy interesante. En cuanto vuelva a mi casa, os enviaré a mi esposa. Y cada uno de nosotros procurará utilizar sus talentos y no mostrarse demasiado tímido.

—Vuestro hermano menor no es en absoluto tímido —replicó Luan Shu—, pero ¿no creéis que vuestra avanzada edad os predispone a vos, en cambio, a una gran timidez?

—No temáis por mí —respondió Wuchen.

Los dos hombres bebieron copiosamente durante un rato y después se despidieron. Wuchen regresó a su casa. Pues bien, si todavía no conocéis cómo se desarrolló este intercambio, prestad atención a las explicaciones del próximo capítulo.

*El rey de Jin contra los libertinos su cólera descarga
y el prodigioso Libre Vagabundeo a las tres bellezas salva.*

De regreso a casa, Wuchen habló sin reparos a su esposa, quien, al principio, fingió no aceptar el intercambio y aguardó a que Flor de Loto la exhortara a ir. Poco después llamó a Li el Bienaventurado para que la llevara a casa de los Luan. El criado de la biblioteca iba detrás del palanquín. Cuando llegaron ante la residencia, Yunxiang les ordenó que regresaran. A Li el Bienaventurado y al criado les pareció insólita esta visita.

—¿Pero no acaba de llegar a nuestra casa la mujer de Luan Shu, la princesa? —preguntó Li.

—Sí —repuso el criado—, tienes razón.

—Entonces —continuó Li—, ¿por qué viene nuestra señora aquí?

—En efecto, es muy extraño. Cuando volvamos, se lo preguntaremos a tu mujer, seguro que sabe algo.

—Sí, seguro que sabe algo, pero estoy convencido de que no me dirá nada.

Los dos criados tenían razones sobradas para sospechar, porque, cuando Yunxiang entró en la residencia de los Luan, era ya la hora de encender las lámparas. El dignatario Luan salió a su encuentro, la condujo al pabellón de los bordados y despidió rápidamente a sus sirvientes. Una vez a solas con ella, le ofreció vino. Bebieron hasta embriagarse. A Yunxiang se le pusieron las mejillas sonrosadas y a él le pareció todavía más bella. La tomó en sus brazos y la besó en la boca.

—¡Oh, delicada hermanita, me muero de deseo por vos!

—Desde que nos vimos por primera vez —respondió ella—, me siento invadida por el mismo deseo. ¿Pero quién ha

hecho posible que nos viéramos esta noche?

—Mi esposa fue la primera en sugerirme esta maravillosa idea. Un día me dijo: «Si deseas a Yunxiang, pretextarás un viaje lejano, pero te quedarás en secreto en casa. Invitaré a Yunxiang para que me haga compañía y así Wuchen no sospechará». Pero cuando ella ha ido a vuestra casa para responder a vuestra amable invitación, he pensado que era mejor invitar a vuestro marido y hablarle con franqueza. Y debo decir que ha aceptado el intercambio sin poner objeción alguna. ¿No es mejor a veces ir directamente al grano que andarse con rodeos?

Poco después, Yunxiang y Luan Shu se desnudaron y subieron a la cama. Luan Shu sabía que ella era muy experta en esas lides. Decidido ya a presentar combate, «desplegó sus estandartes y tocó el tambor», esperando infligirle una derrota. Mas ¿cómo hubiera podido imaginar la fuerza de ese otro general al que se enfrentaba? Pronto sólo fueron dos sables duros y brillantes. Los ataques y los contraataques se sucedían en la terrible batalla. Pronto el combatiente perdió terreno. Su cintura se debilitó, perdió el control y se extravió; había emitido su semen. Yunxiang le preguntó entonces:

—¿Cómo es posible que no hayáis podido resistir más tiempo?

¡Ay, él no pudo hacer nada! ¡Estaba vencido! Pero dejemos este campo de batalla y vayamos a otro. En efecto, Wuchen se enfrentaba a la princesa en encarnizado combate. ¿Cómo hubiera podido ganar ésta a un general siempre victorioso? Combatieron hasta la segunda víspera de la noche, momento en que ella tocó la retirada. Flor de Loto, que también estaba allí, se presentó ante Wuchen. Este ni siquiera tuvo necesidad de desplegar sus mejores artes para vencerla a su vez. La princesa se lanzó de nuevo al asalto. Wuchen la contempló; era blanca como el jade y ligera como el hilo de seda. Espoleo de nuevo su caballo para arremeter con gran ardor contra ella y su lanza traspasó la «habitación florida» sin esfuerzo alguno. Y como él le preguntara si había alcanzado el placer, ella respondió: «Retiraos deprisa, querido hermano mayor, o moriré...». Pero Wuchen no consintió en

absoluto y, alzando su lanza dorada, la embistió cien o doscientas veces seguidas. La princesa se debilitó, su rostro níveo se contrajo. El dolor la obligó entonces a rogar a Wuchen que se retirara, y éste obedeció para atacar de nuevo a Flor de Loto.

Así, durante un mes, los esposos Luan sufrieron una derrota tras otra, mientras que Wuchen y Yunxiang cantaban siempre victoria. Y finalmente las dos damas volvieron a sus casas respectivas. En las dos residencias pronto estuvieron al corriente de este comportamiento. Un día en que Luan Shu paseaba por el jardín, oyó que un joven criado le contaba a otro, con palabras encubiertas, las relaciones que mantenían sus señores. La cólera invadió a Luan Shu, quien castigó con rigor al criado. Este, lleno de rencor, corrió a casa del dignatario Zhao Meng para ponerle al corriente del comercio ilícito de su señora con Wuchen. Zhao Meng se enfureció violentamente y acto seguido envió un informe al rey. Cuando éste lo recibió, dio un golpe en la mesa y gritó:

—¡Miserables! ¡Su actitud es incalificable!

Luego ordenó a Zhao Meng que movilizara todas sus fuerzas armadas para cercar la residencia privada de Wuchen. Quizá no sea necesario especificar que el rey pensaba detener también a Luan Shu.

Esa noche, Yunxiang tuvo un extraño sueño. Un demonio de rostro azul verdoso y cabellos rojos blandía un gran cuchillo y la injuriaba: «¡Malvada, tu sed de lujuria nunca ha tenido medida! ¿A cuántos hombres has perjudicado?». Después el demonio alzó su cuchillo para atacarla. De pronto surgió un hombre de gran estatura, y al instante supo ella que se trataba de Libre Vagabundeo, el inmortal que antaño la había iniciado en el amor. Este detuvo al demonio con una mano y le dijo:

—Sé que ha cometido muchos crímenes; pero yo tuve relaciones con ella. Debido a esto, y a que uno de estos días renovaré este vínculo del pasado, deseo que se vea libre de vuestro castigo.

—Puesto que así es —respondió el demonio—, la dejaré en paz.

Libre Vagabundeo habló después con Yunxiang:

—Mañana, al mediodía, se abatirá sobre ti una gran desgracia. Cuando el peligro sea inminente, vendré a salvarte. No digas nada a nadie y mañana por la mañana recibe a la princesa en tu casa. Dile también a Flor de Loto que no se aleje, y a mediodía vendré a buscaros a las tres.

Cuando hubo terminado de hablar, le dio un empujón. Yunxiang se despertó bruscamente, gritando y con el cuerpo cubierto de sudor. Y como tuviera ese mismo sueño otras tres veces, se dijo: «Prefiero creer que todo esto sucederá. Sí, debo evitar pensar que no ocurrirá». Ni que decir tiene que, al día siguiente, recibió a la princesa y que, juntas, esperaron el mediodía.

Por entonces, el rey de Jin conducía personalmente a sus soldados contra la casa de su real cuñado Luan Shu. Después de apresar a este último, buscaron por todas partes a la princesa, pero no la encontraron. El rey preguntó entonces a Luan Shu dónde se hallaba.

—Ha ido a casa de Wuchen —respondió él.

El rey condujo sus soldados a la residencia de Wuchen. A mitad de camino encontró a los soldados de Zhao Meng. Unieron sus dos ejércitos y poco después llegaron ante la residencia. El rey ordenó rodearla. Obedecieron los soldados y la casa fue sitiada como con una tenaza de hierro. Cuando el rey preguntó quién deseaba apresar a Wuchen, salió de las filas un oficial que, inclinándose profundamente ante él, le dijo:

—¡Yo, majestad!

El rey reconoció entonces a Xun Ying, hijo de Xun Shou, del ejército del centro.

—¡Entraréis en la residencia y apresaréis a todos esos depravados sin dejar que se os escape ni uno! —le ordenó el rey.

Xun Ying entró en la casa. Wuchen se encontraba en la sala principal; todavía dormía. Li el Bienaventurado y el criado de la biblioteca estaban junto a él. Xun Ying ordenó a los soldados que apresasen a los tres hombres. Wuchen se hallaba en pleno sueño. Cuando se despertó, vio que estaba

atado de la cabeza a los pies. Reconoció a Xun Ying, quien en ese momento ordenaba a los soldados que se apoderaran de sus bienes.

—¿Qué estáis haciendo? —le preguntó, nervioso.

—Has mantenido relaciones culpables con la princesa y ahora, el rey, su hermano, ha venido personalmente a arrestarte. ¿Dónde están las mujeres?

Lleno de terror, Wuchen bajó la cabeza y no respondió nada. Ahora bien, el criado de la biblioteca, que desde siempre alimentaba un odio secreto contra Flor de Loto porque ella no quiso saber nada de él, señaló el jardín con el dedo y dijo:

—Están en el pabellón de las peonías.

Mientras Wuchen y sus servidores eran conducidos ante el rey, Xun Ying se dirigió hacia el jardín. De pronto, se levantó un extraño viento, una ráfaga procedente del sudeste alzó la arena y desplazó las piedras; se formaron espesas nubes negras y de repente no se vio nada. Xun Ying se quedó paralizado y luego oyó una voz que reía en el éter:

—No las atraparás, Xun Ying. ¡Están a salvo!

Xun Ying abrió los ojos como platos y en medio de la oscura niebla distinguió a un hombre y tres mujeres que avanzaban hacia el noroeste sin dejar rastro.

Y yo, Xian Chuan, encontré esta extraña historia hojeando las crónicas y os la he contado para que no se pierda nunca jamás.

Historia de una mujer viciosa

夫婦行床
要掌燈心
驚祇恐外

人

銀針刺

破花蟲

緊

破
聲
戒
眉
不



Prefacio a la edición de 1764

Los sentimientos son aquellos movimientos del alma a través de los cuales ésta se manifiesta; así pues, el alma se encuentra por entero en el corazón. Pero un corazón impuro puede desviarse del camino recto y dejar de conocer sus obligaciones. Sus deseos inflamados se convierten entonces en pasión, lo que le lleva a abandonarse a toda clase de excesos. Esto sucede sobre todo en los sombríos aposentos de las mujeres, donde las pasiones se encienden demasiado a menudo.

Hemos conocido a mujeres jóvenes y sensibles que, por haber cedido a ciertas inclinaciones, han llegado a un estado en el que no pueden controlar sus pasiones. Su pensamiento sólo tiene un fin. No las detienen ni los más estrechos grados de parentesco, y no distinguen entre jóvenes y viejos, entre ricos y pobres, entre laicos y religiosos. Sólo les importa el torbellino de «nubes y lluvia», olvidando toda obligación moral y el más elemental pudor. ¡La pasión las ciega!

Pero llega un día en que ellas pierden sus encantos y los amores desaparecen. Entonces reflexionan y la lasciva conducta de sus años de juventud les produce horror. ¡Ay, cómo se desesperan! ¿No hubiera sido mejor que se lo hubiesen pensado antes, y no tener ahora tardíos remordimientos? ¿No hubiera sido mejor que, en lugar de empañar su reputación en la búsqueda desenfrenada de placeres, se hubieran contentado con la felicidad conyugal, sin dañar el buen nombre de toda su familia?

Porque es precisamente en la primera juventud cuando conviene controlar el corazón e impedir que los sentimientos se desvíen. Si una mujer posee un corazón puro, si no da rienda suelta a sus pasiones, nunca caerá en el oprobio sufrido por la protagonista de la Historia de una mujer viciosa.

(Escrito el tercer día del año *jiashen* de la era *Qianlong*, en

la escuela Zizhi [del dominio de sí])

Donde antaño florecían las ciudades de Zheng y de Wei, una vieja dama de setenta años, desdentada y de cabellos canos, habitaba en cierto callejón apartado. Se complacía recordando el pasado; es más, nunca se cansaba de hablar de él, y frecuentaba a las familias más distinguidas de la vecindad.

Un hombre del barrio llamado Yan Qiongke fue a visitarla y le dirigió estas palabras: «Por muy mayor que seáis, señora, vuestra gracia, vuestro porte y vuestra elegancia no son en absoluto los de una anciana encorvada sobre su bastón. ¡Qué bella debisteis de ser en vuestra juventud! Por desgracia, si bien puedo aún juzgar vuestros encantos, he nacido demasiado tarde para ser testigo de vuestras hazañas; pero tened la amabilidad de contármelas y hallaréis en mí un atento oyente».

La anciana respondió con gentileza: «Aunque no me lo hubierais pedido, os habría obligado a escucharme; y, si además me lo pedís, ¿cómo no voy a contaros mi vida, que, por otra parte, es de lo más banal?». Qiongke dijo: «Si no os molesta, tomaré nota de vuestra historia y la escribiré».

La vieja dama sonrió y, tras recogerse sus largas mangas y recomponerse su vestido de seda cruda, saludó con las manos juntas y comenzó así:

«Pronto yaceré bajo una lápida y me pudriré entre las hierbas; ¿por qué no evocar con indulgencia los momentos felices de una vida que dentro de poco desaparecerá para siempre?...».

Mi familia descende de una rama secundaria del antiguo linaje de los Shangguan, que a su vez se remonta a los Tang. Mi padre se llamaba Ze y el nombre de soltera de mi madre era Helian. Sólo tuvieron dos hijas, mi hermana y yo. A mí me pusieron el nombre de Ana, la Encantadora, y a mi

hermana pequeña Xianjuan, la Graciosa.

Aún nos veo a las dos, a los siete u ocho años, jugando en el patio en la época de los ciruelos en flor. Nuestro padre nos sugirió que compusiéramos unos poemas. Yo hice este dístico:

Antes de que la escarcha dañe mi tierna flor,
ti, luna plateada, ofrezco mi candor.

A mi padre se le mudó la expresión del rostro y dijo: «Con el tiempo, esta niña será una mujer sin principios». Mi hermana, en cambio, había escrito:

Si en el oscuro valle me perdiera algún día,
a la luz del más alto ramaje me asiría.

Nuestra madre rió y dijo: «Ana se parece a la señorita que compuso el poema *Rosas rojas*; Xianjuan, en cambio, sabrá comportarse y no se apartará nunca de la virtud».

Hacia los doce o trece años dejaron de cortarme los cabellos, así que muy pronto pude recogermelos y adornármelos con plumas. Me pasaba todo el día ante el espejo y, mientras contemplaba mi imagen, suspiraba: «¡Algún día algún memo tendrá que poseer a esta criatura tan delicada! (*He aquí las primeras emociones de una cabeza loca*^[2]). ¡Qué breve es la vida y cuán larga la espera!». Mi hermana me escuchaba y me decía riendo: «¿Y para qué quieres un memo? ¿Ya estás pensando en casarte? ¡Venga, vamos a jugar a la pelota con nuestros primos o a hacer que los gallos se peleen entre sí!».

Mis padres me obligaban a estudiar el *Libro de las odas*, de la dinastía Zhou, suprimiéndome, sin embargo, todos los pasajes que consideraban licenciosos. Pero yo me los sabía de memoria y los recitaba en voz baja. Los poemas que hablaban del amor entre muchachos y muchachas me dejaban perpleja y me suscitaban muchos interrogantes. Tan sólo alcanzaba a entender que aquello debía de ser como lo que ocurría entre mi padre y mi madre, con la única diferencia de que los muchachos y las muchachas tenían que esconderse, y los padres, no. Pero no lograba imaginar a qué podía parecerse el amor. Ese astuto joven del que hablaba el *Libro de las odas*,

por ejemplo, ¿cómo podría hacerme perder el sueño y el hambre, o inquietarme por el canto del gallo cuando *lloviera o soplara el viento*? Y si el joven ofrecía un melocotón, ¿por qué había que darle las gracias con una ciruela? ¿Qué significaba: *Le conocí por casualidad y es tal y como yo deseaba; con él estoy bien*? ¿Cómo podía ser un solo día tan largo como tres meses? ¿Qué era esa unión íntima como una madeja de seda? Todo aquello me inquietaba.

En la zona norte de la ciudad vivía una joven que tenía fama de saber mucho acerca del amor. En la primera ocasión que se me presentó, le pregunté:

—¿En qué se diferencian los muchachos y las muchachas? ¿Qué significa esa historia del hombre venido de lejos? ¿Qué quiere decir *atravesar los ríos Qi, Zhen y Wei*, y *tú me amas y yo debo seguirte*? ¿Por qué a un joven se le llama *el zorro que merodea*? ¿Qué significa: *Niño burlón, joven insensato, si tú no piensas en mí, acaso crees que no encontraré a otro*? ¿Qué malicias son éstas? En fin, ¿qué es el amor? ¿Hay que entregarse a un marido con los ojos cerrados? ¿No es preferible conocerse y compartir un amor sincero?

—Mira, pequeña —contestó la mujer—, todavía eres una señorita; ni siquiera estás comprometida; no es conveniente que te hagas tales preguntas.

—De acuerdo —dije—, pero ¿te parece justo que una muchacha se encuentre, sin comerlo ni beberlo, dentro de la familia de un joven y alguien les declare marido y mujer? ¡Eso es como parar al primero que pasa por la calle y llamarle marido!

—Se nota que estás haciéndote mayorcita —prosiguió la mujer—. ¿No será que sueñas en casarte, o que un bello joven te corteja?... Está bien, trataré de explicarte algunas cosas. En lo que se refiere a las orejas, los ojos, la boca, la nariz, las manos y los pies, los hombres son iguales que nosotras. Pero en el bajo vientre, entre las piernas, ellos tienen como una pequeña serpiente que unas veces está curva y otras tesa; en algunos momentos es como una pala, o como una lanza, y otras veces semeja un gusanillo; en fin, es un dardo acerado retenido en su funda. Se llama *shi*, el vigor. Debajo del *shi*,

como un general en el centro de su fortaleza, se encuentra lo que llamamos la bolsa.

—¿Debajo del vientre y entre las piernas? —pregunté extrañada—. Yo ahí no tengo nada que se le parezca.

—Exactamente —continuó la mujer—, eso es lo que les diferencia de nosotras y hace que sean hombres. En cambio, lo que nos distingue a las mujeres, pues forma parte de nuestra naturaleza, es la sutileza del principio *yin*, que tenemos debajo de la cintura, en la entrepierna, y del que sólo se ve una especie de concha. Vista de cerca, esa concha puede parecer un melón partido. Colgante o erguido, ellos tienen su asunto bien a la vista. En nosotras, en cambio, nada sobresale; apenas se nos ve una pequeña raja. Y esto hace que nosotras seamos mujeres.

—Entonces, ¿acaso los hombres y las mujeres nos buscamos con tanto empeño porque ellos tienen algo de más, y nosotras algo de menos?

—Tal es la voluntad del cielo. Ya en los tiempos oscuros de la remota antigüedad, nuestros antepasados se dividían en hombres y mujeres. Vivían juntos en madrigueras, guaridas y cavernas, y se cubrían con hojas para protegerse del frío (*muy parecido a las biografías de los bufones del Shi ji*); pero, en pleno verano, se quitaban esos adornos e iban desnudos. Ignoraban lo que era la vergüenza y no se entretenían en fijarse en la diferencia que existía entre el 𠂇 (ao) de ellas y la 𠂇 (tu) de ellos. El hombre, sujeto al ciclo del principio *yang*, tiene en esa estación la sangre más caliente y el espíritu más vivaz; su 𠂇 está dura y rígida. Y si una mujer pasaba delante de él con el 𠂇 al aire, ambos se unían y la penetraba en el 𠂇. El hombre se asombraba de que su compañera estuviera hecha de otra forma que él, pero ¿cómo podía sospechar que tal penetración daba paso a una serie ininterrumpida de futuras generaciones, a una creación ilimitada, origen de todo deseo, germen de todo amor?

»Una vez dentro, el hombre se sintió bastante bien, pero ocioso. Y, sin darse cuenta, se puso en movimiento, pensando: «¡Caray!», ¡Qué acogedor es este 𠂇!». Y cuanto más se movía, más agradable le parecía. Al descubrir en él

una fuente de satisfacción, siguió meneándose; y en eso estaba cuando de pronto sintió un escalofrío por todo el cuerpo, ¡y brotó de su  un rebotante fluido! (*En este momento, el espíritu vuela*). Esa oleada, ese chorro, le procuró una alegría y un placer infinitos. De esta manera, día tras día y descubriéndose el uno al otro, se instauraron las relaciones amorosas entre los hombres y las mujeres.

—Entonces, éstos fueron los comienzos del amor entre hombres y mujeres... —dijo pensativa.

—No es más que una hipótesis —continuó la mujer—, pero muy plausible. Sin embargo, debes saber que cuando la  penetra en el , el  siente verdadero dolor; y como duele, al principio no se experimenta ningún placer.

—¿Por qué aceptar esta penetración, si produce sufrimiento?

—Al principio, si la  es grande, cuando penetra en el  el dolor también es grande; pero poco a poco sentimos placer, tanto placer que, antes de ser penetrada así, ninguna mujer podría imaginar los indescriptibles goces que el  procura. (*Las más gruesas son las mejores*). Por el contrario, si la  es muy pequeña, aunque al principio no se experimenta ningún dolor, tampoco se podrá disfrutar más tarde del gran placer del que te he hablado.

Cada vez más extrañada, pregunté:

—¿Cómo es posible que lo que hace sufrir pueda también producir placer, y que lo que no hace daño tampoco produzca ningún bien?

—El  de las muchachas es parecido a los sépalos cerrados de un capullo de loto. La  que trata de abrirse camino en él lo encuentra estrecho, áspero y apretado. En ese momento no hay , por pequeña que sea, que no parezca grande; y por supuesto, cuanto más grandes son, más daño hacen.

—Entonces, el placer...

—El  contiene unos pequeños repliegues carnosos que semejan el pistilo de una flor. Ese pistilo se estremece ligeramente. Cuando la cabeza ciega del joven alcanza ese punto, la sensación se torna ardiente y deliciosa. Poco a poco

desaparece el dolor, y el placer aflora. Las  pequeñas, las cortas, alcanzan difícilmente ese lugar, y por eso apenas producen satisfacción. Sólo las grandes y gruesas, las largas y rígidas, lo consiguen. El intenso frote, y el movimiento de entrar y salir, producen en el  cierta irritación; hay que soportarla. No existe mayor delicia que la que se experimenta tras ese picor y esa quemazón. (¡*Turbador!*).

Después de escuchar las palabras de la mujer, sentí surgir en mi pequeño valle oscuro una secreta impaciencia. Me despedí de ella y regresé a mi casa. Estaba deseosa de encontrar a alguien con quien experimentar un poco lo que había aprendido, pero, al mismo tiempo, no me atrevía. A escondidas, me metí el dedo y me acaricié a placer; sólo conseguí excitarme más y más, y no puede alcanzar el sosiego.

Precisamente en esa época, un primito llamado Huimin, Vivo Espíritu, había sido confiado a mis padres para que le guiaran en sus estudios. Vivía en nuestra casa, pero dormía en una habitación aparte. Me di cuenta de que el joven Huimin no carecía de atractivo ni de distinción. Me gustaba, sí; de hecho, me gustaba bastante...

Un día en que mis padres habían salido, mi primito Huimin, mi hermana y yo jugamos juntos en el jardín. Huimin tiraba a mi hermana del brazo y ella tiraba en sentido contrario. Cuando anocheció, puse fin a los juegos diciendo:

—Hemos estado jugando durante todo el día, ¿no estáis cansados? Vámonos a la cama, ¡y dejad ya de pelearos! — Luego, dirigiéndome a mi hermana, añadí—: ¿Qué te parece si Huimin duerme con nosotras esta noche?

—¡Un joven en nuestra misma cama! ¿Crees que podemos hacerlo?

Huimin intervino al instante:

—A vuestro primito le dan mucho miedo los demonios; dormir con vosotras dos me tranquilizaría.

«No es más que un tonto de capirote que sólo piensa en

comer y en tener el vientre caliente. En fin, ¡qué más da!», me decía yo. Nos desvestimos y nos acostamos; mi hermana se colocó en un extremo de la cama, yo en medio y Huimin contra la pared. Huimin, como estaba cansado, no tardó en dormirse. Yo, en cambio, no pude conciliar el sueño tan fácilmente, de modo que me volví hacia Huimin y, llena de curiosidad, deslicé mi mano hacia su bajo vientre. Era tal y como me había dicho la mujer. Pero su  era tan pequeña, tan menuda... Yo pensaba para mis adentros: «Su  es minúscula, ¿cómo podría hacerme daño? Si me la mete, sabré lo que es; sabiéndolo, se me quitará la aprensión; al ser pequeña, no me dañará. ¡O esta noche o nunca!».

Antes de que amaneciera, volví de nuevo a aferrar su , y la hallé dura, erguida y rígida. Por muy pequeña que fuera, no parecía que pudiera doblarse. Entonces desperté a Huimin de un empujón. Tomé su mano y le hice tocar mi .

—Hermanita mía —dijo, pánfilo de él—, ¡cómo estás hecha!

Pero yo me había apoderado ya de su rígida , y, volviéndome hacia él, le atraje hacia mí y guié su rígida  en dirección a mi .

—Hermana, ¿qué estás haciendo? —protestó él.

—Venga —le respondí muy bajito—, empuja para ver si puedes entrar en .

Huimin no comprendía lo que yo quería.

—¿Entrar? ¿Y para qué quieres que entre?

—Haz lo que te digo y no preguntes más; empuja fuerte, eso es todo.

Huimin empujaba con fuerza; pero se desviaba hacia arriba o hacia abajo, y no encontraba el punto exacto. Yo me abrazaba a él para que su  se acercara más (*está muy excitada*) a la entrada, pero ésta seguía estando demasiado lejos. Entonces me di la vuelta, pero la entrada quedaba aún más inaccesible. Tras volverme de un lado y del otro en vano, pensé: «Tal vez si nos colocamos el uno encima del otro...». Me puse boca arriba e invité a Huimin a que se tumbara encima de mí.

—Empuja —le ordené.

Nada. Me abrí totalmente de piernas (*ya hemos llegado al momento de separar las piernas*), apreté a Huimin entre mis muslos y con una mano dirigí su verga, ya muy erecta, hacia mi raja.

—¡Ahí, ahí es! ¡Empuja!

—¡Sí, sí! —dijo Huimin; sin embargo, al tratar de introducirla más, me hacía daño.

—¡Para! —le dije, y él se paró. A pesar de todo, sentía un dolor soportable—. Vamos, sigue.

Al continuar, sentía en el  como el pinchazo de un alfiler. A Huimin también le dolía la .

—Hermana —dijo frunciendo el ceño—, yo empujo y empujo, pero me hace daño, me escuece. ¿Qué podemos hacer?

—Pues parar. —Palpé su : la piel, echada hacia atrás, formaba una especie de rodete del que sobresalía, media pulgada, la cabeza. Ya no sabía qué hacer ni qué decir. Al final, propuse—: Si la ensalivaras, seguramente nos dolería menos.

Así lo hizo, y el consejo dio resultado, ya que esta vez entró al primer intento. La saliva posee la virtud de abrir las puertas mejor cerradas, y ya no sentía mi lastimado  traspasado por el fulgurante dolor.

—¡Espera!

—Con saliva, esto entra de maravilla, ¿por qué esperar?

—Porque me duele.

—¿Te duele? No deberías haberme forzado a hacerlo.

—Y tú no deberías haber empujado tan fuerte —repliqué—. Tienes que forzar la entrada, pero con delicadeza.

—¿A qué te refieres con forzar con delicadeza? —preguntó Huimin.

—Con la  siempre bien rígida —dije—, debes moverte hacia atrás con delicadeza, y luego hacia delante, empujando cada vez más hacia dentro; luego, una vez en esta estrecha entrada, debes moverte hacia delante y hacia atrás con mucha suavidad.

Huimin empezó a moverse torpemente dentro de mí, por lo que pronto tuve el  totalmente dolorido.

—Más despacio —le pedí.

Fue más agradable, pero aunque su  saliera con menos prisa y entrara delicadamente, el dolor persistía y me dejaba sin respiración, como cuando te atragantas al comer algo. En fin, no era en absoluto placentero. Huimin dijo:

—Si quieres que te la meta, yo te la meto. ¡No te puedes imaginar el hormigueo que siento en la polla!

Yo pensaba: «¿Por qué a él esto le produce hormigueo y a mí no? ¿Me habrá engañado mi vecina?».

—Hermanito —le dije—, este vaivén me atormenta, renuncio.

—A mí en cambio me gusta mucho —protestó—. Por favor, continuemos.

El  me dolía muchísimo, me sentía muy desgraciada y ya estaba harta. A Huimin, por el contrario, le producía un gran placer estrecharme entre sus brazos y suspiraba: «¡Excelente, excelente!». Su  no medía más de dos pulgadas; larga como un dedo, apenas entraba hasta la mitad, pero me dolía terriblemente; empezaba a pensar que la  de los jóvenes, sea grande o pequeña, no se puede soportar. En ese momento, mi hermana se dio la vuelta y a punto estuvo de despertarse. Con un gesto brusco, alejé de mí a Huimin. Se levantó y fue al retrete. Cuando regresó, su polla parecía un gusano de seda muerto; había perdido su belicosa rigidez.

—Si mi hermana no hubiera estado a punto de despertarse —le dije riendo—, me hubieras faltado gravemente al respeto.

—Querida hermana —dijo—, me has enseñado algo que ignoraba, me has instruido con benevolencia y has disipado mis inseguridades. No sé cómo expresarte mi gratitud.

—Idiota —le respondí—, dejémoslo por esta vez; tendremos otras noches para volver a intentarlo.

Huimin asintió y se quedó dormido sobre mi hombro. Sus desordenados cabellos le cubrían los ojos y me picaban en el brazo y el pecho.

A la mañana siguiente, en el colegio, Huimin les contó a sus compañeros de clase:

—Esta noche he dormido con mi prima mayor; me ha

cogido la polla y me ha obligado a metérsela. Y mete y saca, y mete y saca... ¡Parecía un monje borracho titubeando delante de la puerta del templo!

Sus condiscípulos le rodearon.

—¿De verdad que tu prima ha querido que se la metieras? ¿Ha querido que la ensartaras? Tienes que clavársela hasta el fondo y que ella se humedezca. Otro esfuerzo más y lo conseguiréis.

—Vale —dijo Huimin.

Llegó la noche. Yo ya estaba en la cama con mi hermana cuando Huimin se reunió con nosotras.

—¡Ah, no! —gritó mi hermana—. No me ha dejado dormir en toda la noche. ¡Que se vaya a dormir a otra parte!

—Se movía —repliqué— porque extrañaba la cama, pero ya verás como esta noche no volverá a ocurrir.

Huimin insistió:

—Como dormí con vosotras, ayer no pasé miedo; tened compasión de mí, queridas primitas, hagamos como ayer.

—Si lo repetimos, no dormiré bien.

—Te prometo que no será así —aseguró Huimin.

Al final dormimos como la noche anterior, con la única diferencia de que mi hermana y yo nos colocamos pies contra cabeza, ella lo más alejada posible. Nada más meterse en la cama, Huimin posó su mano en mi  Pero yo, viendo que mi hermana no estaba todavía dormida, se la aparté. Después de haberse complacido un rato en mantener la dureza de su  con la mano, Huimin me pidió:

—Hermana, tumbate y deja que me suba encima de ti.

—Ayer por la noche fue demasiado desagradable —le respondí—. Por otra parte, no deberías acostumbrarte.

—¡Pero si fuiste tú quien te empeñaste! ¡Ahora no puedes echarte atrás! Además, si tanto te desagradaba, ¿por qué lo hiciste?

¿Qué podía decir o hacer yo, sino abrazarle y atraerle hacia mí? Primero, Huimin la untó con saliva, de manera que la entrada resultó mucho más fácil que la víspera, el pasaje más transitable y el dolor menor. Así, empujando cuanto podía, se abrió camino mucho antes que la noche anterior. De

pronto me asaltaron de nuevo el dolor y la insatisfacción. Me apretaba tanto, y me hacía tanto daño, que tomé su  con la mano para tratar de detenerla; pero Huimin empujó más fuerte y su  entera desapareció dentro de mí sin que pudiera agarrársela. Una vez dentro, el dolor me atenazaba. Cómo último recurso, le increpé:

—¡Mala bestia, so bruto!

—Cuando el general está en campaña —respondió Huimin—, no siempre puede someterse a las órdenes del príncipe.

Empezaba a arrepentirme de mi osadía. ¿Por qué debía infligirme a mí misma tal sufrimiento? ¿Por qué obstinarme en sufrir? Sin embargo, Huimin continuaba.

—Sólo entrarás una pulgada —protesté—, con eso será suficiente; no seas tan brusco.

Templó su ardor, pero siguió penetrando hasta el fondo sin contemplaciones. Aun así, debía sentirme afortunada de que su chisme no fuera ni de los más gruesos ni de los más largos. Su insistente movimiento me producía tal dolor y tormento que pensé en renunciar, pero, en ese preciso momento, ante mi sorpresa, a Huimin le invadió una nueva vehemencia.

—Para ser un principiante, sabes librar una batalla —comenté—. ¡No me extraña nada que te llamen Vivo Espíritu!

Ese mequetrefe de Huimin ya me había infligido más de doscientas embestidas y, lejos de detenerse, sentía su  ardiente y palpitante. La notaba como si estuviera a punto de orinar, como si tuviera una urgencia. Hinchada, impaciente, llenaba por completo mi pequeña raja. Mas ¡ay!, ¡aquello ya no tenía nada que ver con los juegos del principio! Se había convertido en un auténtico suplicio.

—¡Sal! —le pedí.

—¡Ah, no!, noto un hormigueo delicioso, delicioso...

—Me duele demasiado. —Pero él no me escuchaba y me infligía unos golpes terribles. Ya no podía soportarlo más. Las lágrimas me asomaron a los ojos—. Me estás destrozando, no puedo más.

Huimin seguía sin hacerme caso y me embestía como un loco. Y yo, temiendo que mi hermana se despertara y se

enfadara conmigo, nada podía hacer salvo morder la sábana y aguantar, haciéndome tardíos reproches.

—Qué extraño —dijo Huimin—. Siento en los riñones una acre quemazón, como una especie de fluido...

No sin inquietud, también yo había notado dentro de mí una especie de aspersión y, al mismo tiempo, una pizca de placer despuntando bajo el atormentador dolor. Huimin, jadeante, se desplomó sobre mi cuerpo. Enloquecida de dolor, le abracé estrechamente sin atreverme a moverme. (*No hay de qué tener miedo*).

—¿Qué ha pasado? —le pregunté.

—No tengo ni idea, pero no me puedo ni levantar; tengo la sensación de pesar mil libras. ¡Me has hecho realmente feliz!

—Tú estarás contento, pero yo no —dije con una dolorida sonrisa—. Sufro demasiado. ¡Jamás sabré qué es el placer!

Empujé a Huimin al otro lado de la cama. ¡Ay! Nada más sacar su , ¡qué frustración sentí en mi ! Era como si me faltara algo. Sin embargo, seguía sintiendo la quemazón, los moretones y la sensación de que me habían despellejado. La  de Huimin había perdido parte de su arrogancia. Se la limpié con mi pañuelo y luego me limpié yo. Nos dormimos abrazados, su pecho contra el mío. Le amaba con toda mi alma.

—No he sentido placer alguno —le dije—, pero no te guardo rencor.

Huimin, en cambio, estaba tan satisfecho que no me habría dejado ni de noche ni de día. Por la noche paseábamos abrazados a la luz de la luna. Huimin no se portaba bien. Por todos los rincones, me metía la mano en el . ¿Cómo podía oponerme ahora, si antes se lo había permitido? Por las noches, quería a toda costa poseerme. La unión ya no me hacía sufrir; me penetraba durante un largo rato y un delicioso rocío me humedecía. A mi vez, empecé a sentir deseo en el ; le fui tomando gusto. Se me antojaba un juego muy agradable. Mi vecina me había hablado de cierto calor en el , de cierta excitación, y así había sido. Después de haber sido trabajado de forma ininterrumpida durante diez

días, mi [] podía ser penetrado hasta el fondo sin que me produjera dolor alguno. Apenas atardecía, empezaba yo a pensar en lo que iba a venir; y, llegada la noche, Huimin me ponía en movimiento.

Al examinarme el [], me di cuenta de que en él ya podía entrar un dedo; ya no era un capullo cerrado. Una noche abrí los ojos y me encontré con que Huimin trataba de poseerme de nuevo. Me presté de buen grado, pero he aquí que mi hermana se despertó y se levantó para ir a hacer una pequeña necesidad. Al ver la cama revuelta, se extrañó; tendió la mano hacia mí y tocó nuestras piernas enlazadas.

—¿Por qué dormís así? —preguntó, riéndose.

Entonces le susurré a Huimin que gimiera para engañar a mi hermana.

—Le duele la tripa —dije—; le he dado unos masajes y le he tapado con la manta, pero no ha sido suficiente; así que he pensado calentarle sobre mi vientre para protegerle de las corrientes de aire. ¿Lo ves?, ya está mejor.

—Eres un médico excelente —dijo ella sin dejar de reír, y se volvió a dormir.

Como yo estaba todavía excitada, invité a Huimin a que continuara donde nos habíamos quedado. No necesitó que se lo repitiera dos veces. Y de nuevo la cama empezó a temblar, los ganchos de la cortina a entrechocar, con lo que mi hermana se despertó: «¡Aquí es imposible dormir!». Entonces pensé que era mejor no seguir insistiendo, y nos dormimos abrazados. Por desgracia, mi hermana, descontenta de aquellos súbitos despertares, se quejó al día siguiente a nuestra madre:

—Por la noche, Huimin duerme con nosotras, pero la cama es estrecha, estamos muy apretados y yo no consigo descansar.

Mi madre no daba crédito a sus oídos.

—¿Quién os ha dicho que durmáis juntos?

—Ha sido idea de él, y Ana se lo ha permitido.

Mi madre habló con mi padre.

—Huimin se está haciendo mayor, temo que le vengan malos pensamientos; Ana también está creciendo, tienen más

o menos la misma edad. Convendría separarlos, y Huimin debería dormir fuera de casa.

—Es cierto —asintió mi padre.

Ese mismo día, vi cómo se llevaban la cama de Huimin. ¡Qué desesperación la mía! Sabiendo que la causa de todo esto eran las habladurías de mi hermana, la odié a muerte; no obstante, debía simular que seguíamos siendo íntimas. Desde entonces, Huimin no volvió a dormir con nosotras. Nos veíamos durante el día, pero, desde que mi hermana había hablado, las malditas sirvientas no cesaban de vigilarme. Como no me atrevía a abordarlo, y la tristeza me consumía, le escribí estos versos:

Ya no soporto la blanda almohada
ni la manta que me tapa;
mi bello amigo se fue
antes del amanecer.

Huimin los apreciaba mucho y los llevaba siempre en el bolsillo. No obstante, llegó el momento en que tuvo que volver a casa de sus padres. Me pasaba las noches pensando en él, empapaba de lágrimas la funda de la almohada; lloraba incluso lágrimas de sangre, tanto que mis ropas se teñían de rojo.

A los catorce años me convertí en una lánguida belleza; también mi hermana se había vuelto delicada como una perla. Competíamos para ver quién de las dos vestía más a la moda. Si yo decía: «Yo soy la famosa favorita Feiyan y tú eres su hermana Hede», ella me seguía el juego y me respondía: «¿Te acuerdas de Sheniao y de Chifeng, sus amantes?». Entonces yo le tapaba la boca y continuaba: «Un día, tras el velo de las siete flores, servirás al emperador la poción fatídica, ¡qué vergüenza!».

Pasaron tres años. Yo estaba a punto de cumplir los dieciocho. Aún no había olvidado los abrazos de Huimin ni aquel delicioso ardor que sentía cuando me poseía. Ahora bien, uno de nuestros viejos sirvientes tenía un hijo, llamado

Jun, que era más o menos de mi edad. Era bastante bello y estaba dotado para el canto. A mi padre le caía tan en gracia que lo había convertido en su sirviente personal. Pensé: «Lo que perdí al irse Huimin puedo volver a encontrarlo en él». Empecé a llamarle desde la ventana y a lanzarle alguna que otra indirecta. El astuto me pellizcaba la palma de la mano o me sacaba la lengua. Cuando le pregunté por qué me sacaba la lengua, se limitó a responderme: «Muérdemela», y yo se la mordí. Luego me pidió que sacara la lengua a mi vez. Lo hice, y él me la chupó, aspirándola: descubrí los besos. Pero después, al oír que se acercaba alguien, nos separamos.

Realmente, no iba a ser fácil encontrar la ocasión de acostarnos juntos.

Bordé para él un saquito que olía a violetas. Por su parte, él me regaló un estuche para los afeites que me entusiasmó. El quería que nos viéramos a solas, pero mi hermana no se separaba de mí ni un instante. Quedamos en vernos al anochecer en un lugar retirado. Y allí estaba él, a la hora. Creyendo que hallaría a su lado los mismos placeres que con Huimin, me apoyé en una columna y dejé que mi pantalón se deslizara para recibirle. Pero él me poseyó de una forma tan brusca, tan brutal que me asusté.

—¡No, no! ¡Con suavidad! —exclamé, mientras él, sin ningún cuidado, me penetraba salvajemente causándome un dolor insoportable—. ¡Detente!

—Señorita, usted lo ha querido. Ahora ya no podemos echarnos atrás —dijo mientras me embestía con un furor cada vez mayor.

Me dolía tanto que se me saltaron las lágrimas, pero el insensible muchacho siguió embistiéndome aún más fuerte. «Te lo suplico...», le pedía yo. Pero él no respondía: ¡me había levantado una pierna y se aferraba a mí con una furia incontenible! Grité pidiendo ayuda. En esas, oyó una voz, y tuvo que desistir. Me subí el pantalón y huí hacia la casa; Jun me pisaba los talones, pero no consiguió atraparme otra vez. Estaba cubierta de cardenales. «Has jugado con los bigotes del tigre. Poco ha faltado para que...», me dije. Y juré que no volvería a dejarme poseer por ningún hombre.

Ese mismo año me casaron con un joven de la familia Luan, uno de cuyos antepasados había sido un gran dignatario de Jin. Mi suegro se llamaba Rao y tenía tres hijos. El primogénito, Keshe, formaba parte del colegio imperial; el segundo, mi marido, se llamaba Keyong y era profesor particular; Ketao, el menor, estudiaba en una academia militar. Mi relación con Huimin y la agresión de Jun me preocupaban: ¿qué sucedería si mi marido se daba cuenta de que él no era el primero?

¡Ay, qué daño me hizo al montarme! Aunque la cabalgada le resultó fácil (*no cabe duda: es un bobo*), gemí, grité y me retorcí de tal manera que no dudó de mi virginidad y me alabó muchísimo.

—Me ha tocado en suerte una joven tan modesta como virtuosa. Sin duda será una mujer perfecta y una excelente esposa. (*¡Fatuo, pedante y ridículo! ¡Y se hace llamar profesor!*).

Escuché aquellas apreciaciones con una actitud confusa, de complacida turbación, y manifesté tanto respeto hacia mi suegra que toda la familia empezó a quererme y a cantar mis alabanzas.

Al cabo de un año mi marido tuvo que trasladarse a otra provincia por motivos de trabajo. Conocí el aburrimiento y la soledad. Y a pesar de que mi cuñada me hacía compañía durante las comidas, me sentía cada vez de peor humor, y más triste e inquieta. Ahora bien, Keshe tenía un criado llamado Yinglang, Savia Generosa, de unos veinte años, de tez clara, y bello como Feng Zidu, de la dinastía Qin. Como Yinglang estaba aún en el período de aprendizaje, llevaba los cabellos recogidos y no se ponía sombrero. Yo, que me había fijado hacía tiempo en él, pensé: «Este podría ayudarme a distraerme». Un día en que me crucé con él, le hice una seña, y aunque estábamos a solas, no osó acercarse. Entonces le mandé a mi sirvienta Feitao, Rojo Melocotón, con este mensaje:

—Tu segunda señora quiere ser amiga tuya. Hace poco te ha hecho una seña y no la has entendido. Te ha llamado y no le has contestado. La señora está muy enfadada, corre a pedirle perdón.

—Aprecio mucho la benevolencia de nuestra señora —respondió Yinglang—, pero los aposentos de las mujeres están muy vigilados por dentro y por fuera; no pienso aventurarme a caer en un precipicio.

—La señora —repuso Feitao— se ha acordado de tu triste condición de huérfano; quiere alimentarte y vestirte, no te obstines en negarte.

—Puesto que la señora así lo quiere —accedió Yinglang—, y puesto que si no respondiera a su llamada, saldría malparado, acudiré, pero toda la responsabilidad será suya.

Y, de ese modo, decidió ir a verme. Yo acababa de despertarme de la siesta. Era un tibio día de primavera, corría una ligera brisa perfumada. Lánguida e indolente, estaba retocándome el peinado delante del espejo cuando apareció Yinglang. Al principio, un poco turbada, le cogí una mano entre las mías y le dije:

—Muchacho, ¿de qué tienes miedo? Te he invitado dos veces y no has venido.

—¡Oh precioso adorno del jardín de los inmortales! —respondió—, ¡preferiría morir como un miserable escarabajo antes que suscitar vuestra ira! Pero sólo con que os dignéis a ordenármelo, yo acudo, vuelo, sin perder un instante.

Le llevé detrás de la cortina, le quité la ropa, me desnudé y le abracé. Tenía el cuerpo blanco como la nieve; le lamí con la punta de la lengua hasta que el deseo me invadió. Abrí las piernas; la invitación estaba bastante clara... Su *yang* se había erguido y sólo tuve que guiarlo hacia su destino. ¡Oh, qué ardiente felicidad! Me entregué a él con todo mi ser; me abandoné. Yinglang me montaba con fogosidad, y yo, aunque aprecié su buena disposición, temía que su naturaleza fuera demasiado delicada, su constitución insuficiente, su vigor poco duradero, de todo lo cual dependía el alivio de mi larga soledad. Pero de súbito, como una ola precoz, Yinglang se derramó dentro de mí... Torpeza sin duda enternecedora, pero que de ninguna manera me satisfizo.

—No es que me esperase maravillas de tu primer servicio... —le dije—. En el gineceo vacío y silencioso, los días se suceden iguales e interminables. ¿Quién sino tú podrá

lograr que sean más alegres?

Así fue como empezó mi relación con Yinglang. Todas las noches venía a mi habitación. Muy pronto nos abandonamos a la lujuria más desenfrenada. Todo mi cuerpo le pertenecía, y él hubiera muerto por mí. Un día en que paseaba sola por el jardín, cogiendo unas flores y prendiéndomelas en los cabellos, coincidí, ¡qué casualidad!, con Yinglang debajo de la pérgola. Quiso hacer el amor conmigo enseguida.

—No —le dije—, podría venir alguien.

—¡Que venga, no me importa! —repuso.

Para complacerle, me desnudé de cintura para abajo y él me poseyó de pie. Excitado por el reencuentro, Yinglang me infligió varios centenares de golpes y se vertió dentro de mí como un océano. Después se quedó inmóvil sobre mí, mudo.

—He creído —dijo al fin— morir de placer.

Yo, al haber estado tanto tiempo de pie y en aquella postura, me sentía flaquear y tenía los riñones destrozados. Estábamos así, apoyados el uno en el otro, cuando de pronto llegó un criado, llamado Datu, a quien yo nunca había tratado con demasiados miramientos. Apareció de modo tan repentino que no nos dio tiempo a escondernos; además, nuestra ropa se encontraba aún esparcida sobre los matorrales de alrededor. Aquel patán de Datu exclamó nada más vernos:

—¿Qué diablos estáis haciendo vosotros dos? ¡Yinglang, tal ofensa merece mil veces la muerte! Si no informo sobre lo que he visto, no podré seguir mirando a la cara a mi señor.

—¡Será mejor que te calles! —le grité, humillada y furiosa.

—No puedo negar mi culpabilidad —dijo Yinglang—, pero concédenos tu indulgencia y te dejaré compartir los favores de nuestra señora.

—En ese caso —dijo Datu lleno de regocijo—, no despegaré los labios, mantendré cerrada mi boca como una botella lacrada.

Y se dispuso a poseerme. La situación era de lo más penosa, pero ¿qué podía hacer, salvo apretar los dientes?

Me coloqué sobre las rodillas de Yinglang, y éste, ya

ducho en los placeres del patio trasero, se humedeció la polla con saliva y me la introdujo por la puerta de atrás, mientras que por delante me penetraba aquel grosero, salvaje y devastador animal de Datu. Su miembro era mucho más grueso que el de Yinglang, pero si con este último ya se había establecido una armonía de sentimientos, el otro aprovechaba las circunstancias para abusar de mí. Si bien me sentía íntimamente unida a Yinglang, el otro, sencillamente, me violaba, por lo que yo no experimentaba placer alguno, sólo la sensación de que me violaban y pisoteaban por dentro.

Datu me tomó las mejillas entre sus manos y me dijo con su estrepitosa risa:

—Si no os hubiese sorprendido *in fraganti*, ¿os hubierais mostrado tan amable?

—¿No te basta con poseerme? —contesté, humillada—. Ahórrame tus comentarios.

Pero a él, evidentemente, no le había bastado, porque trató de besarme a toda costa en la boca. El aliento le apestaba tanto a cebolla y a vino que a punto estuve de asfixiarme. Me protegí con la manga y él me la apartó; me volví hacia Yinglang, pero Datu me obligó a darme de nuevo la vuelta, siempre tratando de besarme los labios; si yo giraba la cabeza hacia la izquierda, él me imitaba, y lo mismo hacía cuando trataba de girarla hacia la derecha. De pronto, cuando llevábamos ya un buen rato con este tejemaneje, oímos toser a alguien. Datu me soltó enseguida. Recogí como pude mi ropa y huy sujetándome el pantalón con las dos manos. Todavía no me había atado el cinturón cuando, al doblar la esquina del pasillo, me tropecé con mi cuñado Keshe, quien, mirándome extrañado de arriba abajo, me preguntó:

—¿Dónde vas con tantas prisas y con tantos nervios, querida cuñada?

Yo, profundamente avergonzada, abrí las manos sin darme cuenta ¡y se me cayó el pantalón!

—Cuñada —me dijo, estallando en una carcajada—, tú me escondes algo.

No respondí y, tras ponerme el pantalón, quise huir, pero

él ya estaba sobre mí quitándome el pantalón.

—Si no me concedes tus favores, se lo contaré todo a mi hermano.

—Si se lo cuentas a tu hermano —le dije—, yo se lo contaré a mi cuñada. (*Respuesta inmediata en el mismo tono; la cosa se pone interesante*).

—¿Y qué le dirás?

—Que has intentado acostarte conmigo.

—En realidad, todavía no ha pasado nada; en todo caso, se lo podrás contar luego. (*Tiene la lengua ágil; no cabe duda de que es un alumno del colegio imperial*).

Me eché a reír, y él me imitó. Le di la espalda, él se colocó detrás de mí, me levantó la ropa y me separó las nalgas para penetrarme mejor. Me incliné para recibirle. Me introdujo su polla entre las piernas y notó los líquidos que Yinglang y Datu acababan de derramar. Keshe retiró sus dedos pringosos.

—¿Quién ha escupido aquí? ¡Me he ensuciado las manos!
—exclamó, limpiándose en mi pantalón.

—¡No me manches la ropa! —me quejé.

—Tu cuerpo ya está sucio, ¿qué más te da?

—¿No te basta con follarme?, —repuse, vejada y ultrajada—. ¿Por qué tienes que insultarme? ¿Cómo puedes ser tan insensible?

Y tirándole al suelo de un firme empujón, intenté huir hacia mi aposento. Por desgracia, él consiguió asir un extremo de mi cinturón y me retuvo. Después se echó a mis pies y empezó a suplicarme: «¡Por favor, perdóname, no era mi intención faltarte al respeto!». Al ver que yo no me dejaba engatusar, trató de utilizar la violencia para doblegarme.

—¿De verdad que no quieres? —gritó arrancándome un trozo del vestido.

—¡No!

—¡Aquí está la prueba! —dijo mientras se alejaba agitando el trozo de tela—. ¡Ten por seguro que esto se sabrá!

Entonces le hice una seña con el dedo para que se acercara. Volvió muy contento. Llegada a ese punto, ¿qué otra cosa podía hacer salvo someterme a su voluntad? A decir

verdad, creía que la polla de mi cuñado tendría más o menos las mismas dimensiones que la de Yinglang. Pero no me imaginaba en absoluto, una vez que Keshe estuvo sobre mí y me penetró, que sobrepasaría incluso a la de Datu. Aquí, yo ya no daba la talla. Le interrumpí: «No entres más». Pero mi cuñado, loco de deseo, se afanó con mayor vehemencia. Me hacía daño, y al mismo tiempo sentía la proximidad del placer. Si luego me iba a satisfacer, ¿qué más me daba que en el ínterin me hiciera daño? Así pues, le dejé hacer, hasta que su semen se derramó a raudales dentro de mí. Su chisme volvió a convertirse en un trapo incapaz de repetir la proeza. Entonces me soltó, y me fui.

*

«Se ha hecho tarde», se interrumpió la anciana, «hoy no me dará tiempo a terminar mi relato. Si volvéis mañana, podremos continuar». «¡Por supuesto!», respondió Qiongke; «volveré con mucho gusto». Y con una inclinación se despidió.

La historia cuenta que al día siguiente la señora Shangguan continuó su relato en el punto donde lo había dejado.

«Ayer», dijo, «no terminé mi relato, aquí está la continuación».

*

Datu me había poseído por la fuerza y Keshe me había doblegado mediante chantaje. Todavía hoy no consigo perdonarles. Mi marido se ausentaba de casa cada vez más a menudo. A veces partía con Keshe, pues éste había sustituido a mi suegro en los negocios. Por su parte, la mujer de Keshe, de soltera Sha, era muy bella. Yo había observado que no mantenía ninguna relación ilícita; de manera que, durante los viajes de su marido, tanto por la mañana entre las flores del jardín como por la noche, a la luz de la luna, daba unos profundos y melancólicos suspiros, comía poco y dormía aún menos.

En determinado momento, nuestro suegro, cuya esposa estaba gravemente enferma, empezó a concebir, pensamientos malsanos hacia su nuera Sha. Una mañana, esperó el momento en que ella solía lavarse; se acercó sin hacer ruido mientras ella se estaba aclarando con agua la cara, y le asió con fuerza una mano. La señora Sha volvió la cabeza, sorprendida, y reconoció a su suegro. Hubiera deseado ponerse a gritar, pero permaneció muda de vergüenza. Sin perder un segundo, el suegro le deslizó una mano sobre el pecho.

—¿Qué le pasa? —gritó ella, tirándole agua en la cara.

El le respondió citando dos versos de la famosa escena en la que Wu Zetian seduce al futuro emperador Gaozong:

—«Antes de la augusta unión del viento
y de las nubes,
»en este tazón de oro se me concede la lluvia
y el rocío.

(Comentario del señor Furong: tirar agua a la cara es ya una clara invitación; ¿para qué tantos cumplidos? Y del maestro Qingzhi: «Todo el encanto reside en eso: en contar unos amores secretos»).

Como al suegro no le faltaba fuerza, arrastró a Sha hasta la cama. Aunque ella se debatía, era el momento propicio, pues no había nadie por los alrededores. «Abuelo, ¿qué quiere hacerme?», repetía ella, presa del pánico. Y él, postrándose a sus pies, exclamó:

—¡Ten piedad de mí! (¡Qué pasión!).

Y deslizando su mano bajo el vestido, le buscó la raja. (¡Qué impaciencia!). «Se lo contaré todo a su mujer», decía Sha. Y él respondía: «¡Yo te casé y yo te follaré! ¿Qué tiene de malo?». En esto, aferró las piernas de Sha y se las apoyó en sus costados, hundió en su barba el rostro de la desgraciada, sofocada y reducida al silencio, y se dispuso a saborear una segura victoria.

Las cortinas de la cama estaban echadas. Ahora bien, como yo quería hablar con Sha, y la sirvienta me había dicho que estaba en su habitación, entré. Enseguida me di cuenta

de que la cama chirriaba y las cortinas se movían. Me entró la risa y pregunté:

—¿Estará soñando la señora que su marido está de vuelta?

Descorrí las cortinas y vi el espectáculo: mi suegro, completamente desnudo, estaba encima de Sha, también desnuda. (*¡Qué encantadora escena!*). Me eché a reír y quise retirarme (*¡si se ríe, es que ella también tiene ganas!*), pero mi suegro me agarró del vestido, mientras Sha gritaba:

—¡Que participe también mi cuñadita! ¡Hay que cerrarle el pico de algún modo!

—Pero ¿te has vuelto loca? —le repliqué (*Discutir en un momento así equivale a aceptar la situación*)—. ¡Eres una perversa y quieres corromperme a mí también! ¿No es suficiente con una?

Mi suegro saltó de la cama y me agarró, con el atributo masculino bien a la vista. Me cubrí el rostro y dije riendo:

—Acabaré pensando que son ciertas todas esas historias que se cuentan sobre el incesto.

Sin embargo, a pesar de todos mis esfuerzos, no lograba librarme de ninguno de los dos: por una parte, mi cuñada me tiraba hacia ella, ¡y por otra, mi suegro me empujaba por detrás! Así que, sin saber cómo, me encontré tumbada en la cama.

—¡El abuelo me deshonra —grité—, mi cuñada me traiciona! ¡Así es como se comportan los seres humanos! — Pero, al tener la barba de mi suegro pegada a mis labios, no podía proferir sonido alguno.

—Como parientes próximos que somos (*buen razonamiento*), ofrecer tu cuerpo al abuelo —me decía Sha— no es otra cosa que amor filial. (*Bendita muchacha*).

Me eché a reír de nuevo.

—¿Cuándo se ha visto que el padre hurgue en el mismo agujero en el que hurga el hijo? En caso de embarazo, ¿deberá hablarse de hijo o de nieto?

—¡Bellezas, vosotras sois mis dos esposas! —se regocijaba mi suegro—. Mi mujer ya no cuenta, porque está demasiada enferma, y mis dos hijos no son más que unos tunantes. (*Así se expresa el incestuoso*).

Me di cuenta de que mi cuñada había perdido todo su recato, y yo misma, en un momento de abandono, dejé que la lengua de mi suegro se introdujera en mi boca. Era tan larga y espesa que casi me ahogo, y ni siquiera fui capaz de mordérsela. Por otra parte, su miembro podía tratar al de Datu de hermano mayor, al de Yinglang de hermano menor, y al de mi marido, como a un hermano de su misma edad.

El abuelo me penetró a mí primero, y después le tocó el turno a la señora Sha. No nos quitaba ojo a ninguna de las dos y no se entretenía demasiado con ninguna, temiendo que la otra aprovechara para escapar. Así, mientras me poseía, debía retener a Sha (*ardua tarea*), y no me soltaba cuando se dedicaba a ella. Pronto el deseo me inundó, no veía la hora de que mi suegro me hiciera gozar; no soportaba la idea de que se separara de mí y derramara su semen en otra parte. En cuanto sentí que aceleraba el ritmo de sus embestidas, le abracé con todas mis fuerzas; él hubiera deseado verse en el cáliz de Sha, pero no pudo escapar a mi abrazo. De hecho, segundos más tarde, y en forma de largos chorros entrecortados, mi suegro me gratificó a mí, y de forma abundante, con su delicioso semen.

Nuestro suegro era un hombre de avanzada edad; habiendo ya descargado, no pudo repetir la hazaña con Sha. Antes, mientras la había cabalgado, ella había levantado las piernas y se había colgado de su cuello; yo, en cambio, había levantado los riñones y le había ofrecido la lengua. (*Embriagadas, locas de felicidad, parecen insaciables*). Así pues, Sha y yo nos habíamos visto la una a la otra en las posturas más impúdicas sin por ello sentirnos ridículas. Sólo nos preocupaba que nuestro suegro no consiguiera satisfacer a ambas. Su *yang*, que en un principio nos había parecido robusto, al final resultó ser más débil de lo esperado. Carecía de esa potencia que derriba montañas y agita océanos. (*Es inútil, a las mujeres lujuriosas nada les parece bastante*). Entonces le hice a Sha este razonamiento:

—Mi querido esposo también se halla lejos; estoy siempre sola y melancólica; no tengo a nadie a quien querer. (¿Y Yinglang?). Ofendería a mi dignidad si mirara a algún criado

falto de escrúpulos. Y si buscase un amante fuera de casa, se sabría enseguida. Por otra parte, nuestra suegra está tan enferma que nuestro suegro ya no puede recibir nada de ella. En cambio, nosotras somos jóvenes y bastante bellas; si nos entregamos por turno a nuestro suegro, nadie lo sabrá. (*Dos cuñadas desperdician su belleza, y nadie podrá borrar tal baja*). ¿No te parece un plan perfecto?

—Lo único que temo es que te pongas celosa.

—¿Celosa? ¡Pero qué dices!

—Te he visto —continuó Sha—, mientras el aguijón del abuelo te traspasaba tan deliciosamente. Había de sobra para satisfacer a otra hambrienta (*no cabe duda*), ¡pero no se te ha pasado por la cabeza compartirlo conmigo! ¡No le hubieras soltado por nada del mundo! Con el pacto que me propones, ¡tú beberás siempre y yo me moriré de sed!

—Tienes razón —admití enrojando—. Con la excitación del momento, me hubiera costado renunciar. (*Gran sinceridad*). Pero si al abuelo se le hubiera levantado otra vez, te aseguro que te lo habría cedido.

Al final acordamos que nos entregaríamos a él por turno, una los días pares, y otra los impares.

Una mañana, mientras estaba yo en el baño y los criados se hallaban aún en sus cuartos, mi suegro, descalzo y despeinado, vino a llamar a mi puerta. El pestillo no estaba echado; entonces empuja el batiente, entra y me ve desnuda en el agua: «La flor de loto navega sobre la ola...», comenzó a recitar con un magnífico humor. En un abrir y cerrar de ojos me sequé, me tumbé sobre el lecho y esperé a que se subiera encima de mí. Una vez satisfecha, le pregunté:

—Abuelo, usted que me quiere tanto, ¿no nota ninguna diferencia entre Sha y yo?

—Sha —dijo— tiene treinta años. Su gruta oscura es ancha como el río Amarillo, como el afluente Han. (*Conversación llena de cálculos aproximados*). ¡No tiene ni punto de comparación contigo! Cuando mi lanza se presenta en su entrada, es una riada, un torrente cenagoso en el que, lejos de la ribera, pierdo pie. Tú, en cambio, eres siempre nítida, clara y fresca.

No obstante, yo no ignoraba que mi pasaje había perdido su estrechez y que cedía tan pronto como la dura espada se hundía en él. Pero mi suegro había hablado muy claro y no cabía duda: yo era su preferida.

Así pasaron varios años. Cuando mi marido volvía a casa, el abuelo dedicaba todas sus atenciones a Sha; y cuando mi cuñado Keshe regresaba, era a mí a quien rendía homenaje. Suspendido o reanudado según las circunstancias, nuestro acuerdo resistió la prueba del tiempo. Sin embargo, nuestro suegro se mostraba menos solícito a medida que envejecía, lo que me disgustaba tanto que busqué de nuevo las atenciones de Yinglang. Entretanto, al ver que la salud de mi suegra empeoraba, decidí consultar el oráculo. Yinglang me aconsejó:

—En el barrio este, en el templo de la Vacuidad, las palabras del dios son muy verídicas, ¿por qué no os dirigís a él?

Al día siguiente, vestida como convenía, me dirigí al templo en un palanquín llevado por dos viejos criados; Yinglang, por supuesto, iba detrás. Después de cumplir mis deberes religiosos, rogué a un monje del templo que preguntara a la divinidad. ¿Cómo podía prever que ese monje, llamado Ruhai, era un antiguo conocido de Yinglang y que, nada más verme, se despertaría su lujuria adormecida? Quería hacerme suya, y buscó la complicidad de Yinglang. Este le dijo:

—No será difícil; bastará con que la retengas ofreciéndole una comida frugal y tendrás ganada la partida.

Seguro del éxito, Ruhai se acercó a mí.

—Los presagios son muy favorables —me dijo—, la enfermedad no es preocupante, el estado de la paciente mejorará en diez días. —Y cuando, ya tranquilizada, estaba a punto de retirarme, añadió—: ¿Aceptaría nuestra bienhechora una humilde colación a base de verduras? (*Por supuesto, tras las verduras, ella podría comer carne*).

Decliné la invitación alegando, con mucho apuro, que mi

ofrenda había sido muy escasa y que, en todo caso, era yo la que estaba en deuda. (*Podrías pagar el incienso del templo con eso que tienes entre las piernas, donádoselo tal vez al aquí presente*). Yinglang salió entonces en ayuda del monje.

—El camino es largo, los porteadores tienen hambre; ya que el venerable sacerdote os lo ruega, deberíais aceptar su colación. Podréis satisfacer en otra ocasión la deuda. (*¿Por qué en otra ocasión, cuando ella puede pagar al contado y en especies?*).

Así pues, acepté y les seguí hasta la habitación de oraciones del monje.

—Señora —me dijo Yinglang—, dado que tomaréis aquí vuestro almuerzo, vuestro criado y vuestros viejos sirvientes comerán en la cocina del templo. (*¡Traicionar al amo es el peor de los delitos!*).

Y antes de que yo pudiera responder, ya había salido y Ruhai había cerrado la puerta. Por supuesto, no me había pasado desapercibido que Ruhai era un muchacho joven y bello; le encontraba muy de mi agrado, pero temía ser descubierta por Yinglang; sin embargo, ¿cómo podía imaginar que eso era precisamente lo que Yinglang quería? Entretanto, Ruhai, fuera de sí, me había cogido por el cuello y me suplicaba que le amara. (*¡Así es como se hace pagar el almuerzo!*). Aunque yo ya había decidido ceder a sus ruegos, no dejé de provocarle:

—Me habéis invitado a una comida frugal —dije con una sonrisa—, y me imagino que deseáis compartir mi abstinencia.

Por toda respuesta, Ruhai comenzó a desabrocharme la ropa.

—Con la parte de abajo es suficiente —le dije. (*¡Qué generosa!*).

Me desató, pues, el cinturón y nos sentamos en el lecho destinado a la meditación. ¡Quién lo hubiera dicho! Habitado desde siempre a distraerse tan sólo con muchachos, no tenía la menor idea de cómo estaban hechas las mujeres, y llamó enseguida a mi puerta posterior. Yo, en cambio, sabía muy bien en qué consistía el amor entre

muchachos; Yinglang lo había probado conmigo. Así pues, decidí no decir nada y dejarle hacer. El monje se ayudó con su saliva y lanzó su dardo impaciente. Sentí que me desgarraba. ¡Sólo me había metido la punta, y ya notaba un terrible dolor! Para hacerme callar, Ruhai me dijo:

—No hagáis ruido, el superior está en la sala de al lado. Si oyera algo, podría venir y descubrirnos.

Quiso continuar, pero yo no podía más; casi me ahogaba. Me volví con brusquedad y su polla salió de mí. Me protegí rápidamente con ambas manos, pero él me las apartó. Entonces traté de protegerme con la ropa.

—¡Cómo! —exclamó, alarmado—, ¿acaso todavía conserváis vuestra flor, para sufrir de forma tan cruel?

A pesar del dolor, no pude evitar reírme:

—No, ya no la tengo, pero vos, si bien parecéis tener alguna experiencia del mundo, no conocéis en absoluto el *dao* de las mujeres.

—¡Cómo!, —se sorprendió—. ¿El *dao* de las mujeres no es igual que el de los hombres?

—Levantaos —le dije—, os instruiré.

Pero, temiendo alguna estratagema por mi parte para escapar de él, no quería separarse de mí. Entonces le tomé una mano y se la guié hacia el punto justo. Ruhai me tocó y comenzó a creer; y, acercándose para verlo mejor, se quedó asombrado ante lo que descubrió. Maravillado, se inclinó y me rozó con los labios.

—¿Qué es? —exclamó (¡*Una extraña maravilla! Bastante agradable para quien entra en ella*)—. ¡Nunca he visto nada parecido!

—Es la puertecita de Buda —le expliqué—; y tu pequeño monje tiene que cruzarla; y, una vez dentro, viene y va...

Entonces Ruhai me levantó las piernas y se las apoyó en los hombros; y su pequeño monje entró en el templo. Y así es como fue iniciado en el *dao* de las mujeres. Ruhai estaba tan excitado que, tras algunas embestidas precipitadas, se vertió enseguida.

—¡Cómo! —dijo asombrado—. ¡Mi pasión no ha sido saciada, y ya ha finalizado todo! ¿Cómo es posible?

—Muy sencillo —le respondí—. A vuestro pequeño monje le ha bastado con ver la puerta de la taberna para embriagarse. (*¡Qué frase tan ingeniosa!*).

Ruhai no se resignó; hizo un esfuerzo por enderezar su miembro e intentó llamar de nuevo a la puerta *yíng*, pero fue en vano. Al final, le aparté de mí, saqué un pañuelo para limpiarme y luego le limpié a él. Ya estábamos a punto de salir de la habitación cuando el superior surgió de pronto de detrás de las colgaduras de la cama (*justo a punto*), suplicándome que me uniera también a él. (*Ella va a tomar una segunda comida frugal*). ¿Cómo podía decirle que no? Pero tenía tanta prisa por irme que ni siquiera le pregunté cómo se llamaba. Obligada, así pues, sufrí sus asaltos tratando de que aquello acabara lo antes posible. Después fui a buscar a Yinglang, que parecía haberse esfumado. Al final lo encontré detrás de la gran sala del templo divirtiéndose con tres monjes jóvenes. (*En lugar de comer en la cocina monacal, juega detrás del templo*). Sin embargo, no le hice ningún reproche.

Con el paso del tiempo, Ketao, el hermano pequeño de mi marido, se había convertido en un atractivo joven, amable y apasionado; pero seguía soltero. Se había dado cuenta de mis relaciones con Yinglang y merodeaba a mi alrededor intentando tirarme de la lengua. Aunque yo le contaba vaguedades, él era muy astuto. Un día me dijo:

—Mi padre se mata trabajando de la mañana a la noche en su establecimiento, se informa de los precios del mercado y calcula los intereses y el capital. Mis hermanos, por su parte, también están muy ocupados. Mi madre está enferma y debe guardar cama. En casa, casi no tenemos sirvientas hermosas. Me pregunto dónde encontrará mi padre el placer.

Creyendo que había descubierto mis secretos, dejé escapar un comentario incauto:

—Sha es tan culpable como yo. ¿Por qué la tomas sólo conmigo?

En ese momento, Ketao, que no sabía nada, lo entendió todo y exclamó:

—¡Cómo! ¿Mi padre se divierte con las dos, y vuestro

cuñado no puede permitirse el más mínimo incesto?

—En aquella época, tu hermano no estaba aquí —repliqué, roja de vergüenza—; pero ahora ha vuelto, así que no te hagas ilusiones.

—Sin embargo, hoy no está aquí —dijo Ketao—. Venga, entrégate; de lo contrario no sólo le contaré a mi hermano lo que haces con nuestro padre, sino que, además, querida cuñada, le diré que jugueteas con Yinglang.

—Hace mucho tiempo que te observo —contesté—, pero dudaba que fueras capaz de satisfacerme. No creo que me interese tener relaciones contigo. Por eso te he evitado hasta ahora; pero si debemos entablar una guerra, luchemos como es debido. Soy toda tuya. —Y diciendo esto, me estiré en la cama.

Yo suponía que la polla de Ketao no sería comparable con la de Datu, aunque al menos no se mostraría inferior a la de mi suegro; ¡pero cómo hubiera podido imaginar que sería aún más pequeña que la de Yinglang! Me entró la risa. Ketao, convencido de estar realizando no sé qué proezas y muy lejos de sospechar el ridículo que estaba haciendo, se entregaba, tendido sobre mi vientre, a apasionados vaivenes. ¡Su pilila era como un grano de mijo perdido en un vasto granero, como una pequeña esclusa extraviada en la inmensidad de un pantano! No estaba aún segura de que hubiera entrado en mí, cuando ya me estaba anunciando que había acabado. Me eché a reír de nuevo. Ketao envainó la lanza, ahora blanda e inutilizable. Sus débiles fuerzas, traicionando el ardor de sus deseos, habían conseguido suscitar mi risa, pero no satisfacerme. A pesar de eso, se sentía muy orgulloso, y ni siquiera se dio cuenta de que mi placer era fingido.

Pasado algún tiempo, traje al mundo un niño. No sabía si era de Yinglang, de Datu, de uno de mis cuñados, de mi suegro, o de mi marido, o incluso de un discípulo de Buda... (*Divertido*). El niño no se parecía a ninguno de ellos en particular. (*Demasiados padres para una sola madre*). De alguno de ellos tenía que ser, pero nunca supe de cuál.

Mi hermana Xianjuan se había casado con un miembro de la familia Fei. Su esposo era un seguidor de Confucio. El y mi marido se entendían a la perfección, pues tenían las mismas ideas. (*Dos hermanas y sus maridos; pronto formarán una sola familia*). Yo veía a menudo a mi cuñado, y no podía dejar de apreciar lo alto y fuerte que era. ¡Por fin un hombre de verdad! Aparte de eso, su nariz, gruesa como un botijo, me daba que pensar: en ella reconocía el indicio indudable de una buena polla y me moría de ganas de cerciorarme. A través de Yinglang, comuniqué a Fei mis intenciones. Como era un hipócrita, la noticia le llenó de alegría. Una noche, mi marido invitó a cenar a Fei. Resultó que mi marido se embriagó en un santiamén. Rogué a mi cuñado para que se quedara a dormir en la biblioteca y, no bien mi marido empezó a roncar como un trueno, salí a la chita callando de nuestra habitación y me reuní con él.

Se quedó mudo de asombro y de placer. Me abrazó, me hizo sentar en sus rodillas con el rostro vuelto hacia él y, en menos que canta un gallo, ya estaba dentro de mí. En cuanto a las dimensiones... ¡estaba dentro de la media! Está claro que el dicho «Nariz grande, polla grande» sólo es una tontería. En cualquier caso, Fei la tenía dura, ardiente y, por descontado, muy limpia. Sentado muy derecho e inmóvil, me sujetaba con ambas manos y se limitaba a hacerme subir y bajar sobre sus rodillas. Por mi parte, movía agitadamente las piernas cuando era necesario, aumentando el placer.

—¡Ah!, querido cuñado —le dije—, tu forma de hacer el amor me embelesa.

Sonrió y, por toda respuesta, me hizo sentar dándole la espalda y me poseyó por detrás. Yo seguía subiendo y bajando, entregándome y meneándome lo mejor que podía para obtener el máximo placer. «¡Ah!, esta vez sí que voy a gozar», me dije. Pero, para mi gran pesar, Fei no pudo contenerse más y se corrió. Yo, como todavía no estaba satisfecha, no me levanté. Fei reinició el baile. Casi enseguida me sentí como en un mar tempestuoso, como si nubes de mosquitos me picaran por todo el cuerpo y me zumbaran en el oído. ¡Qué inexpresable gozo! Y mientras tanto pensaba:

«En mi corazón también hay sitio para este amante». En ese preciso momento, Yinglang, consumido por el deseo, se acercó a nosotros:

—¡Rápido, el señor está a punto de despertarse!

—Que me lo haga otra vez —dije—, y luego le dejaré irse.

Fei quiso entonces que me apoyara en una silla y doblara la espalda. Me penetró de pie. Ya no jugaba a subir y bajar. ¡Esta vez se había puesto la armadura y apuntaba bien con su lanza! Con la cabeza agachada, yo miraba por debajo. Mis arrebatos, mis goces, satisfacían mis expectativas. Y Fei, de nuevo, inundó mi valle umbrío, como un cañón que dispara metralla desde lo alto de las murallas, ¡y os aseguro que alcanzaba muy lejos!

Después de esas dos descargas, y aunque sus deseos no se hubieran apagado en absoluto, noté en mi interior que el miembro de Fei había perdido poco a poco su fogosidad y ya no estaba erecto. Entonces me levanté y le dije riendo:

—Estás cansado; no sólo has disfrutado con la hermana pequeña, sino que también lo acabas de hacer con la mayor. Tu pasión es insaciable. Me has poseído sobre tus rodillas, me has poseído junto a una silla y has satisfecho todos mis deseos. Así pues, me despido de ti con gran respeto.

Fei no se atrevió a retenerme más tiempo. Detrás de la puerta, Yinglang me dijo:

—Concededme a mí también lo que tenéis debajo de la cintura. Os he estado mirando todo el tiempo y el deseo me ahoga.

—Por supuesto —dije—, tu mediación en este asunto merece una recompensa.

¡Quién hubiera imaginado que Yinglang, nada más montarme, se derramaría! Estaba avergonzado, pero yo le consolé:

—No te preocupes, mis encuentros con Fei serán sólo ocasionales. No se convertirá en mi amante fijo. Es cierto que no puedes compararte con él, pero siempre eres mejor que nada. ¡Y no te avergüences de ello!

A principios de otoño celebramos el cumpleaños de mi suegro. Para festejarlo, una semana antes Sha y yo hicimos el

amor con él, a su salud. Llegado el día, sus hijos dieron un gran banquete para honrar la longevidad del jefe de la familia. Incluso se organizó un espectáculo en el patio. Los actores —que personificaban a héroes distinguidos, altos dignatarios, adivinos, payasos y atractivas bellezas— representaban la ópera de los Yuan. Seguí las escenas oculta tras una empalizada de cañas. En el papel de señorita, destacaba un actor llamado Xiangchan, Fragancia de Luna. Era bello, refinado y muy seductor, y por tanto el preferido de las familias nobles. Yo no podía apartar los ojos de él. La elegancia de su atuendo, los pliegues de sus mangas, sus cejas y sus ojos, como trazados con un pincel, me fascinaban: parecía una graciosa muchacha. (*Así disfrazado, pasaría por tu hermana*). Y cuando cantaba, su voz, elevándose límpida hacia las nubes, rivalizaba con los instrumentos de cuerda y de madera. Me había conquistado.

Como quien no quiere la cosa, ordené a mi sirvienta que le llevara una taza de té. Esta, inclinándose ante él, le dijo:

—Bebed, os lo ruego; nuestra segunda señora os envía este néctar.

En el fondo del tazón, yo había dejado caer un par de anillos de oro, un collar de perlas y un colgante de ámbar amarillo. Xiangchan entendió el mensaje, se bebió el té y recogió todo lo que yo había puesto en la taza, pero para no llamar demasiado la atención, no respondió enseguida a mi invitación.

En cierto momento del banquete, mi marido, no sé por qué, abandonó la mesa y salió fuera con uno de sus amigos. Acabada la ópera, y viendo que mi marido todavía no había vuelto (*el cielo os une*), envié de nuevo a mi sirvienta a decirle al cantante:

—Mi segunda señora os ruega que vayáis a enseñarle caligrafía.

—Perdonadme —respondió Xiangchan—, pero ¿cómo podría enseñarle caligrafía, si no sé?

—Son órdenes de la señora, obedeced —respondió la sirvienta.

—Si es ésa su voluntad, acepto. Pero ¿no me perderé en

los pasillos? ¿Podré dar un paso entre toda esta gente sin que me entretengan? Y si me alejo, ¿qué pensarán los demás?

—Es verdad, hay mucha gente y además no sabéis el camino —dijo la sirvienta—, seguidme y yo os guiaré; en cuanto a los otros, si quieren sospechar, que sospechen.

Xiangchan se quitó la ropa de mujer y se vistió de hombre. Era joven y muy atractivo, ¡lo que se dice un buen bocado para cualquier mujer en edad de casarse! (*No tiene nada que envidiar a los bellos Song Yu ni a Pan An*). Mi astuta sirvienta volvió por fin en compañía de Xiangchan. Como era yo quien le había invitado, no creí oportuno manifestar ningún tipo de turbación o sorpresa, y le esperaba sentada bajo la lámpara, maquillada y arreglada. La sirvienta salió cerrando la puerta tras ella. Abracé a Xiangchan.

—Criatura de jade, ¿quién eres, el inmortal Wangzi Jin o Pan An?

—Sólo soy un viandante —me respondió—; si he entrado en vuestra estancia, es porque el cielo ha querido unirnos. ¿Qué más puedo decir? Mañana, pensando en esta noche, creeré que todo ha sido un sueño. (*¡Pues claro! La vida es sólo un sueño*).

—Si no me rechazáis —le dije—, ¡seremos el uno para el otro mucho más que una vaga imagen!

Me eché hacia atrás y levanté las piernas; Xiangchan no podía fallar un blanco tan fácil. (*Ella sabe muy bien cómo hacerlo*). No estaba especialmente dotado, aunque su miembro superara con creces al de Ketao. Cuando la tuve dentro, se movió como el badajo de una campana, por lo cual no me satisfizo en absoluto. Sin embargo, no me cansaba de mirarle a la luz de la lámpara, y su seductor rostro de gema bastaba para hacerme languidecer de amor.

Pasada una hora y acabado el trabajo, le dije lo siguiente:

—Querido niño, eres tan bello que te comería. Soy consciente de la indecencia de estas relaciones ilícitas, pero, si he querido hacer el amor contigo, es porque espero que nunca nos olvidemos el uno del otro. Probablemente no volvamos a vernos nunca. ¡Qué lástima! Jamás me consolaré.

—Me avergüenzo de no haber sabido satisfaceros (*sólo*

una cosa puede saciarla), pues sé que me llamasteis para eso —respondió—. Sin embargo, veo que no me guardáis ningún rencor por mi conducta tan poco gloriosa. ¡Cómo no echarme a vuestros pies, cómo olvidar tal encuentro!

—Sí es así —dije—, nuestro afecto no desaparecerá. No lamentemos nada. —Y le di una horquilla de jade como recuerdo.

Después de esto viví inmersa en la apatía. Pasaron varios años sin que me sucediera nada interesante. Dos o tres viejos amantes se alternaron, cíclicamente.

El hijo que había tenido se llamaba Shenwu, Digno Sucesor. Creció y tuvo que empezar a ir a la escuela. Pero yo no quería que las malas compañías le distrajeran. (*De hecho, es ella quien querría distraerse en compañía del maestro*). Así pues, contratamos a un preceptor oriundo de Chaoge, provincia de Henan. Se llamaba Deyin, Voz de la Virtud, y se apellidaba Gu (*aunque no hubiera contratado a un preceptor, seguramente habría echado mano de otro hombre*); tenía unos treinta años y era bastante robusto. Se tomaba la educación de mi hijo muy en serio. Yo misma preparaba sus comidas. (*¡Eh, querido preceptor!, ¿creías que te había hecho venir sólo para enseñarle a leer a su hijo?*). Me moría de ganas de acostarme con él (*con un marido no le basta*), pero por miedo a que se fuera de la lengua, dudaba en descubrirle mis intenciones. Ese año, mi marido se encontraba lejos. Yo tenía algo más de treinta años. Mi belleza me estaba abandonando y mi falsa lozanía sólo se debía al maquillaje. Sin embargo, el deseo me acuciaba con más ardor que a los veinte años y, por la noche, no conseguía conciliar el sueño. Desde la boda de Ketao, me había instalado en el pabellón del oeste. Gu, en cambio, se alojaba e impartía sus lecciones en el pabellón del este. Sus ventanas estaban situadas frente a las mías. (*Para reunirse no necesitaban el puente de garzas del boyero Niulang y la tejedora Zhinü*). Durante mi aseo matinal, Gu me espiaba ansioso. Era verano, y con frecuencia se me veía el pecho o la ropa interior. (*Yang, esposa imperial, descubre su pecho, «suave,*

tibio y delicado como la semilla del nenúfar, a An Lushan»). Todo eso contribuía a que aumentara la curiosidad del preceptor, que permanecía largo rato en su ventana. (*La desea*). Durante las lecciones, yo me sentaba a bordar junto a mi ventana. Gu no me quitaba ojo. «Bribonzuelo», pensaba yo, «seguro que estás tramando algún plan para conseguirme; ¿qué podría hacer yo para ayudarte?». Tenía a mi servicio a un muchacho llamado Lingcui, Cascabel; era muy ingenuo y hacía todo lo que yo le ordenaba. Le envié a presentar mis respetos al profesor.

—Dile a tu señora que su mensaje me ha llegado al corazón —le respondió Gu—; pero que, como tiene a su servicio a unas auténticas fieras (*quienes trabajan de maestros tienen grandes aspiraciones, pero poca valentía*), es mejor no aventurarse en la guarida del tigre, sino más bien esperar a que el dragón se quede dormido. (*Tópicos de letrado, ¡qué pedante!*)

Cuando Lingcui me hubo transmitido la respuesta, pensé: «Nuestro preceptor está en todo; mejor será empezar por una sirvienta». (*Lejos de sentirse celosa, le envía golosinas*). La mayor de mis sirvientas se llamaba Qinglian, Verde Loto, y era una muchacha muy lasciva; sería un buen cebo. La llamé y le ordené:

—Ve al pabellón del este y dile a mi hijo que venga a comer.

Nada más presentarse ante Gu, éste, intuyendo mi maniobra, se precipitó sobre ella. Al principio la sirvienta se debatió, luego le tomó gusto y se ablandó. (*Ingeniosa*). Después de haberla trabajado bien y de haberla satisfecho con creces, Gu le comunicó su deseo de «familiarizarse» también con su señora. (*Si ésta entiende lo que quiere decir, estará de acuerdo*).

—Mucho me temo —dijo Qinglian— que se muestre indiferente, pero haré todo lo posible por ayudarlos.

Una vez de vuelta, Qinglian me dijo con complicidad:

—Creedme, el señor Gu es un finísimo letrado. (*A buen embajador, pocas palabras bastan*).

—Me apuesto lo que sea —repliqué, riéndome— a que te

has revolcado con él. (¡*Tú lo has dicho!*). ¡Lo compartiré de buena gana contigo! (*Bien compartido, felicidad general*).

—Gu está loco por vos —me dijo entonces Qinglian, muy excitada—, si le concedierais vuestros favores...

—Pero ¿qué te ha parecido su aparato?, —quise saber. (*Las mujeres las prefieren gruesas*).

—¡Ah! —dijo—, tiene porte, apariencia y vigor; no, no es un rabo normal. En pocas palabras, ¡está dotado como un burro!

—Está bien, que venga a verme esta noche.

Apenas la luna se alzó en el horizonte, Gu entró con sigilo en el pabellón del oeste. Después de inclinarse ante mí y de recibir mi saludo, me dijo:

—Perturbar vuestro reposo es una ofensa temeraria, y merece no una, sino mil muertes.

—El astro está radiante —le respondí—, la brisa es ligera; y esta almohada solitaria me resulta odiosa. Pasemos juntos esta noche. ¿Por qué os mostráis tan reservado?

Nos sentamos el uno junto al otro. Mi corazón palpitaba, y ya empezaba a cansarme de mirar la luna cuando Qinglian vino a preguntarnos si no preferíamos acostarnos. Nos desvestimos en un santiamén, apagamos la lámpara y nos metimos en la cama. Entonces Gu me dijo:

—¡Cómo desearía mostrarme digno de vuestros favores y no derrumbarme como un caballo agotado ante tan inesperado privilegio!

De entrada, su estocada me pareció temible. Y su miembro no tenía parangón con ninguno de los que había conocido hasta entonces. Cuanto más me penetraba, más extasiada y feliz me sentía. La hundió por entero, hasta conquistar todo el espacio disponible. Arriba, abajo, por los cuatro costados, todo el espacio estaba tomado. ¡El preceptor era una auténtica joya, un auténtico descubrimiento! (*Estando provisto de tal rareza, no es de extrañar que lo utilice de una forma insólita*). ¡Qué hubiera sido de mi existencia sin la ayuda de Qinglian! Los célebres Buwei y Lao Ai no estaban mejor provistos. El miembro de Gu era grande y vigoroso; me penetraba hasta las entrañas, me enardecía tanto que el sudor

me empapaba la espalda. Por otra parte, Gu era capaz de transmitir maravillosas vibraciones sin apenas moverse, y yo me estremecía como si un tejedor me recorriera de arriba abajo con su lanzadera. Me volvía loca. Era un experto en procurar placer; el orificio de su *yang* podía abrirse y cerrarse, y aferrar así el pistilo de mi cáliz. Tras varios cientos de estas contracciones, sentí que nuestros cuerpos se disolvían. El placer se hizo tan insoportable que a punto estuve de perder el conocimiento.

—¡Nunca hubiera imaginado que me harías morir de esta manera!

—Si mueres por mí, ¿cómo no iba yo a morir por ti?

—¡Ah! —dije—, ¡no puedo expresar con palabras el placer que me produces!

Cuando la contraía, era como si me atrajera hacia él; cuando la estiraba, sentía como si me horadara en lo más profundo.

—Tu caldero —dijo— es como mi miembro: tanto el uno como el otro son extraordinarios. Tu raja no es profunda, sin embargo recibe; no es corta, sin embargo acoge; no es estrecha, sin embargo aprieta; cuando el miembro entra, ya no lo suelta.

—¡Necesito que me ames!

Esa noche no pegamos ojo; al alba me sentía agotada, pero no cabía en mí de gozo. Decidí rechazar a todos mis demás amantes y entregarme sólo a éste.

La familia de Gu era pobre. Siempre iba vestido con miséras ropas de algodón. Cosí para él unos cuantos trajes y los recamé con finos brocados. (*Cuánta generosidad y qué buenos sentimientos sólo porque tiene un buen chisme*). Como hacíamos el amor todas las noches, poco a poco las fuerzas empezaron a fallarle. Compasiva, le preparaba unas pociones destinadas a reforzar la médula espinal, y otras drogas propicias para la lid amorosa (*polvos milagrosos que prometen maravillas en las ferias de pueblo*), y se las hacía tomar por la mañana y por la noche. Antes de desayunar, no dejaba de administrarle alguna que otra tisana a base de gingseng. Y como si eso no bastara, encargué a Ketao que proporcionara a

la familia de Gu todo tipo de lujos y comodidades. Para poder hacer frente a tales gastos llegué a vender algunos pendientes y valiosas horquillas. Tantas atenciones llenaron de vanidad al profesor Gu. Bastaba con que le sirvieran la comida con retraso, no obstante me hubiera esforzado en prepararla, para que Gu lo volcara todo de un manotazo. Estaba enfadado, ¡ya no quería aquella comida! De modo que me veía obligada a prepararle otra y a servírsela de nuevo.

Pero debo decir que, saciado y bien alimentado, Gu hacía cada vez mejor el amor y yo le amaba cada día más. Di rienda suelta a mi lujuria sin remordimientos, concediendo no obstante una parte equitativa de placer a Qinglian, cuyos buenos servicios no podía olvidar. Estaba tan dedicada a Gu que poco a poco empecé a descuidar a Yinglang, quien, resentido, quiso vengarse y conspiró con Datu contra mí. Juraron desenmascarar mis intrigas amorosas, y lo primero que hicieron fue ofender a Gu en público, en voz alta. Mi suegro seguía acercándoseme de vez en cuando, y yo me obligaba a hacerle un buen recibimiento, pero permanecía fría, indiferente, distraída y lejana. Se dio cuenta y, a su vez, se sintió ofendido. Incluso de mi intimidad con Ketao acabó no quedando rastro alguno. En ocasiones se acostaba conmigo, pero mi mente se hallaba en otra parte. Debía forzarme a estar con él, y cuando supo que tenía relaciones con Gu, su descontento se transformó en abierta hostilidad. Por el barrio empezó a circular esta cancioncilla:

La pequeña Shangguan Ana
con Chaoge se solaza.
Cuando se pierde la honestidad,
se entera toda la ciudad.

¡Y eso que nadie sabía que tenía otros amantes!

Poco a poco, Gu y yo perdimos todo recato. Mi suegro y Ketao nos sorprendieron juntos más de una vez, y me preguntaron con acritud si pensaba seguir comportándome así. Las habladurías aumentaban. Datu, que no se atrevía a prevenir a mi marido, se dirigió a mi hijo:

—En lugar de metérsela tú a tu maestro, dejás que él se la

meta a tu madre.

El muchacho, que ya era mayor, al oír estas palabras empezó a detestarme. Fei volvió de un viaje con el deseo de reanudar nuestra antigua relación, pero yo le rechacé diciéndolo:

—Tu sierva está demasiado vieja; ya no puede servirte. Y lo que es más, mi conducta hacia ti no ha sido ni prudente ni considerada, ¡por lo tanto es preferible no perseverar en el error!

Fei, poco convencido, pidió a Ketao que le informase y se enteró de que, contrariamente a todo lo que yo le había dicho, seguía sabiendo cómo divertirme.

—¡La muerte —gritó— sería una pena demasiado leve para ese miserable, pero ella es aún peor! —Y él también me odió.

En esto, Huimin, mi primo hermano, vino a visitarme. Tenía casi cuarenta años, me recordaba como una amiga de la infancia y no alimentaba hacia mí ningún sentimiento ambiguo. Apenas entró en la casa, se cruzó con Gu, quien a su vez, pensando que sería uno de mis amantes, se dijo para sus adentros: «Este viene a robar en mi gallinero», y le increpó con furia:

—¡Animal, lárgate de aquí antes de que suelte al mastín para que te maltrate las pantorrillas!

—¿Cómo? —gritó Huimin indignado—. ¡Me presento aquí con la mayor cortesía y este pavo real se me tira a los ojos! ¡Huevo podrido y maloliente! (*Bonita manera de dirigirse a un preceptor*).

Y, dándose la media vuelta, se fue. Por el camino, Huimin se encontró con Fei y le comentó lo indignado que estaba.

—En estos últimos tiempos —le explicó Fei—, mi cuñada ha sobrepasado el límite. El que te acaba de insultar es Gu, su amante. —Y se lo contó todo, desde el principio hasta el final.

—Hay que avisar a Keyong —dijo Huimin, y decidió ir él mismo a buscarlo.

¡Fue un gran golpe para mi marido!

—Lo sabía —dijo—, pero hasta ahora me negaba a

creerlo.

Le preguntó a nuestro hijo si era cierto, y éste le respondió: «¡Así es!». Preguntó a mi suegro si había oído hablar de eso, y aquél le dijo: «Bastante a menudo». Preguntó a Ketao si él también había notado algo. «Muchas veces», fue su respuesta. «Mi mujer no tiene decoro alguno», se dijo, «es el hazmerreír de la gente; mis amigos lo saben; mi familia se ríe a mis espaldas; y yo soy el único que no está informado. ¡Hace falta ser animal!». (*También se le podría llamar tortuga muerta*). Se me echó encima de pronto.

—¡Zorra, debería cortaros el cuello a ti y a ese parásito de Gu, y luego denunciaros ante los tribunales! Pero no tengo valor.

Mandó que le trajeran a Gu y empezó a molerlo a palos. Gu gemía: «¡Piedad, señor, perdonadme!». Toda la familia participó en la paliza. Empezando por mi suegro, cada uno le suministró su ración de palos. (*El preceptor tiene mucho temple*). El desgraciado rebuznaba como un burro. (*En el fondo, también se le parecía en los órganos íntimos*). Estaba cubierto de heridas y de sangre. Entonces Ketao se interpuso entre Gu y los demás:

—Nuestra cuñada es la más culpable, ¿para qué seguir castigándole?

De ese modo, los criados echaron fuera a Gu. (*Y si no está de acuerdo, peor para él: ¡Adiós, adiós! Se va apaleado: ¡Ay, ay!*) Mi marido era malvado y vengativo. Me agarró de los pelos (*he aquí el vínculo conyugal*), y, mientras yo enmudecía de vergüenza, me pegó con rabia.

—¡Putá, carroña!, ¿a qué esperas para colgarte? (*Pero ¿de qué sirve suicidarse?*)

—Confieso mi lujuria —conseguí por fin articular a través de los hilillos de jade que me brotaban de los ojos—, pero ¿serás tan cruel como para enviarme a la muerte? Inflígeme un castigo y lo acataré. Juro que me enmendaré.

Se rió sarcásticamente.

—El miedo a la muerte te incita a disculparte, ¡sucias mentirosa! ¡Envenénate si lo prefieres, pero muérete!

En ese momento intervino su padre.

—Hijo mío, una esposa infiel es una gran desgracia para ti. (*Y un suegro desvergonzado es una gran desgracia para nuestros antepasados*). Puedes repudiarla, pero obligarla al suicidio sería inhumano. No lo permitiré.

—¡Lo único que desea es que la mande a su casa, pero sería demasiado cómodo para ella!

—Si matáis a mi madre —declaró entonces mi hijo—, yo la seguiré a la tumba.

Prorrumpí en sollozos y dije:

—Los siete hijos del poema *Kai feng, Brisa del sur*, no pudieron proteger a su madre; con mayor razón una mujer deshonrada como yo... (*Se la ve muy lúcida*).

Por último, tomó la palabra mi suegra:

—Mi nuera me ha servido siempre con respeto. Después de este asunto, sólo puedes repudiarla, pero sin violencia.

Mi marido se inclinó ante la autoridad de su madre y me dijo:

—Ya no eres la esposa de Yong; ya no eres la madre de Wu.

Me enviaron inmediatamente con mi familia. Avergonzada y arrepentida, sollozando me despedí para siempre de mi hijo. Y me quedé sola.

De ese modo volví a mi casa. Como mi padre había muerto y no tenía hermanos, no tuve que sufrir reproches demasiados severos. Mi madre me autorizó a vivir con ella. Yo acababa de cumplir treinta y nueve años. Todos sabían que estaba separada de mi marido. Cada vez que salía de casa, me señalaban con el dedo: «Esa es la esposa repudiada por la familia Luan». Destrozada de dolor, me compadecía de mi suerte: mi vida se interrumpía a mitad de camino, y era justo que así fuera. Siendo casi una niña, e inducida por las palabras de mi vecina, mantuve relaciones ilícitas con Huimin, lo cual, ciertamente, no fue un comportamiento digno de una hermana mayor. Luego me acosté con un sirviente, y, ciertamente, no era una conducta propia de una señora. Después de casarme, mantuve relaciones ilícitas con Yinglang y fui forzada por Datu, y, una vez más, mi comportamiento no fue el de una señora. Después me sometí

a mi suegro y a mi cuñado, lo cual no fue digno de una nuera. Mantuve relaciones ilícitas con Ketao, y no fue un comportamiento digno de la esposa de un hermano. Y lo mismo hice con Fei, y eso no fue en absoluto correcto para con mi hermana. Después me entregué a un actor, y a dos monjes, faltando así al respeto a la religión. Además, mantuve relaciones ilícitas con Gu, y eso no fue digno de una señora como es debido.

«Además de mi esposo», me decía, «me he acostado con doce hombres. (*Uno al mes, y el marido para el “mes intercalar”*). Nada podría redimir mis faltas. Mi marido me ha repudiado con razón y mi hijo me desprecia. Si me he quedado sola, ¿quién tiene la culpa sino yo?». (*Si se arrepiente, es porque todavía tiene conciencia*). Mordiéndome las manos hasta hacerme sangre, juré no pensar nunca más en el amor. Y, siguiendo el ejemplo de mi madre, me consagré al culto de las Tres Joyas. Me cubrí la cabeza, ayuné y, con el rostro vuelto hacia el suelo, lloré lágrimas de sangre:

Mar de deseos, monte de lujuria.
He arruinado a demasiada gente.
¡Ay! Pueda yo como ola pura
lavar por fin este corazón indecente.

Naturalmente, la familia de mi marido, así como Huimin y Fei, me retiraron la palabra. Nunca venía nadie a visitarme. Sólo Ruhai, tras enterarse de que había sido repudiada y de que había hecho el voto de venerar a las Tres Joyas, me envió a un joven monje a fin de que sondeara el terreno. Lo recibí sin sospechar de parte de quién venía. Cuando se aseguró de que estaba sola, me dijo:

—Soy el hermano Untel, del templo de la Vacuidad...

Al oírle decir esas palabras, comprendí sus intenciones. Roja de vergüenza, me retiré y ordené a mi joven sirviente que despidiera a aquel monje.

En treinta años nunca he transgredido esta severa regla. Ahora tengo setenta; mis recuerdos tienen un regusto a cenizas. Dicen que mi hijo se ha labrado una gran reputación

en la provincia. Eso no me concierne. Si vuelvo la vista atrás, me parece haber vivido un sueño, una ilusión. A mi edad ya no se temen las vanas habladurías de la gente, por eso os estoy aburriendo con estas viejas historias.

*

Entonces Qiongke dijo: «Aquella joven os transmitió los secretos del amor. Si vos no hubierais aceptado contármelos, nadie los hubiera conocido».

«Al principio», pensó después Qiongke, «las perspectivas no eran en absoluto desagradables. Y, a pesar de todo, ¡cuánta pasión la de esta mujer!». De ese modo, escribió Historia de una mujer viciosa.

*

En las nubes, el pensamiento; en los montes Wu,
el corazón.

En vidas anteriores hunde sus raíces el amor;
llena de remordimientos, Ana lloró.

Las bellezas de ahora no tienen su discreción.

La señora Shangguan conoció a doce hombres, pero sus amores fueron descubiertos por el amo de Gu. Por amar sólo a uno, se buscó la enemistad de todos los demás. Enterado sólo de lo de Gu, Keyong repudió a su esposa. De los demás nunca supo nada. ¡Qué animal!

¡Ve, pequeño libro! ¡Quiera el cielo que sirvas de admonición y al mismo tiempo nuevas a todas las mujeres, en el secreto de sus aposentos, a hacerse saludables reflexiones!

Biografía del príncipe Idóneo

夫婦同床
共枕眠雲

來雨去

好儿番

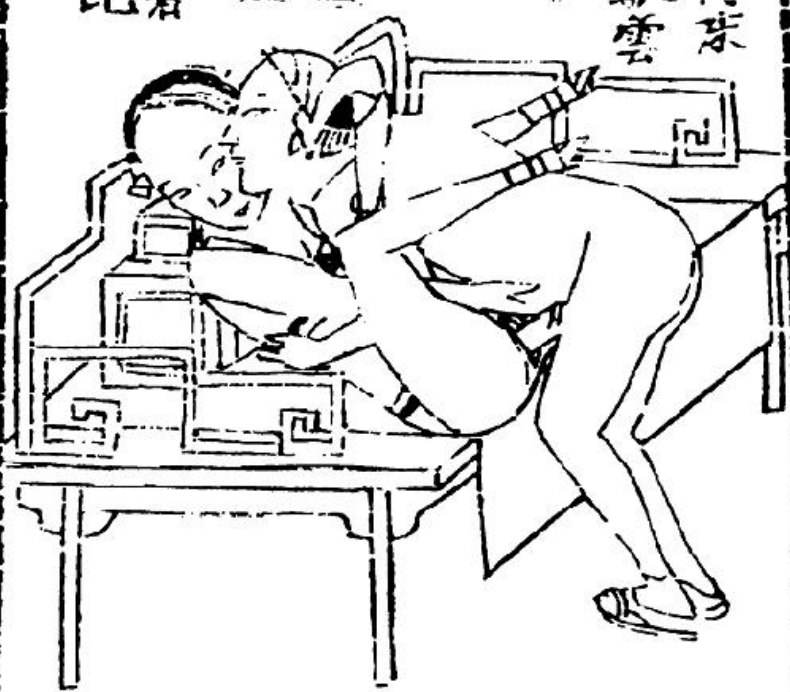
踏風塵

約力太

聖覺者

滋味比

實計



Prólogo

La Biografía del príncipe Idoine no es sino la historia de alcoba de la emperatriz Wu Zetian. Aunque este relato pueda atentar contra el decoro, no por ello deja de ofrecer materia de reflexión.

Antaño, cuatro ancianos de cabellos canos acudieron en ayuda del heredero imperial, contribuyendo así a la consolidación del linaje Han. En realidad, el máximo artífice de todo esto fue el marqués de Liu, personaje del que sólo puede decirse que fue un leal servidor de la patria. Durante todo el tiempo en que el marqués de Liu, asistido por los cuatro ancianos sabios, estuvo al frente del estado, nada nefasto ocurrió.

De la emperatriz Wu Zetian, en cambio, conocemos su crueldad sin límites y su vida cada vez más disoluta. Cuando destituyó al príncipe heredero y se sentó ella en el trono, sin que nadie pudiera hacer nada por evitarlo, el regreso de la descendencia de Zhongzong al poder fue obra de los esfuerzos desplegados por un tal Aocao. Que el éxito de éste se debiera a su lujuria no nos impide reconocer que actuó como un leal servidor de la patria.

El Yi jing dice: «Alimentad a los prisioneros por la ventana y los tendréis tranquilos». Aocao no actuó de otro modo. Vista de esta manera, y por muy licenciosa que pueda parecer, la presente narración no deja de ser un reflejo de la Historia.

Otoño del año jiawu

Huayang Sanren (una persona retirada a [o de] Huayang).

La emperatriz Wu Zetian era hija de Shihou, prefecto de Jingzhou (Hubei). De niña la llamaban Meiniang, Fascinante. Cuando ésta cumplió los catorce años, el soberano Wenhuan oyó hablar de su gran belleza y la admitió entre las concubinas imperiales con el rango de *cairen*, «persona de gran talento».

Más tarde, Wenhuan enfermó, y se permitió que Gaozong, por entonces príncipe heredero, entrara en palacio y le administrara sus pociones. La joven Meiniang estaba siempre a la cabecera del enfermo. El príncipe, nada más verla, se quedó prendado de ella. Aunque deseaba hacerla suya, nunca se le presentaba la ocasión. Hasta que un día, hallándose el príncipe en el excusado, Meiniang se arrodilló ante él y le ofreció agua en un tazón de oro. Bromeando, Gaozong le salpicó el rostro y le recitó estos versos:

Me viene a la memoria el sueño de la montaña Wu;
¿el espíritu de la torre Yang no os evoca nada?

Meiniang respondió como la pastora al pastor:

Antes de la augusta unión del viento y de las nubes,
en este tazón de oro se me concede la lluvia y el rocío.

Gaozong, extasiado de felicidad, la llevó a una celda apartada del palacio y la poseyó, podemos imaginar con qué pasión.

Después de esto, Meiniang, ahogada en silenciosas lágrimas, se asió al ropaje de Gaozong y le dijo:

—Vuestra muy indigna sierva ha permanecido durante mucho tiempo al servicio de vuestro padre, el venerable soberano. Por complacer vuestros honorables sentimientos, ha infringido gravemente las leyes del gineceo. ¡Quién sabe el

lugar que ocupará el día en que accedáis al trono!

Gaozong se quitó su broche de jade blanco con nueve dragones y se lo ofreció, diciéndole:

—Si sucediera lo inconcebible, os coronaré emperatriz.

Meiniang le saludó con una gran reverencia y aceptó el jade.

La asidua presencia del príncipe junto al enfermo favoreció otros encuentros furtivos, pero cuando las esperanzas acerca de la salud del soberano decayeron, Meiniang fue relegada a Ganye, el monasterio de la Retribución, donde, después de cortarse los cabellos, se metió a monja.

Una vez en el trono, Gaozong acudió al templo Ganye para quemar incienso y aconsejó discretamente a Meiniang que se dejara crecer los cabellos. Cuando éstos alcanzaron los siete pies, Meiniang regresó a palacio, donde le fue concedido el título de *zhaoyi*, gran concubina.

Una vez sólidamente establecida en el palacio la *zhaoyi* Wu disputó el favor del emperador a la emperatriz Wang y a la dama Xiao (que era *shufei*, es decir, esposa de segundo rango). En ese momento de su vida, Wu tenía treinta y dos años. Un día, le dijo sollozando a Gaozong:

—Desde que vuestra majestad está en el trono ha olvidado cierto broche de jade...

Al oír estas palabras, Gaozong se conmovió y, a partir de ese momento, la emperatriz Wang y Xiao cayeron en desgracia. El soberano no descartó la idea de sustituirlas. En la audiencia del día siguiente, ordenó al consejero Zhangsun Wuji que se acercara y le dijo:

—La emperatriz Wang no me ha dado un heredero; en cambio, la *zhaoyi* Wu, sí. Tengo intención de destituir a la primera y coronar a la segunda; ¿qué os parece?

Wuji no se atrevió a responderle. Pero uno de sus principales ministros, Zhu Suiliang, le aconsejó en estos términos:

—Os casasteis con la emperatriz conforme al ritual. Además, vuestro padre, en su última hora, asiendo vuestra mano, nos dijo: «Os confío por entero a este buen hijo y a

esta excelente nuera». Sus palabras todavía resuenan en nuestros oídos, ¿cómo podríamos olvidarlas? Además, la conducta de la emperatriz es irreprochable, ¿por qué habríais de repudiarla? Por último, en el caso de que vuestra majestad tuviera que cambiar por fuerza de emperatriz, sería conveniente, en mi humilde opinión, que la eligierais de entre las primeras familias del Imperio. En cuanto a la dama Wu, nadie ignora que estuvo al servicio del difunto emperador y que se hizo monja. No es posible cerrar los ojos y tapar los oídos a todo el Imperio. He contradicho a vuestra majestad, mi crimen merece la muerte. —Y tirando su gorro y golpeándose la frente contra el suelo hasta hacerse sangre, añadió—: Vuestro servidor os restituye la tablilla de marfil, distintiva de mi función, y suplica a vuestra majestad que le permitáis retirarse a su pueblo natal.

Wu, que lo había oído todo oculta detrás de una cortina, gritó furiosa:

—¡Cómo es posible que no sea azotado hasta la muerte ese deslenguado rebelde!

Gaozong, encolerizado, condenó al consejero Zhu Suiliang a la pena capital. En cuanto al ministro Zhangsun Wuji, se contentó con degradarle nombrándole prefecto de Tanzhou (Changsha, Hunan). Basándose en las crónicas de aquella época, un historiador compondría más tarde este poema:

Unos honestos servidores, émulos del fiel Bigan,
se atreven a dar un consejo con peligro de su vida;
restituida la tablilla, el corazón ha quedado bermejo;
la sangre mancha el umbral del palacio.
El impecable Fénix funda una dinastía;
el incesto y las intrigas el Ilustre Espíritu oscurecen.
Honrada, celebrada por los Santos Emperadores,
el recuerdo de su fidelidad permanece.

Castigado Zhu Suiliang, apartado Wuji y amordazada la corte, ya nada se oponía al coronamiento de la *zhaoyi* Wu, quien muy pronto empezó a usurpar la autoridad imperial. Entraba y salía a su antojo y, por lo general, no se separaba de Gaozong, quien la temía tanto como la favorecía. De manera que el Imperio empezó a hablar de los «dos santos».

Más tarde, el emperador fue perdiendo la vista, tanto que ya no pudo examinar los despachos por sí mismo y necesitaba cada vez más la opinión de la emperatriz a la hora de decidir sobre los asuntos que le eran sometidos. Inteligente, activa, instruida en las circunstancias pasadas y presentes, y con ciertos conocimientos históricos y literarios, supo dirigir el estado tal y como el emperador quería. Mediante acusaciones falsas, consiguió que condenaran a la emperatriz Wang y a la dama Xiao a recibir doscientos bastonazos, a que les amputaran los pies y las manos y a que las sumergieran en una cuba de alcohol, donde estuvieron agonizando durante tres días, tras lo cual recogieron sus restos y los enterraron en el fondo del jardín de palacio. Después, la emperatriz ordenó que otorgaran a su padre, Wu Shihou, los títulos póstumos de duque de Zhou y príncipe de Taiyuan.

Al morir Gaozong, su hijo, el príncipe imperial Li Zhe, accedió al trono bajo el nombre de Zhongzong, y su esposa Wei fue coronada emperatriz. Pero en menos de cinco años su madre, Wu, lo destituyó y, tras rebajarlo al rango de príncipe de Luling, puso en su lugar a su siguiente hijo, Li Dan. Después de que Li Dan reinara de forma ficticia durante siete años, fue destituido a su vez por su madre y restablecido como príncipe heredero. A partir de entonces, ella misma, adoptando el nombre de Zetian, «La que actúa de acuerdo con el cielo», se coronó emperatriz. Y Wu Zetian consagró los siete templos (donde se practicaba el culto a los ancestros imperiales) a los altares de la familia Wu. Envío varios ejércitos para acabar con Li Chong, príncipe de Langye, y con Li Zhen, príncipe de Yue. Y más tarde envió otras tropas para que exterminaran a los descendientes del linaje Tang. Entonces tomó el nombre de Wu Zhao, Claridad, y se proclamó Gran Santo, «Que actúa de acuerdo con el cielo». Cambió el nombre de su dinastía por el de Zhou y quiso nombrar príncipe heredero a su sobrino Wu Sansi. Pero el primer ministro Di Renjie supo disuadirla de esto último con gran habilidad:

—Vuestra majestad ha nombrado heredero al príncipe Wu; ahora bien, es de temer que, con el paso de los años,

vuestro sobrino, una vez proclamado emperador, encuentre alguna dificultad en admitir a su tía en el templo de los ancestros imperiales...

La emperatriz comprendió el consejo y Li Dan fue de nuevo destinado al trono bajo el nombre de Wu Yuan, Primer Wu. A partir de entonces, en el ánimo de todos renació la esperanza de que los Zhou fueran derrocados y los Tang regresaran. Buena prueba de ello son estos dos versos:

Sueña que el loro no puede levantar el vuelo.
Y que el joven fénix alcanza el cielo.

La emperatriz sabía que el ánimo del pueblo se hallaba exacerbado por las intrigas del palacio. Así pues, mandó ejecutar a muchísimas personas, bajo la falsa acusación de rebelión. Disoluta en su vida privada y tiránica de puertas afuera, los futuros historiadores la criticarían con dureza en muchos poemas:

Cacarea el ave de corral en este vacío imperial;
la flor de los árboles cae y enrojece las losas.
He aquí que Meiniang habita en el palacio norte,
mientras que en el palacio el emperador se aloja.
En el harén, los dos Zhang introducen la licencia;
sólo el duque Di mantiene limpia la corte.
Su destino aún no se ha cumplido y ya le llega su fin.
¡Quién podría olvidar la predicción del astrólogo
Li Shunfeng!

Desde que la emperatriz había puesto su confianza en los dos primos Zhang y se rodeaba de feroces esbirros, como los llamados Lai Junchen y Suo Yuanli, la arbitrariedad imperaba en el reino, pero ninguno de los cien funcionarios se atrevía a decir una sola palabra. Así y todo, gracias a la presencia de Di Rinjie en la corte, el reino conservaba cierta apariencia de estado. También habría que hablar aquí del llamado Xue, que fue admitido en la corte tan sólo por su desenfreno y su lujuria, y de otros más, pero la lista sería interminable.

Al caer los Sui, un tal Xue Ju movilizó un ejército en

Longxi (sudeste de Kansu) y se proclamó emperador Qin. Sus hijos, Renjing y Renguo, fueron derrotados en Qianshui y ejecutados en

Chang'an

a pesar de haberse rendido. Ahora bien, antes de eso, Suji, la concubina favorita de Renjing, había tenido relaciones ilícitas con un sirviente de la familia y se había quedado embarazada de él. Renjing, preso de la ira, la relegó a un distrito llamado Liushui. De manera que, al ser derrotado el ejército, Suji fue la única superviviente y dio luz a un hijo que recibió el nombre de Yufeng. Cuando éste se hizo mayor, se dedicó al estudio de los tratados de estrategia de Sun Zi y de Wu Qi, pero, dados los avatares que había corrido su familia, no solicitó un empleo oficial. Se casó con una joven llamada Cao y ésta le dio dos hijos: Xue Boying y Xue Aocao. En el tercer año de la era Yifeng (679) del reinado de Gaozong, Yufeng murió y los dos hermanos se trasladaron a vivir a

Chang'an

. En el primer año de la era Yongfeng (680), Boying murió a su vez y Aocao se fue a Luoyang, donde se quedó a vivir.

Aocao estaba a punto de cumplir dieciocho años, medía más de siete pies, poseía un hermoso rostro, la tez blanca, la mirada luminosa, y una firmeza y una vitalidad fuera de lo común. Versado en los clásicos y en la historia, sobresalía en caligrafía, pintura, ajedrez, música y en todas las demás artes. Era capaz de beberse más de un celemin de vino sin emborracharse y le gustaba estar siempre bien acompañado. En cuanto a su aparato sexual, hay que decir que lo tenía especialmente grueso y grande; ¡sí, se salía de lo corriente! Los jóvenes de su barrio lo sabían y, en cuanto se encontraban a Aocao bebiendo, le pedían que se la enseñara y se divertían como locos. Aocao les aseguraba que ese objeto era para él un motivo de gran disgusto, pues le impedía hacer el amor. «A veces el deseo me enciende, pero nunca hallo el receptáculo apropiado. Señores, ¿cómo lo que a mí tanto me apena puede causaros tanta risa?», decía. Pero los otros tanto insistían que, al final, siempre terminaba enseñándola. Era tersa y nudosa, y su cabeza presentaba cuatro o cinco

tuberosidades que, cuando se erguía con furia, salían como un caracol de su concha. Potente y nervuda, de cabo a rabo la recorrían más de veinte vasos sanguíneos que parecían otras tantas lombrices. Era reluciente, muy fogosa, blanca, lechosa y aún sin curtir por el trato con las mujeres. Cuando otros jóvenes la veían, se quedaban asombrados. Aunque le colgaran un celemín de grano en el extremo, lo soportaba sin doblarse. No había vez en que no se murieran de risa. A veces acompañaban a Aocao a las casas de las cortesanas, quienes no tardaban en sentirse atraídas por aquel hermoso joven que, además de magnífico cantor y bebedor, era muy buen camarada. Pero apenas se acercaba a ellas y le veían el chisme, no había una sola que no gritara y escapara corriendo. Ni siquiera las más veteranas y lascivas, por mucho que se aplicaran o esforzaran, conseguían que entrara en ellas.

Así pues, tal fama alcanzó su aparato que el joven perdió las esperanzas de llegar a casarse algún día. Suspiraba a menudo; la vida le parecía tan amarga...

Por su parte, la emperatriz había cumplido ya los sesenta años. La princesa Qianjin le recomendó a Feng Xiaoyao, Pequeño Jade, para que la sirviera en la cama. Xiaoyao era un equívoco personaje que vendía drogas en el mercado de Chang'an

. Su utensilio no era ni demasiado grueso ni demasiado largo, pero las sustancias para el amor le permitían cabalgar toda la noche sin cansarse. La emperatriz se encaprichó de él, y, atribuyéndole una gran inteligencia, quiso que se afeitara la cabeza, se hiciera monje y tomara el nombre de Huaiyi, Virtuoso. De esta forma, cuando quería hacer el amor con él, le ordenaba acudir a palacio con el pretexto de que tenía que dirigir importantes obras. Y así fue elevado al rango de gran intendente y duque. Enriquecido y ennoblecido, Huaiyi se volvió arrogante. Como tenía a varias mantenidas, le costó disputar el favor de la emperatriz al médico imperial Chen Huaiqiu, y, dominado por la furia, no encontró nada mejor que prender fuego al Yenming tang, el salón de la Longevidad, vasta dependencia del Bai Ma si, templo del

Caballo Blanco. La emperatriz se puso de acuerdo con la princesa Taiping para que unos robustos sirvientes golpearan a Huaiyi hasta matarle. Llevaron su cuerpo al templo y alegaron que había muerto de forma súbita. Gracias a sus excelentes éxitos amorosos, Huaiqiu se ganó aún más el favor de la emperatriz. Pero, a la larga, no pudo satisfacer las demandas de ésta. Agotado, enfermó y murió.

La emperatriz tenía por entonces setenta primaveras. A pesar de su avanzada edad, sus dientes, sus cabellos, sus carnes, su belleza y su gracia eran los de una joven; el lujo la había llevado a una extremada lascivia. Las prostitutas más experimentadas y las mujeres más disolutas no podían compararse con ella. Zhang Changzong, un joven célebre por su gran belleza y por su no menos grande instrumento, fue llamado a palacio. En efecto, era atractivo y encantador.

A su vez, Zhang Changzong recomendó a su primo Yizhi: «Es muy blanco; su aparato supera incluso al mío». La emperatriz lo puso a prueba y comprobó que era cierto. Los dos primos se ganaron el favor de la emperatriz, quien les nombró ministros de Obras Públicas, vigilantes mayores del despacho Lin tai, y les concedió el título de duques. Tanto en el palacio como en la corte, todo el mundo les temía. A Changzong le llamaban Liulang, monseñor el Sexto, y a Yizhi, Wulang, monseñor el Quinto. Decían que el rostro de Liulang era hermoso como la flor de loto.

El segundo año Tianshou, en el primer mes de invierno (octubre 691), la emperatriz Wu deseó pasear al día siguiente por el jardín junto con Yizhi y Changzong con el fin de admirar las flores. Así pues, decretó lo siguiente:

Mañana por la mañana,
pasearemos por nuestro jardín.
Que la primavera sea avisada de inmediato,
que en el curso de la noche las flores se abran,
sin esperar la brisa del alba.

Al día siguiente de la proclamación del edicto, todas las

flores se abrieron durante la madrugada. Por ese motivo el décimo mes recibe el nombre de «pequeña primavera»; y es que hasta el mismo cielo se sometía a los deseos de la emperatriz.

En las poesías solía compararse al joven Liulang con la flor del loto:

Después de la audiencia
en el umbral Zhengyang aparece la Rueda preciosa.
¡Rápido, que un edicto advierta a la primavera!
¡Cuántas flores, cuántos colores! Y sin embargo,
ninguna tiene el gracioso rostro de loto de Liulang.

También se decía que era la reencarnación del inmortal Wangzi Jin, a quien se le suele representar vestido con un traje de plumas y encaramado sobre una grulla magníficamente adornada. Un poeta de la época escribió sobre él lo siguiente:

Tan amable como el inmortal Fu Qiubo,
o como el estudioso Ding Lingwei,
y muy parecido al bello Zhong Lang,
sólo las fechas y el nombre los separan.

Changzong y Yizhi oficiaban alternativamente una noche de cada dos. Pero la noche en que no estaban de servicio, se reunían con bellas mujeres y se embriagaban alegremente hasta el alba. Cuando llegaba el momento en que debían unirse a la emperatriz, su corazón estaba en otra parte y flaqueaban en medio del camino, lo que no era del agrado de la soberana.

En la primavera del segundo año Jianzai (694), la emperatriz dio un banquete en el Rong Chun Yuan, el jardín de la Dulzura Primavera. Ante sus ojos se producían escenas encantadoras y llenas de colorido: las flores revoloteaban, caían y se amontonaban sobre los peldaños de la escalera; los amentos volaban y se pegaban a la ropa; las aves disputaban entre ellas gentilmente, las ocas se emparejaban, y, aquí y allá, las abejas y las mariposas retozaban de flor en flor. Emocionada y transportada, la emperatriz pensó en llamar a

los dos primos para que compartieran su dicha; pero, temiendo que el ardor de éstos se hubiera apagado, dejó escapar un profundo suspiro.

El eunuco Niu Jinqing, cuya influencia sobre la emperatriz iba en aumento por entonces, se dirigió a ella en estos términos:

—¿Qué pensamientos perturban a vuestra majestad? ¿No será que echáis de menos a vuestro hijo bien amado, el príncipe de Luling? —Jinqing conocía desde hacía mucho tiempo el alma de la emperatriz y le dijo eso para sondearla mejor.

—¿Por qué dices eso? —respondió la emperatriz con tono altanero—. Con todo el tiempo que llevas a mi servicio, ¿aún no sabes lo que quiero?

Golpeándose la frente contra el suelo y reclamando la muerte, Jinqing contestó:

—Sufriré la pena del desmembramiento, pero debo deciros algo.

—Habla —dijo la emperatriz—, no te castigaré.

—Vuestro humilde servidor sabe muy bien lo que quiere vuestra majestad. Sin duda alguna, los primos Yizhi y Changzong no satisfacen vuestros deseos...

La emperatriz sonrió y exclamó:

—¡Realmente sois muy avisado!

—He observado que, desde que Yizhi y Changzong se han vuelto ricos y poderosos, se burlan de la edad de vuestra majestad. Y sólo acuden de mala gana ante vos después de llamarles varias veces. Cuando os complacen, lo hacen sin el menor sentimiento, sin la menor entrega; les fallan las fuerzas, su ardor flaquea antes de haberse manifestado, por lo cual son absolutamente incapaces de satisfacer a vuestra majestad. Además, he sabido que sus casas están siempre llenas de bailarinas, de cantantes y de mujeres de baja estofa. ¡Así es imposible que puedan poner sus fuerzas y sus corazones al servicio de vuestra majestad!

Al oír esto, la emperatriz gritó furiosa:

—¡Así que esos miserables me traicionan! Ya me había dado cuenta de que su potencia dejaba mucho que desear,

¡pero ignoraba que tuvieran otras relaciones! ¡Que me libren de esa carne de horca!

—No os dejéis llevar por vuestro terrible resentimiento —le aconsejó Jinqing—. Esos dos no merecen manchar el hacha y el banquillo. Vuestro servidor os sugiere algo mejor. Parece ser que en Luoyang vive un hermoso e inteligente joven llamado Aocao Xue. Tiene treinta años y su instrumento es tan vigoroso que los de Yizhi y Changzong no pueden compararse con él. Que vuestra majestad ordene a su servidor ir en busca de ese muchacho. No hay duda de que satisfará maravillosamente a vuestra santidad y de que permanecerá para siempre a vuestro servicio.

—¿Conoces a ese hombre? —le preguntó la emperatriz.

—Personalmente, no; pero, según dicen los jóvenes de la vecindad, su miembro, cuya cabeza es semejante a la de un caracol, no puede ser abarcado con una mano ni medido con un pie. Es como un conejo despellejado veteado de lombrices, y puede soportar el peso de un celemín sin doblarse.

La emperatriz se apoyó en un biombo y suspiró.

—No digas nada más, ¡eso es justo lo que andaba buscando!

Tomó del tesoro imperial dos lingotes de oro, un par de jades blancos y cuatro piezas de brocado, y a todo esto añadió un soberbio carruaje tirado por cuatro caballos. Después escribió una orden dirigida a Aocao que decía así:

«Durante los pocos momentos de respiro que me permiten los asuntos de estado, mi espíritu ha permanecido largo tiempo sombrío y solitario. Así pues, he pensado en buscar una persona de gran sabiduría que alegre mi soledad.

»Enterada de que vos, señor, acariciáis vastos proyectos y manifestáis las más admirables facultades naturales, estoy impaciente por conocerlos con el fin de que me consoléis y aplaquéis la sed que me consume.

»Mi mensajero os informará con más detalle.

»Guardaos, por un exceso de delicadeza, de defraudar mi espera».

Jinqing tomó la orden de sus manos y, cargado de oro y sedas, inició la búsqueda de Aocao. Cuando le encontró, Aocao le dijo:

—Mi humilde y mísera persona no es digna de su santa virtud y no podría correspondería. No oso aceptar tal orden.

—Señor —le preguntó entonces Jinqing—, ¿el paseo entre nubes azuladas no tiene para vos ningún atractivo? ¿Preferís terminar vuestros días en un barrio miserable?

—Para tener acceso a las nubes del cielo —contestó Aocao—, sólo hay un camino. Si progresara en el mundo por medio de mi utensilio de carne, ¡me sentiría muy deshonrado!

Jinqing le murmuró al oído:

—Podréis volar muy alto y muy lejos, elevaros a un destino fuera de lo común; pero aún hay más: sé que no habéis podido uniros jamás a mujer alguna, y sé también que sólo la actual soberana sería capaz de soportaros.

Convencido por estos argumentos, Aocao le siguió, pero por el camino suspiraba: «Los sabios triunfan por sus propios méritos. Lo que me piden hoy, ¿qué estudios requiere?». Jinqing avisó a la emperatriz sin perder un solo instante. Esta mandó salir a su encuentro a sirvientes y cortesanos, instándoles a que apresuraran sus pasos. Cuando por fin llegaron, Jinqing introdujo a Aocao en el gineceo.

Tras las salutations, y después de beber té en su compañía, la emperatriz ordenó a las damas de honor que condujeran a Aocao al baño. La sala estaba recubierta de brillante jade, el agua era tibia y perfumada, y las damas se hallaban despojadas de sus ropas, tanto de las exteriores como de las interiores, con el solo fin de seducirlo. La máquina carnal de Aocao apareció con toda su insolencia. Entonces, las damas de palacio se retiraron riéndose para sus adentros y diciéndose: «¡Esta vez su majestad ha encontrado un hombre de verdad!». Después del baño, vestido con un vaporoso traje de plumas de grulla, ceñido por una seda decorada con siete joyas, tocado con un gorro bordado con nueve flores y un jade verde, y los cabellos recogidos con una gasa negra, Aocao irradiaba la elegancia suprema de un inmortal, de un espíritu divino. La emperatriz aplaudió

encantada y le dijo que parecía un inmortal que se hubiera dignado descender a su morada. Urgió a los dignatarios del palacio para que ordenaran servir la colación, y ella, Aocao y Jinqing se sentaron a la mesa. Alzando una gran copa de jade rojo con forma de loto, llena de vino de uva de Xiliang (Gansu), la emperatriz brindó por Aocao. Varias veces llenaron las copas. Aocao sólo pensaba en beber, pero los sentidos de la emperatriz estaban despiertos, y su rostro un poco enrojecido, y no precisamente a causa del vino. Ordenó, pues, a las sirvientas que llevaran unas mullidas mantas y fina ropa de cama a un confortable pabellón situado al este de Huaqing, palacio de la Gloriosa Claridad, e hizo señas a Jinqing para que se retirara.

Llevando a Aocao de la mano, la emperatriz entró en el pabellón. Se sentaron el uno junto al otro y, al punto, dos jóvenes sirvientas les trajeron unos tazones dorados con agua de rosas. La emperatriz despidió entonces a las sirvientas, empujó con sus propias manos la puerta decorada con un precioso fénix y echó el cerrojo de los nueve dragones. En el exterior, las damas de honor iban y venían para curiosear por la rendija de la puerta. De hecho, así fue como se supo la historia de cabo a rabo. La emperatriz lavó su vulva con agua de rosas y dijo a Aocao:

—Jinqing asegura que sois todavía virgen, y que ignoráis todo lo referente al «camino humano». ¿Cómo es posible?

—¡Ay! —dijo Aocao—, la constitución que me transmitieron mis padres sobrepasa los límites. Después de malgastar varios años de mi vida, he terminado por resignarme al celibato. Por esta misma razón, vuestra orden me ha asustado, y temo las consecuencias. ¿Cómo podría mi grosera naturaleza servir a vuestra venerable persona? Por tanto, os suplico que ordenéis a una de vuestras sirvientas que me examine con el fin de saber si os conviene seguir adelante. ¡Temo que si descubris mi aparato sin estar preparada para ello, os impresionéis terriblemente y que yo, vuestro servidor, me vea expuesto a mil muertes!

—Si vuestra máquina carnal es tan grande como decís, debo asegurarme por mí misma —contestó la emperatriz Wu.

Le obligó a quitarse la ropa, incluida la ropa interior. La miró primero de soslayo y luego permaneció largo rato contemplándola. Aun en reposo, le pareció grande y gruesa.

—Os hacéis desear, ¡hombre insensible! —le comentó con picardía. Al ver que la máquina de Aocao seguía intimidada, la emperatriz extendió su mano y la asió—. ¡Qué buena pieza! —exclamó—. ¡Y pensar que nunca ha sido utilizada!

Entonces se desnudó a su vez y descubrió su vulva. Tenía el montículo untuoso, abombado y sin vello. Aocao, algo confuso, no se atrevía a acercarse. La emperatriz le asió la mano y se la posó encima de ella para que la acariciara. La máquina de Aocao se fue endureciendo gradualmente y de repente se irguió. En las cavidades del glande, la carne se había hinchado; la red de venas sobresalía. Estaba rígida, tensa. La emperatriz la apretaba como si fuera una joya.

—¡Qué vigor! —exclamó—. ¡Un rabo así no se ve todos los días! He conocido a muchos hombres, pero ninguno como tú. Antaño, Wang Yifu poseía un «mango de matamoscas» de jade blanco, liso, brillante, y con un resplandor sin igual. A la tuya, por su extrema belleza, la llamaré Zhuping, «Mango del Matamoscas».

Mientras la manipulaba, la emperatriz experimentaba todo tipo de sensaciones. Se tumbó, apoyando la cabeza en la almohada y los riñones en un cojín con forma de media luna. Aocao le levantó las piernas y situó su miembro en la entrada femenina. La emperatriz lo guió con ambas manos, pero su acceso aún permanecía vedado para él. «Ve despacio», le pidió ella al ver su ardoroso impulso. Con el ceño fruncido y los dientes apretados, ella trataba de soportar el dolor. Poco a poco, la cabeza del miembro logró introducirse. Poco a poco, el conducto se ensanchó y le permitió un ligero avance, facilitado por el rocío del placer. Pero la emperatriz no pudo aguantar más. Con energía, se desató el cinturón del pantalón y lo enrolló en la mitad del miembro.

—Zhuping es demasiado grueso y demasiado grande. Me duele mucho; no puedo más —dijo a Aocao—. Contén tu ardor; descansen un momento, y enseguida proseguiremos.

Poco después, Aocao vio cómo los ojos de la emperatriz se

nublaban. Con las manos calientes, las mejillas rojas, la respiración jadeante, y rebosante de agua del placer, volvió las caderas hacia él, incitándole a continuar con sus idas y venidas. Al cabo de doscientas embestidas, de las que casi no se dio cuenta, la emperatriz, con los párpados cerrados y empapada en un perfumado sudor, se asió a los riñones de Aocao y, tras lanzar profundos suspiros y proferir palabras sin sentido, cayó como descoyuntada en el lecho revuelto.

—¿Os sentís mal, majestad? —le preguntó Aocao.

La emperatriz ni siquiera podía contestar. Aocao hizo ademán de retirarse, pero ella le abrazó gritando: «¡Ah, querido muchacho, no arruines mi placer!». Saliendo con suavidad y entrando hasta lo más profundo, Aocao la embistió aún unas cien veces más. Con la cintura empapada por el agua de la voluptuosidad, la emperatriz le dijo acariciándole la espalda:

—Sois tal y como yo deseaba. Os llamaré Ruyi qun, príncipe Conforme a Mis Deseos, o príncipe de Voluntad, o príncipe de Mi Deseo, o príncipe Idoine. Sí, a partir de mañana, cambiaré el nombre de la era por el de Ruyi en vuestro honor. Lo único que siento es haberos conocido tan tarde.

—El vigor de vuestra majestad no ha disminuido en absoluto; seguís conservando una apariencia muy juvenil —respondió Aocao—, por lo que podréis servirlos al máximo de las mediocres capacidades de vuestro servidor. ¿Por qué suspiráis? Nunca había estado con ninguna mujer hasta ahora. Hoy he comenzado a apreciar al fin las satisfacciones del «camino humano» y he visto colmadas mis esperanzas. Pero mi grosera constitución ofende a vuestra preciosa persona. ¡Qué incommensurable ultraje! Y si, a pesar de todo, no me rechazáis, si me permitís servirlos siempre en vuestra alcoba, ¡la misma muerte será para mí como un nacimiento!

—Príncipe Idoine —dijo la emperatriz—, dado que no me desdeñáis, ¿cómo podría olvidaros ni un solo instante? A partir de hoy dejaréis de llamaros a vos mismo servidor y de llamarme a mí emperatriz, pues vos y yo compartimos los profundos sentimientos de dos esposos. Las relaciones entre

soberana y súbdito se han terminado para siempre.

—Vuestro servidor, que no esperaba más que la muerte, estaba muy lejos de osar pretender que vuestra grandeza se dignara fijarse en mi mísera persona... ¡Ah! ¡Eso significa que sentís algún afecto por mí!

Entre tantas frases jocosas y tantas risas, Zhuping, el «mango del matamoscas», se había adormecido un poco.

—¿Os sentís cansado? —preguntó la emperatriz a Aocao.

—Si desconozco lo que es la saciedad —respondió éste—, ¿cómo podría conocer la fatiga?

—Estáis empezando a descubrir el «camino humano»; aún os quedan por conocer las mayores alegrías. Antes o después disfrutaremos de esas intensas sensaciones, de esa irresistible voluptuosidad, pero por el momento me siento un poco cansada y deseo hacer una pausa.

—No tenemos ninguna prisa —dijo Aocao bajando las piernas de la soberana.

Con un pañuelo de seda, le secó la zona de la raja y luego se limpió el «mango del matamoscas», pero cuanto más lo limpiaba, más se erguía, incitando a Aocao a recomenzar.

—Señor hambriento —dijo la emperatriz—, ¿aún no estáis saciado?

Con gusto se hubiera tomado un respiro, pero al ver a Aocao resoplando de placer, se abandonó, prestándose de nuevo a sus idas y venidas; sus propios deseos se reavivaron y sus estremecimientos se hicieron cada vez más frenéticos. Del orificio de la vagina salía, como vapor caliente, el fluido del amor, y el vaivén producía un ruidito, como un «tsi-tsi» ininterrumpido. Aocao empujaba, y ella, agarrándose a él, le decía melosa: «Príncipe Idoine, sois un malvado, me estáis matando de placer...». Aunque estaban cansados, permanecieron largo rato unidos el uno al otro.

—Descansemos —dijo la emperatriz—, no hay que abusar de las delicias de los sentidos.

—¡Cómo!, ¿rezongáis ante el esfuerzo? —dijo Aocao—. ¿Para qué invitáis, si luego racionáis el alimento?

—¿Y qué cantidad de alimento puede tomar el señor? —preguntó la emperatriz.

—¡Ah! —dijo Aocao—, lo que puede comer vuestro servidor llenaría un profundo barranco, y lo que puede beber secaría la cuenca de un río.

—Veo que vuestros deseos ocasionarían grandes gastos a vuestra anfitriona.

—Vuestro servidor se halla enfebreado de deseo, pero confía en la benevolencia de vuestra majestad.

Diciendo esto, y como quien no quiere la cosa, se desató el cinturón que oprimía a su aparato e introdujo éste más profundamente. La emperatriz sintió mucho dolor y comprendió que Aocao la estaba engañando como un hipócrita.

—¡Ay, Señor! —dijo—, ¡estáis tratando de engañar a vuestros superiores!

A lo que Aocao respondió:

—«Al examinar las faltas, se descubre la virtud». ¿No me acogería vuestra majestad un poco más?

—Saber aguantar es algo excelente —dijo ella—, sin embargo, el dolor y el placer no parecen estar repartidos por igual.

Pero Aocao, sin hacerle caso, introdujo su miembro dos pulgadas más sin que la emperatriz intentara oponerse. Le dejó entrar y salir, retirarse, entrar de nuevo, hasta que el semen estuvo a punto de brotar. En sus idas y venidas, el «mango del matamoscas» había chocado contra el fondo de la vagina. Es sabido que, en lo más profundo, el conducto femenino ofrece una estructura bastante parecida al pistilo ligeramente entreabierto de una flor. Cuando la cabeza erguida del miembro llega hasta allí, produce un estremecimiento de placer indescriptible. Cuando la emperatriz sintió que la punta ardiente del «mango del matamoscas» de Aocao tocaba ese punto crítico, notó que su vagina aceleraba sus pulsaciones; supo que él se vertía y compartió su placer. Célibe hasta entonces y en la flor de la edad, Aocao se derramó como un torrente. La emperatriz sintió borbotear dentro de ella el agua del placer. Permanecieron unidos el uno al otro un buen rato.

—¡Estoy agotada! —dijo la emperatriz.

Y limpiándose la vulva con una punta de su vestido se levantó. Poco después, mandó que abrieran la puerta y, viendo que el sol estaba ya bajo, ordenó que les sirvieran la cena en el mirador.

Al ver la emperatriz que Niu Jinqing había satisfecho plenamente sus deseos, le nombró general de izquierda de los ejércitos y encargado del servicio interior del palacio. Y después de recompensarle con una jarra de oro llena de perlas, dos jarras de plata llenas de oro, mil rollos de seda y treinta mil monedas, le dijo:

—Vuestra sabiduría supera con mucho a la del célebre consejero Wei Wuzhe; y es que ni los más preciados consejeros pueden compararse con vos.

Al día siguiente, cambió el nombre de la era por el de primer año de la era Ruyi, decretó una amnistía y otorgó regalos muy poco habituales. El primer ministro Yang Zhirou presentó entonces a la emperatriz un informe que decía lo siguiente: «Los cien mandarines han recibido la notificación del cambio de nombre de la era; muchos de ellos no comprenden el sentido de Ruyi, no lo consideran ni de buen augurio ni de buen gobierno. Os ruego que cambiéis ese nombre».

—¿Cómo os atrevéis a discutir lo que yo he decretado? —dijo la emperatriz.

Zhirou fue destituido y los demás, aterrorizados, guardaron silencio.

La emperatriz quería tanto a Aocao que pensó en quitarles a los dos primos Zhang sus títulos y dignidades para concedérselos a él. Asimismo, proyectó que construyeran para él una bonita morada. Aocao rechazó todo con firmeza.

—Vuestra majestad ya tiene demasiados favoritos para el buen renombre de vuestra santa virtud. ¿Para qué añadir uno más? Además, vuestro servidor vive solo y no necesita una casa.

A partir de entonces, la emperatriz le quiso aún más.

El primer año de la era Zhangshou (692), un día en que las dos concubinas del príncipe heredero, apellidadas Liu y Wu respectivamente, se preguntaban por el significado de la

palabra Ruyi, llegaron a decir: «¡Eso quiere decir que la herramienta de Aocao es como la de un burro! Pero ya sabemos que su majestad podría aguantar mucho más». La conversación llegó a oídos de la soberana, y ésta, llena de ira, exclamó: «¿Cómo se atreven esas caras de rata?...». Les permitió que se suicidaran. Ya en tiempos de Gaozong, la emperatriz, desconfiada por naturaleza, había mandado matar a varias concubinas imperiales a la menor sospecha y con el más mínimo pretexto. Aocao protegía a las concubinas lo mejor que podía y consiguió salvar a algunas de ellas.

Wu Zetian y Aocao permanecían juntos a menudo, abandonándose a su pasión de todas las formas imaginables. Ella le dijo un día:

—He leído en el *Chun Qiu*, *Anales de las primaveras y los otoños*, que el duque Jin Xian, cegado por su amor a Li Ji, llegó a matar al príncipe heredero Shensheng y a exiliar a los príncipes Yiwu y Zhonger, y no se arrepintió jamás. Este relato siempre me ha horrorizado, pero mi amor actual es tan profundo que me río del amor de Jin Xian por Li Ji, y, es más, me parece de lo más vulgar.

—Cuando vuestro servidor entró en palacio —replicó Aocao, agradecido pero alarmado—, el príncipe heredero había sido ya enviado a Luling. Me habéis comparado con Li Ji, pero, a decir verdad, yo nunca me he entrometido entre vuestra majestad y su familia. Por otra parte, no creo que sea beneficioso para mí que estas palabras salgan de aquí.

—Siento tal afecto por vos —dijo la emperatriz— que he hablado sin reflexionar.

En el segundo mes del primer año Jiandai (694), la emperatriz hizo construir el Yixiang ting, el pabellón Huelen los Perfumes, en el jardín del palacio interior, donde solía divertirse en compañía de Aocao. Un día en que estaba algo ebria, le dijo riendo:

—Desde que nos amamos, nunca hemos introducido por entero a Zhuping en mi vagina.

En el pabellón había sido erigido para tal ocasión un elegante baldaquino adornado con oro. La emperatriz y Aocao se abrazaron.

—Hoy —añadió ella— intentaremos meterla por completo para disfrutar de ella en toda su magnificencia. Sin embargo, debéis actuar con mesura y no infligirme ningún sufrimiento.

—¿Cómo podéis hablarme de sufrimiento —contestó Aocao—, cuando durante las innumerables veces que hemos hecho el amor no me ha guiado otro deseo que el de aumentar vuestros placeres y deleites? ¿No es pagarme mis atenciones con la ingratitud?

—Por supuesto que no —dijo riendo la emperatriz—, pero temo que un pico tan duro me traspase. Id y venid, meted y sacad sin apresuraos demasiado, y no tendré nada que temer.

La emperatriz se tendió, con la cabeza apoyada en una almohada alta y los riñones alzados sobre unas sábanas dobladas. Aocao tomó el «mango del matamoscas» y lo dirigió hacia la raja. Lo metió y lo sacó para humedecer la cabeza, pero no trató de introducirlo más. La emperatriz, muy excitada, no pudo contenerse por más tiempo y apremió al «mango del matamoscas» para que avanzara hasta alcanzar ese lugar profundo, oscuro y misterioso. Pero Aocao, con toda intención, apenas entraba y salía. El líquido de la voluptuosidad fluía de la vagina como la baba del caracol. La emperatriz suplicó a Aocao que lo introdujera más profundamente; pero él, por el contrario, retrocedió. Ella lanzó pequeños gemidos y, con los ojos vueltos hacia él, le decía: «¡Qué haces, pequeño bribón!». Entonces él penetró con decisión hasta donde antes estaba enrollado el lazo y preguntó a la emperatriz: «Así está mejor, ¿verdad?». Ella rió con los ojos cerrados: «Con suavidad, con suavidad...». Aocao no quiso escucharla y la introdujo dos o tres pulgadas más. «¡Oh!», exclamó ella. Entonces Aocao se puso en cuclillas, le levantó las piernas con las dos manos y contempló sus propios movimientos de vaivén. Viendo a la emperatriz en el colmo del éxtasis, se atrevió a entrar dos o tres pulgadas más. Ella, con una voz débil y temblorosa como la de un pajarillo, le dijo: «Siento algo muy extraño. ¡Ah!... Esta sensación no es normal. ¡Ah, creo que voy a morirme!...». Sin embargo, posó sus pies sobre los hombros de Aocao y le atrajo hacia ella. Este, sujetándole las piernas, sube y baja, entra y sale, va y

viene, no para.

—Tenéis el conducto caliente, ¿no será que os hierve? —le dice bromeando Aocao.

—Mm... Es tan placentero —replica la emperatriz— que no tengo palabras para expresarlo. —Y luego le pregunta—: ¿Cuánto falta aún?

—Dos pulgadas —contesta Aocao.

—Sí, pero es la parte más gruesa. Puedes, según la expresión, entrar lentamente en la región de los placeres, pero no más, no del todo.

—En el estado en que nos hallamos —dice Aocao—, la situación es incontrolable.

Y en un santiamén entra hasta la raíz —ni siquiera un cabello hubiera podido deslizarse ya dentro— para gran satisfacción de la emperatriz, quien, con su cuerpo pegado al de él, levanta los riñones y se retuerce y se estremece con sus vaivenes. Entonces levanta sus ojos hacia él y le dice débilmente: «No te muevas más, me está dando vueltas todo; no sé dónde estoy». El deseo de Aocao aumenta. Entra y sale del todo. El «mango del matamoscas» desaparece más de cien veces. El líquido de la voluptuosidad fluye sin cesar de la vulva. La emperatriz, sin poder controlarse, empieza a gritarle: «¡Eres mi padre! ¡Ah! Me muero de placer... Oh, interrumpe este vaivén tan enérgico, no puedo soportarlo más». Aocao se hace el sordo. La vagina está empapada y chorreante, suena como si varios búfalos chapotearan en el fango. De repente, la emperatriz deja caer sus piernas. Tiene los ojos cerrados, los dientes apretados y los pensamientos extraviados. Aocao, asustado, saca a Zhuping y reclina a la emperatriz sobre la almohada. Poco a poco vuelve ella en sí.

—¿Qué os ha sucedido? —pregunta Aocao—. ¡Qué susto le habéis dado a vuestro pobre servidor! No me atrevía a continuar...

La emperatriz mira a Aocao fijamente y, estrechándole entre sus brazos, le dice con voz entrecortada:

—No hay que ser tan brusco. Si no os hubierais detenido, me habría muerto. Estaréis contento, ¿no?

—Espero que no volváis a exponeros a tal peligro. ¡He

creído que se me reventaba el bazo de miedo! El goce ha huido, y he aquí a Zhuping impotente del susto.

—No hablemos más de eso —dice la emperatriz—; gracias al cielo, no estoy muerta, y mi persona puede seros aún de alguna utilidad. —Luego, descansando su cabeza sobre el muslo de Aocao y frotando su mejilla contra el «mango del matamoscas», añadió—: Dada mi avanzada edad, buscaba un mozo fuera de lo común; pero nunca hubiera imaginado que el que iba a proporcionarme Jinqing lo sería hasta este punto. Nos hemos conocido demasiado tarde, para gran alegría de mis ancianos días. Sin embargo, espero que no os parezcáis nunca a Yizhi y a su primo, que empiezan todo y no terminan nada.

—¡Que el cielo me fulmine aquí mismo si alguna vez faltara de ese modo a mi deber! —dijo Aocao—. Además, ¿no tiene vuestra majestad poder sobre la vida y la muerte? Si alguna vez faltara a la palabra que hoy os doy, ¡que sea hecho picadillo y sufra mil muertes! Sin embargo, ignoro qué planes tenéis para el futuro. Yo, que no soy nadie, sin este encuentro con vos, ¿cómo hubiera sabido que bajo la cintura se encuentran tan deliciosos placeres?

—Aparte de mí —dijo la emperatriz—, nadie puede soportaros. Sin vos, nunca hubiera conocido la felicidad. Recuerdo que antes de cumplir los catorce años estuve al servicio del anterior soberano. Su herramienta era mediana, pero como yo era demasiado joven, sentí un dolor insoportable. Le serví en el dormitorio; sin embargo, hasta pasado medio año no experimenté algún tipo de satisfacción. Hacia los veintiséis años, serví a Gaozong. Su chisme era grande, pero lo mismo daba que mi placer comenzara o finalizara; sólo se preocupaba de sí mismo. Y además, no podía retozar demasiado a mi gusto. Felizmente, terminó por subir al cielo.

»Entonces conocí al monje Huaiyi. A primera vista, su chisme no era comparable con el de Gaozong, pero una vez que entraba en el horno, se iba volviendo grande y largo, duro y caliente, y no paraba en toda la noche. Shen Huaiqiu también lo tenía grueso y fuerte. Sacrificó su vida por mí.

Derramando su semen sin medida, cayó enfermo.

»Ahora tengo a los primos Changzong y Yizhi; los dos son unos hermosos muchachos. El chisme de Yizhi es bastante grande, y el de Changzong alcanza las seis o siete pulgadas; lo suficiente para gustarme, pero una vez que se vierten, no vuelven a enderezarse, eso cuando no flaquean en plena acción, ¡lo cual me produce horror! Realmente, sus herramientas son de lo mejor que hay; ¡pero ninguna puede compararse con la vuestra, príncipe Idoine! Sin embargo, desde ahora no será necesario que entréis hasta el final. Con que lo introduzcáis hasta la mitad será suficiente.

En la época de la que estamos hablando, la emperatriz, aunque bastante entrada en años, seguía teniendo muy buen porte y un gran atractivo. Conservaba intactos sus dientes y sus cabellos. Pero, como todo el mundo sabe, cuando se unen la anciana *yin* y el joven *yang*, la primera sólo puede ganar y el segundo penar; Aocao empezaba a resentirse de sus esfuerzos.

Un día en que descansaban en el mirador del Jinfang, el pabellón del Brocado y la Fragancia, y los manzanos estaban en flor, la emperatriz arrancó una ramita para prendérsela en los cabellos. Con su tierno pecho medio desnudo, provocadora y encantadora, se apoyó en un biombo color azul marín-pescador e inflamó los deseos de Aocao con miradas de soslayo. Este se levanta de pronto; están el uno junto al otro, sus bocas se unen. Sobre un lecho mullido, se abrazan y llegan al colmo de la felicidad... Y no hace falta entrar en detalles.

Por más que Zhang Changzong y Zhang Yizhi acudieran a todas las audiencias, la emperatriz apenas les miraba. Cada vez era menor su generosidad para con ellos; ni siquiera les concedía una audiencia personal cuando la corte se retiraba. Los dos estaban extrañados, pues no entendían la razón de tal comportamiento.

Un día en que la emperatriz había ido al Hualin, el jardín de los Árboles y de las Flores, invitó a un banquete a los académicos de la puerta norte. Entre ellos se encontraban Changzong y Yizhi. Al observar la emperatriz las mejillas de

estos últimos, tan parecidas a la flor del melocotonero, sus embaucadoras sonrisas y sus ardientes ojos, se sintió conmovida y quiso que cada uno de ellos alzara una copa de vino en su presencia. Al hacerlo, Changzong dejó ver una muñeca tan blanca como el jade. La emperatriz no pudo evitar clavarle las uñas. Después de beber, les hizo entrar en el palacio. Changzong estaba seguro de que iba a ser honrado. Pero, al cruzar el umbral, la emperatriz, mirándoles dulce y lánguidamente, se limitó a decirles:

—No puedo hacer nada. Eso no significa que no os aprecie...

Y ordenó que pagaran mil libras de oro a Changzong y mil onzas a Yizhi, y les despidió. Los dos Zhang, cada vez más extrañados, se informaron y se enteraron de que Aocao vivía en palacio y acaparaba el favor de la emperatriz. Ante eso, no pudieron hacer otra cosa que suspirar de pena. Sin embargo, la emperatriz, que sentía ligeros remordimientos, acudía de vez en cuando a visitarlos a la academia de la puerta norte; les animaba, bromeaba y bebía en su compañía, como en otros tiempos, y les ofrecía generosos presentes, pero ya no volvió a hacer el amor con ellos.

Un día de principios de verano, en el primer año Shengong (697), después de una lluvia que parecía no ir a acabar nunca, el cielo por fin se despejó. La emperatriz recorría de la mano de Aocao el jardín interior. En el bosquecillo de sauces verdes, gorjeaban y se apareaban aves de todas las especies. La emperatriz, sintiéndose de repente inundada de deseo, dijo suspirando:

—Hasta las aves conocen la dicha de acoplarse; ¿por qué los hombres han de ser menos que los gorriones? —Y acto seguido ordenó a sus sirvientes que prepararan un lecho de brocado en un lugar retirado del jardín. Después, dijo riendo a Aocao—: Hoy, la emperatriz y su príncipe imitarán a las aves en sus amores.

Miradles cómo se desnudan de cintura para abajo. La emperatriz se inclina de rodillas en la estera. Aocao se coloca detrás de ella y le introduce a Zhuping en la raja; y mientras le manosea los pechos y hace «gu-gu», como un ternero que

mama, los dos alcanzan el placer. Sería agotador describir los excesos de su voluptuosidad.

Un día, la emperatriz dijo a Aocao:

—Esta mañana he visto a Liulang saliendo del agua; resplandecía como el sol naciente. Y también a Wulang, ¡qué deliciosa lozanía la suya!

—Un caballero no roba el placer al prójimo —respondió Aocao—. ¿Por qué vuestra majestad no les ordena que formen parte del servicio de vuestra alcoba?

—Para quien ha probado los lichis de Nanhai —le contestó ella con una delicada sonrisa—, las ciruelas verdes son como masticar cera; quien ha visto el mar no se contenta con el río. ¡Todo eso pertenece al pasado!

—Vuestro servidor no se permitiría estar celoso —dijo Aocao.

—Veo que al señor no le gusta el vinagre, es decir los celos —dijo la emperatriz—, ¡y yo detesto los dulces! —Y los dos rieron a carcajadas.

Un día del sexto mes del año, en plena canícula, la emperatriz se encontraba en el Qingfeng, el pabellón de la Brisa Ligera, donde, para mantener el frescor, había un barreño de oro y, en su interior, unas piedras en remojo llamadas «escamas de dragón de los mares del Sur». Ardían perfumes de «cerebro-de-dragón del Annam». La emperatriz, desnuda, dormía profundamente sobre un mullido lecho de seda satinada y verde jade, cubierto con una estera de junco. Aocao se tumbó a su lado. La luz de la luna era tan intensa que parecía de día. El cuerpo de la emperatriz, semejante a un jade pulido, reflejaba la claridad lunar. Aocao siente un arrebató de deseo y, sacando el «mango del matamoscas», lo introduce con habilidad en la raja femenina. La emperatriz gime en sueños. De pronto se despierta y mira sorprendida a Aocao. Pero éste ya le ha embestido decenas de veces.

—Os habéis introducido en la residencia prohibida sin esperar las órdenes superiores —le dice ella—, ¡qué fechoría!

—Desafiando a la muerte —responde Aocao—, vuestro humilde servidor ha franqueado el ilustre umbral sólo por devoción a su majestad.

La emperatriz ríe de buena gana y se abandona a los asaltos de su amante. Aocao le dice que se cuelgue de su cuello, y sujetándola por debajo de los muslos, se pasea dentro de ella. La emperatriz ríe nerviosa:

—¡Ni siquiera las prostitutas más desvergonzadas se atreverían a hacer esto! Sólo vos y yo... Nuestro deseo es excesivo, nuestra pasión desenfadada... ¡No hay nada que no hagamos!

La noche de la fiesta de Medio-Otoño, se hallaban los dos en el palacio Shangyang gong, el palacio del Sol Naciente, en la Jixian dian, la Sala donde se Reúnen los Inmortales, admirando el claro de luna con una copa de vino en la mano y desafiándose el uno al otro. Después de decirse cientos de frases ardorosas y alegres, se pusieron a suspirar, presos de no sé qué nostalgia. Porque así es la naturaleza humana: la felicidad desmedida suele dar paso a cierta melancolía.

Entre las sirvientas del palacio se encontraba una muy sagaz, llamada Shangguan jieyu, que era una concubina de rango inferior. Conociendo muy bien los pensamientos de su señora, alzó una copa y brindó por su longevidad cantando de esta manera:

Sopla la brisa del oeste, pura y ligera;
los diez mil sonidos se acallan
y las perlas del rocío centellean;
un disco de jade es la luna
en la luz nocturna.
Y yo alzo esta copa por la imperial figura.

La venerable abraza al inmortal señor;
mil años volarán juntos,
sin embargo, nada les satisface,
nada les sacia en su amor.

En la luna, una divinidad
solitaria y melancólica asoma.
Pero ¿qué se puede hacer,
graciosa persona?

La emperatriz hizo un gesto de aprobación y pidió a Shangguan que siguiera cantando para agradecer a Aocao.

Entonces la sirvienta le dedicó la siguiente canción:

¡Ay, luna clara, luna clara!
El viento sopla de la parte del palacio Jianzhang,
lleno de fragancias aladas.
En la suave noche del palacio Weiyang,
el fénix macho y el fénix hembra vuelan juntos
y en una armonía de campanillas se llaman al punto.
La juventud nunca regresa;
el tiempo pasa sin que nos demos cuenta.
Vuestro ardor, os lo suplico,
ponerlo, de nuestra celeste soberana, al servicio.

Aocao apuró su copa brindando por la emperatriz y cantó a su vez:

Desde la terraza de jade de los nueve peldaños,
la mirada inmortal se extiende hasta el infinito.
¡Qué gran distancia separa a las nubes del barro!
¿Cómo podría olvidarlo vuestro principito?
Deseo a su majestad una longevidad celeste,
una eternidad que nunca cese.
Alcemos, pues, los dos el vuelo
y recorramos juntos el cielo.

Al terminar su canción, Aocao, olvidando, bajo el efecto de la embriaguez, las normas que rigen las relaciones entre reina y súbdito, estrecha a la soberana contra su pecho. Después, tras mojar el augusto pecho en una copa de vino, bebe la mitad del néctar y tiende el resto a la emperatriz, que lo acepta gustosa. Luego, cogidos de la mano, se retiran al Da'an , pabellón de la Gran Paz, a descansar un poco.

Ella se desviste, quedándose tan sólo con una camisa de hilo de Lingnan (Cantón), y se echa a los brazos de Aocao. Exige que le lleven más dulces *xiaotian* perfumados; mordisquea un trozo y de sus labios se lo da a Aocao. Ahora levanta una pierna de lado; Aocao frota «el mango del matamoscas» contra la raja, y se introduce de través. Ambos se balancean hacia un lado y hacia otro hasta que «el mango» entra. La emperatriz se endereza y se presta a que él la

penetre hasta la raíz. Aocao puede ir y venir, entrar y salir; ella no siente ya aquellos vivos dolores. Ahora llama a una pequeña sirvienta y le pide que se quede junto a ellos con una vela. Con su grácil mano, la soberana desaloja a Aocao y le pide que se eche boca arriba; ella se pone a horcajadas sobre él, colocando su vulva sobre «el mango del matamoscas». Sube y baja la emperatriz, y «el mango del matamoscas» desaparece poco a poco. Todavía le faltan dos o tres pulgadas para entrar del todo. Aocao alza sus caderas y empuja. La emperatriz ríe. «¡Ah! ¡Este malvado quiere terminar rápidamente conmigo!», dice ella; «detengámonos un rato. Quiero admirar a esta magnífica criatura entrando en mí poco a poco». Y apoyándose con las dos manos en la cama, la soberana agacha la cabeza y saborea la escena, y, al llegar al colmo de la excitación, su licor amoroso mana en forma de lluvia. Es necesario cambiar de pañuelo cinco veces. Pero a medianoche, al sonar la tercera vigilia, la emperatriz ya no puede mover los brazos ni las piernas. Aocao, temiendo que las fuerzas le fallen, la recuesta de espaldas y se encarga él de ir y venir, de sacar y meter. Tras varios cientos de golpes, comprueba que la ha introducido del todo y choca con el fondo de la vagina por lo menos cien veces.

La emperatriz, con los ojos cerrados y la voz alterada, dice a Aocao:

—Este movimiento me está produciendo un placer incomparable, un goce mortal. ¡Ah! Sí, continuad un poco más; y si me muero, mala suerte. —Luego enmudeció.

Al cabo de un rato, Aocao sintió que ya no podría seguir conteniendo su semen. Así pues, arremetió, empujó y forcejeó. La emperatriz apretó los dientes, tenía el rostro enrojecido y la nariz negruzca. Gritó de pronto: «¡Ah! ¡Hijo mío! Me estoy muriendo de veras...». Aocao se vertió como un torrente. Después las fuerzas le fallaron y sacó su rabo con la intención de descansar.

Sin embargo, los deseos de la emperatriz no estaban colmados en absoluto. Por eso limpia «el mango del matamoscas» con la ayuda de un pañuelo de seda; reclina su cabeza en el muslo de Aocao y empieza a frotar con la mejilla

lo que ustedes ya saben; se lo mete en la boca, lo chupa. Y volviendo los ojos hacia la pequeña sirvienta que, algo vergonzosa, sostenía la vela junto a ellos, le ordena:

—Chupadlo vos también.

Pero la cabeza del «mango del matamoscas» era tan gruesa que la boca de la pequeña no podía abarcarla, tan sólo conseguía mordisquearla y chupetearla.

—Sí —dijo la emperatriz—, esta herramienta sólo yo puedo soportarla. De hecho, he estado varias veces a punto de morir. Alguien como tú habría muerto hace tiempo.

La pequeña sirvienta rió y no dijo nada. La emperatriz había estrechado tanto a Aocao entre sus brazos que «el mango del matamoscas» se había erguido de nuevo, preparado para un nuevo himeneo. Después de algunos cientos de golpes, y de que Aocao hubiera llegado al límite de sus fuerzas, la emperatriz se encontró cansada pero satisfecha. Ahí se quedaron.

Un buen día les informaron de que en el jardín reservado se habían abierto las peonías. La emperatriz ordenó en el acto que prepararan un banquete y luego acudió en compañía de Aocao a disfrutar del espectáculo. Medio ebria, le dijo:

—Señor, sois fuerte y bien plantado, ¿podríais levantarme y andar al tiempo que hacéis una pequeña escaramuza?

—¿Por qué no? —contestó Aocao.

Ambos se desnudaron de cintura para abajo; la emperatriz se colgó del cuello de Aocao y rodeó con sus piernas las caderas del muchacho. Y, con «el mango del matamoscas» clavado en la vulva, deambularon entre los macizos de peonías. Y mientras un pequeño grupo de músicos tocaba la melodía *Floración de las peonías rojas*, acompañada de una letra apropiada para la circunstancia, la emperatriz Wu Zetian y Aocao recalentaban en sus bocas unos sorbos de vino y los escupían de nuevo en el vaso del otro antes de beber; un ciervo blanco y una cierva, y las grullas del jardín, se acoplaban al unísono. En el séquito no había nadie que no se riera para sus adentros, pero a la emperatriz eso le traía sin

cuidado.

Otra noche, la emperatriz y Aocao, ahítos de placer, dormían estrechamente abrazados. El sol estaba ya alto, pero ellos seguían sin levantarse.

—Aunque hubierais estudiado y os hubierais examinado —le dijo la emperatriz a Aocao—, e incluso aunque hubierais sido primer ministro, no hubierais podido soñar con un encuentro tan excepcional. Puedo decir que vuestra dedicación a mí es absoluta. Por mi parte, yo os alimento y os visto como a un emperador; y tampoco se puede decir que os maltrate... Deseaba ennobleceros, enriqueceros, pero vos siempre lo habéis rechazado todo. Sin embargo, estoy dispuesta a conceder riquezas y favores a vuestros hermanos y padres; no conseguiréis hacerme cambiar de idea.

—Ya os lo he dicho —contestó Aocao—, no tengo a nadie en el mundo. ¿Vuestra majestad lo había olvidado? Mi éxito no se debe a mi talento, y, sinceramente, no deseo ni riqueza ni honores. Sin embargo, tengo una idea que me es muy querida, sobre la que he meditado durante mucho tiempo y de la que os hablaré ahora, sean cuales sean las consecuencias. Sin duda vuestra majestad no querrá escucharme, pero si por ventura os dignarais oírme, el día de mi muerte sería para mí como el día de mi nacimiento.

—¡Vamos, príncipe mío!, ¿pero qué estáis diciendo? —dijo la emperatriz—. Habiéndome entregado a vos en cuerpo y alma, ¿cómo no voy a querer oír todas vuestras palabras?

—Ya que vuestra majestad me lo permite —prosiguió Aocao—, hablaré. ¿Qué crimen ha cometido el príncipe imperial para ser destituido como príncipe de Luling y ser relegado a Fangzhou (Hubei)? Es más, me he enterado de que recientemente se ha reformado y enmendado. En el Imperio se murmura que vuestra majestad se propone acabar con la dinastía Tang. En cuyo caso yo temería que, después de vuestro reinado, se repitiera el trágico destino de la familia Lu. En sus corazones, vuestros súbditos no odian a los Tang. Así pues, convendría que vuestra majestad volviera a llamar sin tardanza al príncipe de Luling y le confiara el trono. Vuestra majestad continuaría gozando de una posición

eminente. ¿Puede concebirse mayor felicidad? —Al ver que la emperatriz ponía mala cara, Aocao añadió—: ¡Si vuestra majestad no está de acuerdo, vuestro humilde servidor se cortará el miembro viril como sacrificio por el Imperio!

Y, tomando un pequeño puñal, lo dirigió hacia «el mango del matamoscas» dispuesto a mutilarse. Ella se apresuró a arrancárselo de las manos, pero Aocao ya se había cortado media pulgada del glande. La emperatriz, sin dejar de soplar sobre la herida, se la limpió con un paño limpio.

—¡Idiota! —dijo entre lágrimas y reproches—, ¿por qué has hecho esto, hijo mío?

—Puede que por el momento yo sea vuestro hijo —replicó Aocao—, pero, de cara a la eternidad, vuestra majestad tiene un hijo nacido de su propia carne. ¿Cómo habéis podido rechazarle de ese modo?

La emperatriz se estremeció. Cada vez que se le presentaba la ocasión, Aocao volvía a la carga. Más tarde, los consejos de Di Liang gong (Di Renjie, duque de Liang) fueron en la misma dirección. Tanto y tan bien la presionaron que la emperatriz volvió a llamar al príncipe de Luling y le restableció en su rango de príncipe heredero.

Antes había muchos, dentro y fuera de la corte, que sólo veían a Aocao como un prostituto de harén y esperaban la oportunidad para matarlo. Pero después, cuando se enteraron de que había ayudado al restablecimiento de los Tang, todos le estuvieron muy agradecidos.

El primer año Shengli (698), la emperatriz cumplió setenta y seis años. Estaba casi siempre enferma, y comía y bebía cada vez menos. Un día le dijo a Aocao:

—Hace ya varios años que estamos tan unidos como las ramas entrelazadas y como los pájaros *biyi*, esos que tienen sólo un ala y vuelan en pareja. Por desgracia, las cosas buenas no duran, la felicidad siempre está amenazada. Ya no tengo la misma vitalidad que antes. ¿Qué será de vos cuando yo muera?

—Si vuestra majestad no hubiera tocado el tema —respondió Aocao—, yo no me hubiera atrevido a abordarlo. A pesar de vuestro gran número de primaveras y otoños,

vuestros deseos en la alcoba sobrepasan los límites. Posiblemente no sea ésta la mejor forma de preservar la vida. Si un día ocurriera una desgracia, vuestro servidor os seguiría a las Nueve Fuentes. Pero no es eso lo que me aflige. Sólo temo que mi vulgar persona perjudique a la alta reputación de vuestra majestad.

—Está bien —dijo la emperatriz—; reflexionaré sobre vuestra suerte y os informaré.

Días más tarde, ella le dijo:

—Tengo un plan. De todos mis sobrinos sólo hay uno que valga algo y se merezca toda mi consideración: Wu Chengsi, el príncipe de Wei. El sabrá protegeros. En cuanto os lleguen noticias desagradables referentes a mi persona, deberéis cambiar de identidad. Podréis llegar a ser una persona rica en algún lugar de los lejanos reinos de Wu y de Chu.

Al día siguiente, convocó a Chengsi:

—Vos conocéis mi afecto por Xue Aocao —le dijo ella—. Como hijo predilecto, os ordeno que le acojáis en vuestra morada y le tratéis con las mayores consideraciones sin preocuparos de sus idas y venidas. Si alguien le descubriera, lo lamentaréis.

—¡Jamás se me ocurriría desobedeceros! —respondió Chengsi, petrificado de miedo.

Esa misma noche, la emperatriz ofreció a Aocao un banquete de despedida en el que se sirvió feto de leopardo, joroba de camello, cola de cordero rojo, carne seca de dragón verde joven; es decir, todo tipo de productos raros de la tierra y del mar, traídos desde Xiliang, en el oeste, hasta Siam, en el sur, acompañados por vinos reputados. La emperatriz sirvió de beber a Aocao en una copa de oro con siete joyas. Mientras bebían, intercambiaban palabras entrecortadas por sofocantes sollozos.

Al final, Aocao, que había bebido más de la cuenta y se hallaba completamente ebrio, dejó correr sus lágrimas.

—A partir de ahora —dijo—, vuestro servidor no oirá tintinear las guiraldas de vuestra ropa... Quiera el cielo que vuestra majestad se alimente bien y cuide de sí misma. Si, al término de vuestra vida, vuestro servidor no ha acabado de

prestaros el servicio del perro y el caballo, formulo el deseo de que vuestro espíritu perfumado me visite en sueños, de manera que yo pueda seguir sirviéndoos como en el pasado.

Al oír estas palabras, la emperatriz redobló sus sollozos. Cuando por fin consiguió recuperar el uso de la palabra, le dijo:

—Príncipe Idoine, todavía estáis en la flor de la vida, no os apeguéis a lo que se marchita. —Y más tarde, añadió—: He oído decir que en ciertas tribus los enamorados se hacen cicatrices quemándose con varillas de incienso, y que a esto le dan una gran importancia. ¿Por qué no hacemos lo mismo vos y yo?

Ordenó que le trajeran unas pastillas de ámbar gris y, después de invocar al cielo y de unirse mediante un juramento, dejaron que se consumiera una de ellas en el extremo del «mango del matamoscas», que de ese modo quedó marcado con una bonita señal circular. Después, ella quemó una segunda pastilla sobre la abombada parte superior de su vulva.

—Si con vos empecé con dolor —dijo ella—, ¿por qué no habría de terminar del mismo modo? —Entonces se echaron y ella siguió hablándole en estos términos—: De los grandes sufrimientos de la vida, ninguno supera a este hacia el que nos dirigimos. Si muriera esta noche, me convertiría en un fantasma feliz.

Después quiso que repitieran todas las posturas amorosas, abandonándose a los desenfrenos de no hacía mucho tiempo. Y aunque se limitaron a diez golpes en cada postura, el alba les sorprendió todavía tumbados sobre la estera de dragón.

Ese mismo día, gratificó a Aocao con trescientas libras de oro, un celemín de perlas, otro de corales y otro de jades, así como con cincuenta trajes diferentes, que él llevó consigo a la morada de Chengsi. Se despidieron llorando. Volviéndose hacia su sobrino, la emperatriz le dijo:

—Tratad al príncipe Xue como me trataríais a mí misma.

Por eso, Chengsi ya no sabía qué hacer para ser amable con él. Hacía venir a todos los banquetes a su concubina favorita, Wen Boxiang, que cantaba a las mil maravillas.

Boxiang había sido una célebre cortesana de

Chang'an

antes de convertirse en concubina de Chengsi. Desde hacía mucho tiempo, conocía y apreciaba a Aocao, su encanto, su distinción y su famoso instrumento. Después de que hubieron intercambiado algunas miradas, y sin más ceremonias, una noche acudió a reunirse con él. Se abrazaron, pero fuera cual fuera la forma en que se colocaran, no llegó a penetrarla. Sólo entraba la cabeza, y a veces ni siquiera eso. Boxiang, excitada a más no poder, mordió a Aocao en el brazo y se fue.

La quemadura de la emperatriz cicatrizaba; su enfermedad iba también por buen camino. Un día en que se paseaba y se solazaba con la belleza de su jardín, se fijó en los dos primos Zhang, y en su gracia, y sintió cierta nostalgia. Les ordenó entrar en el palacio. Dijo a Changzong:

—Estos últimos años he vivido bajo el efecto de un sortilegio. Hasta hoy no había reparado en vuestra presencia.

Changzong no quiso saber más. Sin embargo, cuando fueron a hacer el amor, ella la encontró muy pequeña; él lo encontró muy grande. Después de una loable perseverancia, llegaron a un final banal y muy poco satisfactorio. Luego la emperatriz mandó llamar a Yizhi; *ídem*. Al cabo de un mes, la emperatriz, por medio de un eunuco, hizo llegar a Aocao una perla, diez frijoles pienso-en-vos, cien varillas perfumadas con *long xian* (saliva de dragón) y un par de «patos mandarines» rojos. Entre todo esto, se encontraba una carta que decía:

«¡Ay, qué precipitada fue nuestra despedida! ¡Y cómo lo lamento ahora! Ante las flores abiertas, bebo sola; en el claro de luna, descanso sola. Me hallo rodeada de caras empolvadas, pero ¿quién conoce mis pensamientos más secretos? Lágrimas centelleantes corren por mi ropa hasta la mesa.

»¡Tiempos pasados, cuánto amor!

¡Tiempos presentes, cuánto dolor!

¡Días pasados, qué cortos fuisteis!

¡Noches presentes, qué largas sois!

»De pronto, en un segundo, nos encontramos separados como el hombre y el cielo. En un abrir y cerrar de ojos fuimos Hu, el estado del norte, y Yue, el estado del sur. ¿Cuánto nos queda de vida? ¿Soportaremos estar separados de este modo? Reanudemos nuestra relación por medio de esta carta, fijemos nuestro encuentro. La próxima noche de luna llena, una carreta tirada por una becerra os introducirá por Wangchun, la puerta llamada Llega la Primavera, y permaneceréis varios días conmigo a fin de que nuestro destino aún incompleto se cumpla y de paso a las alegrías de nuestra vida futura.

»No digáis: “Hay muchos más hombres”, ni “Me pongo de puntillas para mirar el futuro, a lo lejos”. No diré nada más en esta carta».

En la parte inferior de la hoja, la emperatriz había añadido este poema:

Rojo verdoso, así son mis pensamientos confusos.
Con la cara descompuesta y achacosa,
¡tan a menudo pienso en ti!
Si mis lágrimas te parecen insípidas,
abre el cofre, saca el vestido
y, de llorar, de rojo lo verás teñido.

Después de leer la carta, Aocao dejó correr sus lágrimas. Escribió una respuesta y se la dio al eunuco para que se la llevara a la emperatriz. Luego se dijo suspirando: «Regresar allí supondría no volver a salir nunca más. Pero ¿no dice el dicho que no conviene dejar para mañana lo que puedas hacer hoy? Hoy me escaparé de este mundo». Y esa misma noche, sin que Chengsi se enterara, empaquetó presuroso su oro y sus joyas, montó el caballo de mil *li* de su anfitrión y huyó por la puerta oeste.

Chengsi, aterrorizado, mandó buscarle por todas partes, pero como fue imposible encontrarle, no tuvo más remedio que informar al trono y pedir un castigo. La emperatriz se

limitó a emitir un suspiro de tristeza. Changzong, que conocía los pensamientos de esta última, ofreció diez mil piezas de oro a quien le consiguiera unas raras medicinas de los mares del sur. Una vez que hubo tomado estas medicinas, y después de haber revitalizado, como Yizhi, su «cabeza de tortuga» con un mes de abstinencia, volvió al gineceo y recuperó con creces el favor de la emperatriz. Hasta que, en los últimos años de ésta, el heredero al trono y el primer ministro asesinaron a los dos primos cerca del baldaquino imperial y mandaron dispersar sus miembros.

Ya en posesión del trono, el heredero quiso expresar su agradecimiento a Aocao y le mandó buscar, pero fue en vano.

Más tarde, durante la era Tianbao

(742-755)

, vieron a Aocao en la ciudad de Chengdu (Sichuan). Llevaba el traje de plumas y el bonete amarillo, y tenía el cabello negro, la tez juvenil y el aspecto de un muchacho de veinte años. Se decía que había tomado el verdadero camino de la sabiduría. Después, nadie volvió a saber nada de él.

Glosario

abeja galante (lang feng): expresión que se aplica a los hombres galantes y libertinos que, como las abejas, liban de flor en flor.

absorber la esencia y controlar la respiración (xijing daoqi): método sexual, véase Métodos.

anillo para cerrar con candado el yang (suo yang): instrumento destinado a aumentar el placer y aplazar la eyaculación.

apósito perfumado (xianggui): aposentos femeninos donde se confina a las niñas desde que cumplen diez años; en ellos se enseñan unas a otras a coser y a bordar, actividades femeninas por excelencia, lo que explica que el gineceo también sea designado como «el aposito de los bordados», *xiufang*. Por extensión, «mantener el aposito perfumado» significa «conservar la virtud».

arte del dormitorio (fang zhi shu): apelación genérica para designar las técnicas taoístas relativas a la higiene y a la medicina sexual cuya finalidad es ayudar a una unión feliz y armoniosa entre los dos miembros de la pareja.

aspirar el aroma sin saborearlo (wenxiang du daokou): literalmente «oler el aroma sin poner la boca», designa una técnica amorosa dirigida a excitar a la mujer sin penetrarla.

brote del bambú de jade (yuxun): pene.

cabeza de tortuga (guitou): designa el glande.

calabaza (hulu): emblema del mundo cerrado y paradisíaco, evoca el sexo de la mujer.

- camino humano (ren dao)*: designa la iniciación en el sexo.
- cara al cielo el bastón de incienso perfumado (chao tian y i guixiang)*: posición en la que el hombre se coloca boca arriba e invita a la mujer a «cabalgar» sobre su bastón de incienso o verga.
- corazón de la flor (huaxin)*: expresión genérica para designar la vagina.
- cresta de gallo (jiguan)*: designa más específicamente el clítoris.
- desplegar los estandartes y tocar el tambor (jai ji gu)*: expresión tomada del vocabulario de la guerra, evoca la inminencia y los preparativos del combate amoroso.
- destruir reinos y ciudades (qingcheng qingguo)*: expresión corriente para designar a las favoritas o a las bellezas escandalosas que causaron la ruina de sus casas o de sus estados.
- entrada de la doble montaña (zhongshan kou)*: imagen que designa el sexo de la mujer.
- edad de ponerse la horquilla (jiji)*: convertirse en núbil; edad señalada por una ceremonia doméstica que consistía en entregar una horquilla a las jóvenes para que pudieran recogerse los cabellos en un moño.
- espíritu del viento y de las aguas (fengliu)*: término intraducible que implicaba en su origen una disposición a lo espiritual e intelectual. «El espíritu *fengliu*» se encontraba en los hombres que poseían una gran cultura, y solía ir acompañado de un gusto exquisito y de una liberación de las normas sociales. Más tarde, designaría a los individuos que, entregados a las intrigas galantes, al libertinaje y al desenfreno, conservaban, sin embargo, el carácter de espontaneidad o de romanticismo místico que este término representaba en la tradición taoísta.
- excitación primaveral o pensamiento primaveral (chun xing, o chun xin)*: en chino, la primavera es un eufemismo que designa al mismo tiempo el deseo y el amor.

faisán y fénix (luanfeng): expresión idéntica a la de «patos mandarines»; el faisán (*Luan*) designa al hombre y el fénix (*feng*) a la mujer.

faisán se da la vuelta y el fénix cae, el (luan dian feng dao): posición en la que el hombre (el faisán) está tumbado boca arriba y la mujer (el fénix) se mueve sobre él.

flor de los campos (yehua): designa a la amante.

flor del jardín (jiahua): literalmente, «flor de la casa», designa a la esposa legítima.

fuego que prende al otro lado de la montaña (geshan taohuo): que significa asimismo «llevar el fuego al otro lado de la montaña». La expresión se refiere al coito anal, pero también a la presencia cercana de otra pareja.

granados en flor: la granada simboliza la fecundidad, pero también tiene una fuerte connotación sexual, pues evoca la vulva.

habitación florida (huafang): designa a menudo la vagina.

ingle de Cantón (Guanddong pang): pene artificial o consolador.

lámpara en la que se derrama el aceite (niuyou dao Xiao zhu): *niuyou* es el aceite de grasa de buey, que se utilizaba como combustible. La expresión designa la posición en la que el hombre se encuentra debajo de la mujer; las secreciones de ésta se comparan al aceite que, al empapar la lámpara, le permite arder a semejanza del miembro viril en actividad.

león que hace rodar la pelota bordada (shizi gu xiuqiu): técnica amorosa en la que los movimientos del amante son comparados con los de un león, símbolo del poder, jugando con una pelota bordada, símbolo del universo o de la Tierra.

lotos dorados (jinlian): imagen que alude a los pies, pequeños y vendados, principal atractivo sexual de las mujeres chinas en las épocas dinásticas.

llevar el sombrero verde (lü mao): lugar común para designar a los cornudos.

mango de jade, o miembro de jade (yujing): pene.

mango del matamoscas (chenbing): designa el miembro viril.

melocotón (tao): símbolo taoísta de larga vida, designa el color de las mejillas de una mujer y, por extensión, a una joven.

método de la Hija de Candor para recoger los frutos de la batalla (Sunü caizhan zhi fa, a veces abreviado en caizhan zhi shu, «método, o arte, para recoger los frutos de la batalla [amorosa]»: método empleado por la protagonista de *Bella de Candor* para rejuvenecer y al mismo tiempo convertirse en inmortal. Su E «absorbe el yang (las fuerzas viriles) y completa el yin (las fuerzas femeninas)», *xiyang fuyin*, pero también «toma la esencia yang para ayudar a la respiración» *yin quyang-qing zhuyinqi* o «toma del yang para completar (o ayudar) el yin», *jieyang fuyin*. El inmortal que la inició en este arte practicaba el método consistente en «recoger el yin para completar el yang», *caiyang lafuyin*. En cuanto a Wuchen, el último esposo humano de nuestra heroína, practica un método que consiste en «refinar su esencia vital», *xiu lei*, que, entre otras técnicas, incluye la no emisión de semen. Todos estos métodos, como el que consiste en «absorber la esencia y controlar la respiración», *xijing daoqi*, se hallan relacionados con las técnicas taoístas para alargar la vida.

nubes y lluvia (feng yu): expresión estereotipada para designar las relaciones sexuales.

olas de otoño (qiupo): mirada o guiño.

patos mandarines (yuanyang): expresión que significa el amor conyugal y la fidelidad de los esposos; los patos mandarines macho (*yuan*) y hembra (*yang*) se consideraban inseparables.

pensamiento primaveral: véase *excitación primaveral*.

píldora (wan): se mencionan píldoras de diferentes tipos 1)

para ensanchar (*kaipin*) o para estrechar (*jinpin*) el valle o la vagina; 2) para agrandar el *yang* y hacer durar mucho tiempo la batalla, *changzhan yangwan*; 3) píldora llamada «de los tres *yang*», siendo afrodisíacos los tipos 2 y 3.

poner la cereza en la boca (kouchi yingtao): en este contexto, la expresión significa que la mujer es la única que se mueve.

puerta del yin, o puerta femenina (yinhu): designa la vagina y, más específicamente, su entrada.

robar el jade y hurtar el perfume (qieyu touxiang): eufemismo que significa conquistar a una mujer.

secreciones íntimas (yinshui): literalmente «aguas lujuriosas». La mayor o menor abundancia de éstas indican la medida del deseo y del placer de la mujer.

sustancias primaverales (chunyao): sustancias afrodisíacas para despertar el deseo o prolongar el acto amoroso. Véase *píldora*.

torrente encajonado entre las dos cimas (shuang feng xi): imagen que evoca el sexo de la mujer.

unidos como cola y laca (ru jiao si qi): imagen tomada de las técnicas tradicionales del arte de la laca para designar un amor intenso e indestructible.

valle (pin): designa la vagina.

viento y aguas corrientes (fegliu): evoca la galantería en su sentido más amplio.

viento y luna (fengyue): expresión que designa el amor, con una intensa connotación galante.

yin y yang: fuerzas o potencias cósmicas opuestas y, a la vez, complementarias que rigen el universo y que, dentro del contexto amoroso, designan los órganos sexuales masculinos (*yang*) y femeninos (*yin*).

Notas

[1] El significado de las expresiones entre comillas se encuentra en el Glosario, al final del volumen. (*N. del E.*). < <

[2] Las frases entre paréntesis y en cursiva corresponden a unas anotaciones, atribuidas al maestro Qingzhi zi (o Maestro de la Pasión Loca), que aparecen en el manuscrito de la edición china de 1764. (*N. del E.*). < <